



SUMARIO

EDITORIAL: El escenario actual y el combate contra el revisionismo	3
Republicanos de ayer y hoy	14
El sindicalismo que viene	50
Por una conciencia de clase revolucionaria	64
La tarea de hoy	67
Debate por correspondencia:	
Carta de la Asociación <i>J. M. Laso Prieto</i>	70
Carta de respuesta del PCR	73
Arrepublicanados	86
BERTOLT BRECHT: Alabanza del comunismo	88

EDITORIAL

El escenario actual y el combate contra el revisionismo

Restablecer el análisis marxista de clase

Hace tiempo que el análisis de clase ha caído en desuso. El dominio absoluto del pensamiento burgués objetiviza el afianzamiento de este comportamiento. Tal es su fuerza y tal la debilidad del marxismo predominante, que pasa por análisis de clase las meras descripciones sociopolíticas que difunden repetidamente en sus órganos de expresión las distintas agrupaciones y corrientes que aún se reclaman del marxismo.

La ideología burguesa marca el paso, indica las claves a utilizar después de haberlas popularizado y haber conseguido retirar del campo de batalla las claves denostadas y, por ello, políticamente incorrectas, esto es, las marxistas. La mayoría de las organizaciones *revolucionarias* se afanan en difundir supuestos discursos alternativos y originales sin ausentarse, ni por un instante, del *libro de estilo* del pensamiento dominante, sin realizar el esfuerzo de detenerse y pensar sobre el verdadero discurso que difunden. Algunos, apercibiéndose despistadamente de ello, como si de una apreciación extrasensorial se tratara, introducen a veces, con calzador, conceptos, frases, modos marxistas de manera suelta, aislada, creyendo con ello que mantienen su conexión con el origen del que probablemente provienen, pero del que su lento y continuado divorcio durante décadas les ha incapacitado para reconocer en qué momento saltaron del tren de la revolución para volver marcha atrás, hasta ser engullidos por la abigarrada charca enfangada del revisionismo, avanzadilla burguesa dentro de las filas proletarias.

La realización de un análisis de clase permanente, permite una comprensión radical de los movimientos políticos que sirven a los intereses de clase subyacentes. Y sólo esta visión de raíz de la situación objetiva de los posicionamientos de clase faculta para poder intervenir, con un discurso revolucionario, en el superficial juego de los lineamientos de los distintos intereses de clase y sus fracciones.

El desaprendizaje del análisis marxista de la lucha de clases consigue que los discursos *revolucionarios* no superen el comentario descriptivo general sobre una realidad política en la que la clase obrera está completamente ausente, en la que se mantiene como mero espectador a la espera de que las otras clases decidan sobre su suerte. En esta situación, el proletariado, carente de liderazgo propio, sólo responde resistencialmente de manera puntual y aislada y en forma de escaramuzas o, masivamente, cuando, en la arena de la decisión política, alguno de los contendientes de las clases dominantes consigue sentimentalmente movilizarlo. Prueba de lo primero, del residuo de vitalidad que le queda, son las protestas, empresa por empresa, frente a las deslocalizaciones, y prueba de lo segundo, son las movilizaciones contra la guerra, contra el proceso de paz en Euskal Herria o por el derecho de autodeterminación de las naciones sin Estado.

La contradicción principal en la actualidad

La situación de la clase obrera es, actualmente, pésima y se corresponde con el general estado de postración y anquilosamiento de la mayor parte del movimiento comunista internacional. El movimiento de resistencia económico sólo retrasa el proceso degenerativo y acentúa el desánimo y el descrédito comunista en la clase. Éste es el balance de las últimas décadas, y no puede suplirse con el fantástico autoengaño, en el que incurren gran parte de los destacamentos *comunistas*, de extender el movimiento revolucionario mundial desde los populismos antimarxistas bolivarianos y sus asociados latinoamericanos, hasta los ultrarreaccionarios integristas islámicos, y menos, incluir en él al movimiento obrero esporádico y resistencial que no se resigna a perder su cuota de poder y prosperidad social alcanzado en las sociedades imperialistas que moldea el Estado *del bienestar*, esto es, a la a veces muy radical y combativa aristocracia obrera. Cuando se ha firmado recientemente un nuevo acuerdo de reforma laboral entre los agentes sociales de la burguesía, la CEOE y los sindicatos, bajo el amparo del Estado burgués, por el que los derechos, antaño limados, son nueva y sustancialmente arrancados, no se ha producido contestación alguna de relevancia por parte de ese movimiento obrero dependiente y domesticado, ni espontánea ni organizadamente. Hace tiempo que la aristocracia obrera, representada directamente por los sindicatos, forma parte indispensable del bloque hegemónico. Las masas proletarias, por el contrario, no faltan a la cita que se les tiene

dispuesta y para la que son preparadas ideológicamente a diario: el consumo a plazos, la Fórmula 1, los *golden boys* machotes hispánicos del baloncesto, el fútbol y sus entrañas de telenovela... Hace tiempo que no es consistente el principio de esperar un resurgir espontáneo de las masas. No existe un movimiento de masas neutro, como explicábamos en la Declaración Política del 1° de Mayo de 2004 (publicada en LA FORJA, n° 29, con el título, *Guerra y elecciones*). En el momento actual, la lucha de clases en el Estado español, entre la burguesía y el proletariado, está aletargada. Por ello, entre otras razones, la contradicción principal reside actualmente en el interior del bloque hegemónico, y a su lucha interna son arrastrados el resto de sectores sociales que acaban sirviendo los dictados de alguna de las dos principales fracciones de clase enfrentadas. Una prueba de ello fue, en pleno mandato del PP, el pacto alcanzado con la aristocracia obrera con el acuerdo sobre las pensiones para cerrar momentáneamente un frente abierto con los sindicatos y poder combatir el gobierno, con todas sus fuerzas, la propuesta nacionalista vasca del *Plan Ibarretxe*.

La fisura en el interior del bloque hegemónico

Durante el gobierno del Partido Popular, el pacto constitucional, alcanzado durante la Transición por las distintas fracciones de la clase dominante, fue roto por una de las facciones que este partido dirige. El análisis de clase permite comprender el porqué de esta ruptura. A partir de los años ochenta se va reconvirtiendo todo un sector de la burguesía a raíz del cambio que se produce en la estructura productiva. Se recorta el sector estatal y se procede a la privatización masiva de amplios sectores económicos que antes estaban incluidos en él. La reconversión económica e industrial, que es fruto de la derrota aplastante del movimiento obrero después de la liquidación de las organizaciones políticas revolucionarias –empezando por el PCE, que hacía mucho tiempo ya que se había convertido en garante, usurpando el nombre del proletariado, de la *conciliación nacional*, y continuando con la desaparición de prácticamente todas las organizaciones a su izquierda–, deja libre el campo a la derogación, recorte y mutilación de leyes y derechos conquistados, con lo que aumenta considerablemente la explotación del proletariado, que ya no está en condiciones de oponerse con éxito, produciéndose una acumulación de capital en nuevas manos que va propiciando la aparición de una nueva

fracción emergente dentro de la clase capitalista, que se sostiene sobre la acumulación rápida y fácil, sobre todo a partir del sector de la construcción, del que se *cuelgan* otras ramas de la economía, como el turismo, permitiendo una dinámica muy activa regida por la especulación y, todo ello, sin interferencias por conflictos de clase ni social ni políticamente importantes. Las modificaciones legislativas, liberalización de alquileres, contratos *basura*, cambios en la ley del suelo, y las sucesivas reformas laborales pactadas con los sindicatos, ahora correas de transmisión de los intereses de la burguesía en lugar de serlo de las organizaciones comunistas revolucionarias, alimenta la pujanza de este nuevo sector de la clase burguesa que buscará la expresión política de sus intereses fundamentalmente entre las corrientes del PP, cuya dirección tratará de integrar la incorporación del modelo económico americano con el resurgir de una doctrina nacionalista españolista como bandera ideológica y aglutinante de masas. Para este resurgir ideológico y para otorgar un espacio político a estos nuevos sectores económicos emergentes de la burguesía, el PP terminará poniendo en cuestión el pacto constitucional. El Estado de monarquía parlamentaria que surge de la Constitución de 1978 se sostiene sobre la alianza de tres clases principalmente, que son las que conforman desde entonces el bloque hegemónico: la oligarquía financiera (fusión de bancos y monopolios), la aristocracia obrera y las burguesías nacionales periféricas. Los nuevos sectores emergentes de la burguesía, formados y enriquecidos rápidamente en pocos lustros, consiguen ejercer su influencia en el partido del gobierno y, desde aquí, iniciar una ofensiva para reclamar un lugar dentro del bloque dominante, lo cual implica la reorganización de la relaciones de clase en su seno. Los giros del Gobierno Aznar en casi todos los ámbitos de la política persiguen ese objetivo, destacando los criterios en política económica, que descaradamente primaban los intereses de los nuevos ricos en detrimento de otros sectores económicos (destaca el asunto del Plan Hidrológico Nacional, auténtico expolio de los agricultores de las riberas del río Ebro para favorecer el *boom* turístico-inmobiliario del sureste levantino). Pero será la presión ejercida sobre las burguesías de las naciones periféricas del Estado, con el fin de desplazarlas de su posición de codominio dentro del bloque hegemónico, cuando el liderazgo del PP empieza a ser contestado por elementos importantes de la poderosa oligarquía financiera, cuyos intereses estratégicos, que habían configurado la política del Estado durante décadas, también empezaban a ser lesionados por la ruptura del

consenso, los giros de 180 grados en política y la actitud de apisonadora practicados por la mayoría absoluta del gobierno. Cuando la tradicional vocación europeísta en política exterior del Estado imperialista español es también subvertida por el gobierno, involucrándose directamente en la Guerra de Irak como aliado de EE. UU., se da la señal para el contraataque de la poderosa clase dominante tradicional, que acepta el reto de la confrontación política que habían estado provocando los sectores que ahora representaba el gobierno y que moviliza a las masas y pone en cabeza de esta maniobra al otro gran partido del sistema. El 11-M y la pésima gestión de la crisis por parte del Ministerio del Interior terminaron de resquebrajar las posiciones sociales y políticas representadas por el aznarismo. Sin embargo, no ha sido derrotado del todo. La estrategia de desgaste y confrontación que aplica el PP desde la oposición dan cuenta de que la fisura entre las fracciones de la clase dominante sigue abierta y puede dirigirse hacia la fractura. La vanguardia del proletariado debería reflexionar sobre esto y optar por planes políticos que favoreciesen esta tendencia a la profundización de las contradicciones entre los enemigos del proletariado, en lugar de levantar banderas, como la de la III República, que o bien las amortiguan, o bien ponen al proletariado del lado y al servicio de uno de los contrincantes.

Las tendencias hacia la III República

Durante este periodo de tiempo, los últimos 6 años transcurridos entre la mayoría absoluta del PP y el actual gobierno de Zapatero, se van produciendo acontecimientos que muestran las tendencias convergentes a favorecer una recomposición de la izquierda *radical* bajo la bandera estratégica de la III República.

1ª tendencia. El estado descrito de las contradicciones de clase en el Estado español refleja una situación peculiar dentro del contexto europeo. Así, mientras en Alemania toda la burguesía puede ponerse de acuerdo en una gran coalición, formando un gobierno de concentración para explotar al proletariado, ir desmontando el *Estado del bienestar* y recuperar el papel de liderazgo en la reactivación europea, demostrando que la contradicción principal es la que define la confrontación entre burguesía y proletariado, en el Estado español, a más de dos años de las últimas elecciones, la contradicción principal sigue situándose en el seno de la burguesía: la fisura en el seno de la clase dominante se va abriendo en todos los temas de

importancia, llegando incluso a involucrar al Parlamento europeo en el caso del proceso de paz vasco. Es previsible que el enconamiento prosiga y se acreciente ante el próximo proceso electoral. También es previsible y probable una fomentada polarización de las masas en la calle por los temas más sensibles y sensibleros: terrorismo, nacionalismo, memoria histórica, corrupción... Pero quien levantará la bandera del pueblo, de la izquierda, del antitotalitarismo, del talante y el diálogo, será el PSOE, que volverá a atizar el *peligro fascista* representado por el PP. El análisis superficial de esta tendencia provoca un lógico pero primario anhelo de regeneración democrática, cuya representación edulcorada vendría dada por el reclamo de una III República. Se trataría de una bandera lo suficientemente flexible bajo la que se puedan cobijar todo tipo de descontentos, desde los parciales y sectoriales a los de miras más generales. Esta tendencia, aparentemente espontánea, está consiguiendo enganchar a todo un sector que, aunque pequeño numéricamente, es siempre activo y está representado por una legión de pequeñas organizaciones que se convertirían en las fuerzas de choque contra una derecha que mantiene su radicalización, al igual que ya ocurrió en las movilizaciones contra la guerra.

2ª tendencia. La aceptación de la quiebra del pacto de silencio acordado en la Transición ha abierto el baúl de las contradicciones desde el seno de la clase dominante a la sociedad civil. Unas contradicciones que no superan el marco establecido dentro de los esquemas de pensamiento que recorren el bloque hegemónico. Esta ruptura, provocada por el PP con la recuperación ideológica del españolismo más rancio, basado en la popularización de los principios vigentes durante la dictadura franquista, libera al PSOE para generar un nuevo discurso ideológico que contrarreste al anterior. Se provoca, así, la apertura del régimen de silencio a la voz de los vencidos, que ya pueden volver a expresarse, al amparo institucional, sobre la República, la Guerra Civil y la Dictadura. De ahí el resurgir de la llamada memoria histórica, del recuerdo democrático y socialmente positivo de la II República y el rescate del olvido de las víctimas de la guerra y la represión, amparado por primera vez en treinta años por el discurso institucional del partido en el gobierno y concretado en hechos determinados, incluso de carácter legislativo. En esta tarea, el gobierno ha obtenido el apoyo de los representantes políticos de las burguesías de las naciones periféricas que conforman la parte del bloque hegemónico que ha sido agredida por el PP. A destacar es el caso de ERC y del BNG, por paradigmático e ilustrativo de la fuerza y dominio del bloque hegemónico a

pesar del enfrentamiento interno que sufre. Tratándose de partidos que se declaran independentistas y republicanos, han empleado su éxito electoral entregándose al gobierno autonómico, institución del Estado español, junto a partidos que apuntalan al régimen desde la Transición, contribuyendo a la estabilidad del panorama político en el resto del Estado, y su reiterada predilección por el pragmatismo frente a los principios les ha llevado a sustentar la intervención imperialista internacional en el Líbano, donde se dirime un conflicto de autodeterminación histórico y de los más candentes del momento en el mundo, con lo que han quedado al descubierto sus intereses de clase hegemónica, europeísta e imperialista, prevaleciendo sobre su programa nacional supuestamente liberador, y sentando un precedente que los invalida como partidos capaces de liderar cualquier deseo rupturista del Estado desde el punto de vista independentista. ERC y BNG quieren entrar a formar parte, así, de la coalición de clase del imperialismo español y, en la práctica, están justificando el dominio del Estado español sobre las propias Catalunya y Galiza.

La domesticación de ERC y BNG es precisamente uno de los componentes que suponen hasta el momento el mayor éxito del gobierno de Zapatero: la reincorporación de las burguesías nacionales al bloque político y económico dominante en el Estado. El gobierno ha conseguido arrastrar a CiU al pacto de descafeinamiento del Estatut rompiendo el consenso entre las fuerzas parlamentarias catalanas y relegando a futuros lejanos la cuestión nacional, incorpora al Bloque al gobierno de Galiza y logra abrir un proceso de paz en Euskal Herria empujando a los nacionalistas vascos, radicales o no, a un escenario en el que les ha arrebatado la iniciativa *democrática*.

3ª tendencia. El continuo e imparable deterioro del PCE y su coalición IU deja todo un sector a su izquierda que, ante la peligrosa posibilidad de radicalización, debe ser encauzado por la vía institucional y parlamentaria. La escisión de Corriente Roja en el año 2005, se hace precisamente bajo la *consigna* de la recomposición de la izquierda ante la cada vez más evidente liquidación del PCE como mero apéndice del PSOE y enarbolando el objetivo estratégico de la III República. El PCE, que no quiere perder este posible tirón, está atrapado entre proseguir con su posibilismo de asistente del PSOE o entregarse al oportunismo republicanista. Se ha apuntado decidida y oportunistamente al carro sentimental del republicanismo, manteniendo la histórica contradicción de no cuestionar en absoluto el régimen burgués.

4ª Tendencia. En esta supuesta atmósfera de recuperación republicana, se produce una euforia, en muchos grupos que abanderan el proyecto republicano, que está basada en la propia voluntad de confundir la situación política objetiva con los deseos tantos años reivindicados y reprimidos. Para otros grupos, por el contrario, lo que los mueve hacia la III es el más puro oportunismo político, después de su renuncia decidida y continuada del marxismo-leninismo. Renuncia debida a su incapacidad para comprender las tareas necesarias para reconstituir ideológica y políticamente el comunismo y abrir la vía revolucionaria en el Estado español. El tirón mediático y la generación de una corriente sentimental sociopolítica, despierta sueños de posibilidades de éxito electoral. Se constituye así una tendencia objetiva en la que van desembocando todos los colectivos revisionistas del movimiento comunista en el Estado español.

La verdad de la apuesta republicana

Mientras la mayoría de estos colectivos, desde los trotskistas a los marxistas de todo tipo, abrazan la *solución* republicana como supervivencia colectiva, vendiéndola como solución de los problemas sociales y políticos en el Estado español, otro grupo de organizaciones se encuadra bajo la estela de sus respectivas pequeñas burguesías nacionales y optan por anteponer la nación a la clase, rechazan la República del Estado español pero abrazan una república para su nación, convirtiéndose en *revolucionarios* chovinistas. Están cayendo, unos y otros, de lleno en la trampa que les está tendiendo uno de los sectores en pugna del bloque hegemónico. El programa *abertzale* para la solución del conflicto vasco, por ejemplo, no pone en cuestión en ningún momento la correlación de clases y se basa en el reconocimiento de los derechos democráticos básicos del pueblo vasco en un mundo donde los derechos de autodeterminación son pisoteados más que nunca desde la última gran guerra.

Con diferentes argumentaciones, basadas en distintos análisis de la realidad objetiva, los propagadores de la III, pretenden difundir la idea de la República como la panacea capaz de resolver todos los problemas de orden democrático que aquejan a la sociedad. Identifican democracia con justicia social. La adjetiven como República popular, federativa, confederal o de trabajadores, no son más que diferentes apelativos con un denominador común: establecer, en aras de un aglutinamiento masivo, un

proyecto de programa democrático mínimo para la unidad de acción y la participación electoral. Para que este programa sea asumible por un amplio espectro de organizaciones de la izquierda es necesario rebajarlo al máximo para convertirlo en un programa de mínimos, y esto es lo que en primer lugar acordaron unos cuantos de estos grupos en un encuentro estatal, allá por octubre de 2003, los llamados *Ocho puntos*, donde no sólo no se cuestiona el carácter de clase del Estado, que sólo se *democratiza*, sino que se deja a la decisión de una contienda electoral la elección entre monarquía y república.

El llamado *déficit democrático*, característica de las sociedades capitalistas avanzadas, es fruto directo de la derrota del proletariado en la aguda lucha de clases que sostuvo contra la burguesía durante el primer Ciclo revolucionario. La incorporación de un sector de ese proletariado al bloque hegemónico a cambio de parte de los beneficios de la explotación imperialista, permite socavar los derechos democráticos más básicos en nombre de consensos que permiten mantener la estabilidad del propio régimen democrático burgués y de cada uno de los distintos sectores que de él se benefician. Se está demostrando que en las actuales sociedades de democracia burguesa, el capital no necesita recurrir al fascismo para reprimir con igual dureza y efectividad al proletariado.

Con el inicio de la época del imperialismo, la etapa progresista de las sociedades democrático burguesas toca a su fin. La burguesía, otrora revolucionaria, ahora es reaccionaria. El proletariado medio ha sido absorbido por el sistema y, a cambio de una parte del pastel, ha asumido el papel de gendarme entre los sectores más conscientes y apartados del festín. Esto indica que el Estado español es ya una sociedad capitalista madura, en la que la democracia burguesa ya tuvo su gran época de máxima expresión durante la II República. En ese periodo, la democracia republicana mostró sus enormes contradicciones y desembocó, debido a la presión popular y al grado de libertad alcanzado, en el fascismo como recurso de salvación de la burguesía más reaccionaria, cuando ya el proletariado reclamaba extender la democracia a todos los ámbitos de la sociedad y no sólo a las formas de expresión institucionalizadas y se aprestaba a realizar la revolución. Después de la II Guerra Mundial, el proletariado europeo es mayoritariamente incorporado al bloque dirigente por lo que, después de la dictadura franquista, la transición nació en un momento en que los principios democrático burgueses más puros estaban en franco retroceso en todo el entorno europeo, con Estados represores, una

clase obrera débil y mayoritariamente sumisa y la mayoría de sus organizaciones domesticadas. También en el Estado español la correlación de fuerzas era desfavorable a las revolucionarias. La mayoría de la población no movió un dedo para hacer caer la Dictadura y, aunque muy activa, la minoría revolucionaria no supo romper el clima dominante del que la sociedad estaba impregnada. Franco dejó todo atado y bien atado. Es por todo ello que fue imposible la ruptura. La Transición representa ese acuerdo deleznable por traer una democracia cercenada a lo burgués y basada, no en principios elevados –libertad, igualdad, fraternidad– sino en las inviolables leyes de mercado y del capital, a cambio de participar en la gestión de parte de los beneficios como miembro del club de los países imperialistas. La lógica de la democracia bajo el dominio del capital es la lógica capitalista.

Por la democracia, luchar por la Dictadura del Proletariado

Primero deberíamos saber, como marxistas revolucionarios, que el sistema democrático, tome éste el aspecto de monarquía parlamentaria o el de república, no es más que el modo en como la burguesía establece su sistema de explotación. Deberíamos también aceptar la teoría marxista del Estado y saber que en una sociedad dividida en clases, la democracia la disfrutaban las clases dominantes en contra de las oprimidas. No explicar esto a las masas y, en cambio, identificar la forma superestructural del régimen con su base estructural clasista, es engañarlas.

Así pues, desde el punto de vista de los principios marxistas sobre el Estado, llamar a la democratización es llamar actualmente a la derrota del movimiento de masas, es llamar a la continuación del modelo escogido por la burguesía de subyugación del proletariado, es renegar en los hechos, en la práctica, de la lucha por la transformación social, por el salto cualitativo que supone la revolución comunista. No es posible luchar por la democracia sin luchar por acabar con el capitalismo. Lucha por la Dictadura del Proletariado es el único camino de las masas hacia la democracia. Democracia para el pueblo trabajador y dictadura contra las clases reaccionarias. En una sociedad de capitalismo imperialista no existe etapa de transición al socialismo, el único camino es la revolución comunista.

La república es una cuestión secundaria que manipula a su antojo la clase dominante al servicio de la lucha entablada en su seno. La alternativa

republicana es la única que el régimen burgués va a permitir al proletariado radicalizado. Ésta será su alternativa para recomponer su dominio en caso necesario y conseguir derrotar y defraudar de nuevo las esperanzas populares. Sólo existe democracia para la clase obrera imponiendo la Dictadura del Proletariado.

Los seguidores de la causa republicana son seguidores de una causa ajena al proletariado, ya fracasada, y que hoy, como en su día, es generada por intereses de la burguesía. Los seguidores de la causa republicana caen en esta trampa porque hace mucho que ya no son independientes del dominio ideológico de la burguesía, hace mucho que llevan renegando del marxismo y, por ello, convertidos en revisionistas y oportunistas, están acostumbrados a depender de los giros políticos que les marca la burguesía, a acudir allí donde la burguesía les genera un conflicto que indefectiblemente perderán una y otra vez, están acostumbrados a no llevar la iniciativa revolucionaria a las masas, están acostumbrados a resistir donde las masas quieren resistir y a huir donde las masas huyen, están acostumbrados a su estilo de vida dependiente y a las migajas que reciben de sus compromisos con el poder. Están acostumbrados a ir, en definitiva, a remolque de los acontecimientos. Viven de gestas del pasado que ni tan siquiera han protagonizado o confunden sus mediocres currículos con grandes luchas heroicas que otros libraron por ellos. Se reclaman de ideologías y políticas que más desconocen cuanto más las citan. Se emboscan para autojustificar sus fracasos en una visión idealizada del obrero medio. Ensalzan al proletario como individuo de una clase económica que defiende sus intereses burgueses para mantenerse en un puesto de trabajo del cual no es dueño, sin darse cuenta de que al elogiarle, muestran su amor por su condición de esclavo asalariado. Son los que idolatran esta esclavitud asalariada del obrero medio pero temen al obrero comunista revolucionario, que odia su condición de clase, que lucha por romper la cadena de producción y con ella las cadenas que le atan a su dependencia, para liberarse en su integración consciente en la lucha revolucionaria.

Mientras el revisionismo de toda laya se encamina hacia la nueva charca republicana, el proletariado consciente, revolucionario, sólo puede seguir el camino de la revolución comunista.

Para seguir esta senda es imprescindible cumplir los requisitos previos de reconstitución ideológica y política del comunismo. De ello, en LA FORJA, venimos hablando sin descanso.

70° ANIVERSARIO DEL FRENTE POPULAR**REPUBLICANOS DE AYER Y HOY**

“Cabe, entonces, preguntarse: ¿qué transformación sufrirá el Estado en la sociedad comunista? O, en otros términos: ¿qué funciones sociales, análogas a las actuales funciones del Estado, subsistirán entonces? Esta pregunta sólo puede contestarse científicamente, y por más que acoplemos de mil maneras la palabra “pueblo” y la palabra “Estado”, no nos acercaremos ni un pelo a la solución del problema.

Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista media el período de la transformación revolucionaria de la primera en la segunda. A este período corresponde también un período político de transición, cuyo Estado no puede ser otro que *la dictadura revolucionaria del proletariado.*”

Marx, *Crítica del programa de Gotha.*

“La omnipotencia de la ‘riqueza’ también *es más segura* en las repúblicas democráticas porque no depende de unos u otros defectos del mecanismo político ni de la mala envoltura política del capitalismo. La república democrática es la mejor envoltura política de que puede revestirse el capitalismo; y, por lo tanto, el capital, al dominar (...) esta envoltura, que es la mejor de todas, cimenta su Poder de un modo tan seguro, tan firme, que no lo conmueve *ningún* cambio de personas, ni de instituciones, ni de partidos dentro de la república democrática burguesa.”

Lenin, *El Estado y la revolución.*

Este año se ha cumplido el 75° aniversario de la proclamación de la II República burguesa en el Estado español y el 70° de la victoria electoral de la coalición de Frente Popular, efemérides tanto más simbólicas pues coinciden con una coyuntura política en la que la confluencia de una serie de tendencias objetivas, que afectan desde el bloque dominante a la izquierda extraparlamentaria, junto a la inapelable derrota del proletariado en su primera tentativa emancipadora histórica (lo que denominamos el Ciclo de Octubre), abren la puerta para la conformación de un movimiento republicano que podría desviar los esfuerzos de la clase obrera de sus verdaderos objetivos: la

reconstitución ideológica y política del comunismo como mediación a la Revolución Socialista y la implantación de la dictadura del proletariado.

A pesar de que este embrionario movimiento está formado por numerosos destacamentos autodenominados comunistas, una de sus principales características es la idealización grotesca de la II República, con un balance de sus peripecias y logros totalmente ajeno al marxismo, que emparenta con el democratismo pequeño-burgués.

En este artículo intentaremos repasar muy someramente, desde el punto de vista de clase y de la lucha de clases (el único legítimo para el materialismo histórico), este período, que merece en el futuro un balance serio, y luchar contra las principales argumentaciones de los grupos que hoy día bregan por construir este movimiento con el que pretenden hacer comulgar a la clase obrera.

1. De abril a octubre: el fracaso de la reforma burguesa

La crisis del sistema político de la Restauración, erigido tras el fácil derrocamiento de la I República, fue particularmente largo y tortuoso. Se suelen señalar varios momentos claves, como la apabullante derrota frente a EE.UU., que significó la pérdida de los últimos vestigios del imperio colonial español, con serias consecuencias económicas para importantes sectores de la burguesía; la crisis de 1917, en la que, además de enfrentamientos internos entre facciones burguesas, la combatividad popular (de la mano de un proletariado que no deja de crecer: entre 1910 y 1930 su número se duplicó) alcanza un punto culminante con la fracasada *Huelga General Revolucionaria*. La Revolución rusa de ese año, y especialmente Octubre, supuso un gran acicate para la lucha del proletariado internacional y para la incorporación de crecientes masas a la política revolucionaria.

Por otro lado, la guerra colonial que el Estado español mantenía contra el pueblo marroquí no dejó de saldarse con estruendosas derrotas que repercutieron en el interior (momento importante es la llamada *Semana Trágica* de 1909), contribuyendo a la erosión del régimen, que en 1923 se ve obligado a adoptar formas fascistas para mantenerse.

Sin embargo, las contradicciones no cesaron de agravarse, aún por debajo de la estructura política, y acabaron por estallar cuando la gran crisis económica de 1929 llegó a España, terminando por derrumbar el régimen monárquico.

Ante esta situación, la gran burguesía y la clase terrateniente, que percibían que todo el orden social amenazaba con desmoronarse (percepción sin duda exagerada, y que nos lleva a preguntarnos sobre la extensión, durante el primer Ciclo revolucionario, en todo el edificio social de teorías muy profundamente arraigadas entre el proletariado y su vanguardia, como la teoría del *derrumbe* y su correlato lógico, la *inevitabilidad del socialismo*), se vieron obligadas a maniobrar.

El 14 de abril de 1931, en medio de un gran alborozo de las masas, se proclamaba la II República. Desde el punto de vista de clase, la República se puede interpretar como el intento de la clase dominante por integrar en la administración del Estado a la pequeña burguesía, encuadrada en los partidos republicanos y también representada por los socialistas (cuya lastimosa actuación durante la dictadura primorriverista no necesita ser recordada), que además defendían los intereses de la reducida aristocracia obrera, como modo de dar estabilidad al sistema y servir de colchón defensivo frente a un crecientemente radicalizado movimiento de masas. Sintomático de ello es el reparto de los puestos ministeriales entre republicanos y socialistas, y que la UGT se convirtiera en el *sindicato del régimen*, marginando a la radical CNT que se lanzó a la confrontación abierta contra éste.

Un análisis marxista, que ha de tener en cuenta la lucha de clases y la composición de clase del Estado, contrasta con lo que, junto a grupos descaradamente pequeño-burgueses, firma el CEOC:

“La República propició cambios democráticos profundos que dieron solución a problemas que se habían atascado desde siglos atrás.”

Estos *cambios democráticos profundos* a los que tan candorosamente se refieren los republicanos no son otra cosa que la ampliación de las oportunidades en el *reparto del pastel* de la explotación del trabajo asalariado y de las colonias, con la integración de nuevos sectores sociales en el aparato político de dominación, integración exigida por la maniobra de la clase dominante antes referida. Es cierto que esta ampliación de la democracia **entre los grupos socialmente dominantes** supone para el proletariado una mayor capacidad de maniobra y organización, especie de migaja que se descuelga con el ensanchamiento del campo de juego entre los dominadores. El fascismo, abundando en el tema, significa todo lo contrario, la drástica reducción de este campo y la concentración del poder político en cada vez menos facciones, o en una sola, de la clase dominante, con lo que esa fisura de *libertades* que se filtra hacia los oprimidos es taponada. Por ello, el proletariado no puede permanecer impasible ante los cambios en la forma de dominación capitalista, pero de ahí a santificar la forma democrático-republicana de dictadura de la burguesía hay un trecho que un comunista no andará.

En cuanto a solucionar graves problemas seculares, la II República también sale muy bien parada en este manifiesto-panegírico. La *nueva política social* que le atribuyen bien podría interpretarse como puro clientelismo hacia la UGT con el fin de dar mayor base social a su régimen, ya que la CNT, marginada, fue duramente reprimida (*Ley de defensa de la República*), amén de representar las necesarias migajas destinadas a paralizar el ascendente movimiento de masas.

El problema de la tierra, por su parte, era el más grave que arrastraba el país, debido al peculiar desarrollo del capitalismo y de la burguesía en el Estado español. Éste había creado una estructura de pinza, en la que tanto un acentuado minifundismo en algunas regiones y el latifundismo en otras (con el ausentismo de una clase terrateniente cada vez más fundida con la gran burguesía y cuyos capitales podían obtener beneficios más inmediatos en otras partes que en el desarrollo de la agricultura) mantenían al campo español en un estado de postración y atraso, con una gran masa de proletarios rurales y campesinos sumidos en la miseria, coadyuvando al escaso desarrollo de un mercado interno para la industria. Más adelante señalaremos la actitud del PCE hacia este problema, pero aquí sólo nos interesa dejar sentada la despreocupación con que emprendió su solución la, tan alabada por nuestros firmantes, burguesía republicana reformista. Tuñón de Lara, historiador serio pero al que no cabe acusar de antipatía hacia la República, deja escrito respecto a la Reforma Agraria del primer bienio:

“...las contradicciones de un régimen que se permitía discursos atrevidos y leyes reformistas, sin tener nunca en cuenta los instrumentos de poder necesarios para cumplir aquellas promesas y los preceptos legales.(...) La verdad pura y simple era que dos años después de haber sido implantada la República, los ‘señoritos’ eran todavía los dueños de la tierra en Andalucía, Extremadura y la Mancha.”¹

Los datos, aún sin catastrar todas las provincias, ofrecen que la gran propiedad latifundista en diciembre de 1930 se extendía por 7.468.629 hectáreas, mientras que para el 31 de diciembre de 1933 el Instituto de Reforma agraria había distribuido únicamente 110.956 hectáreas. Aún sin entrar a valorar cómo se enfocó el problema (que, además, es lo más importante), y teniendo en cuenta que durante el *Bienio negro* se promulgó una ley de contrarreforma agraria, podemos llegar a dudar de que la República diera *solución a problemas que se habían atascado desde siglos atrás*.

Siguiendo con la retahíla de alabanzas y mistificaciones, clama al cielo que alguien que se dice comunista suscriba como logro de la República su adhesión a ¡la Sociedad de Naciones!, organismo imperialista, precursor de la actual ONU, creada para legalizar el orden imperialista internacional surgido de la Primera Guerra Mundial. Aunque debería ser innecesario, visto el panorama podemos plasmar la visión, sobre esta base, que un revolucionario podía tener en la situación internacional de los años 20:

¹ TUÑÓN DE LARA, M.: *La España del siglo XX*. Akal. Madrid, 2000. Vol. II, pág. 345.

“...la actual situación mundial se caracteriza por el hecho de que las dos grandes fuerzas, la revolución y la contrarrevolución, se enfrentan en la lucha final. Cada una de ellas ha levantado una gran bandera: una es la bandera roja de la revolución, que enarbola la III Internacional, llamando a unirse en torno suyo a todas las clases oprimidas del mundo; la otra es la bandera blanca de la contrarrevolución, que enarbola la Sociedad de Naciones, llamando a unirse en torno suyo a todos los contrarrevolucionarios de la Tierra.”²

Ante esto se puede aducir que en la década de los 30 la situación era más compleja por el ascenso del fascismo, lo cual, que cuando se pone como centro de la cuestión, perdiendo el horizonte revolucionario, nos acaba conduciendo a una línea derrotista y liquidacionista de subordinación al imperialismo y la burguesía, que es por la que, desgraciadamente, se acabará inclinando la Komintern y por la que hoy, so pretexto de una *superación democrática de la corona*, nos quiere conducir el CEOC y el resto del sector derechista del movimiento comunista del Estado español, sustituyendo en este caso la palabra mágica *fascismo* por *monarquía*.

Pero bien, volvamos a nuestro somero repaso del periodo republicano. Esta forma de *resolver* problemas seculares no hizo sino defraudar las esperanzas de unas masas a las que durante décadas se les había repetido hasta la saciedad, tal como sucede hoy día, que la República era la panacea a todos sus males, llevándolos a la rebelión abierta, especialmente en el campo. Aquí, la República va a mostrarse descarnadamente tan represiva como cualquiera de las odiadas monarquías pasadas. Sería ocioso hacer una enumeración de lo que el célebre ejemplo de Casas Viejas es sólo la punta del iceberg y en cualquier manual del periodo puede rastrearse.

Esta situación, la creciente radicalización de las masas (de la que el enorme prestigio de la Unión Soviética era un indicativo inquietante para la clase dominante) y las contradicciones internas forzaron la derrota del gobierno republicano-socialista y la victoria de las fuerzas derechistas en las elecciones de noviembre de 1933. Estas fuerzas se lanzaron a una política de contrarreforma (que en nada fue evitada por la forma republicana de Estado) que no hizo más que abundar en el descontento de las masas, descontento aprovechado (ante la debilidad del PCE y la posterior deriva política que iba a adoptar) por las fuerzas burguesas y pequeño-burguesas, recién desalojadas del gobierno, para acumular fuerzas en sus trifulcas internas con otras facciones dominantes. Esta dinámica culminó en los acontecimientos de octubre de 1934.

Ante la entrada en el gobierno de una coalición de tipo fascista, la CEDA, se proclamó la huelga general y por todo el país estallaron enfrentamientos armados y conatos de insurrección. Sin embargo, el único lugar donde el

² MAO TSE-TUNG: *Escritos sociológicos y culturales*. Laia. Barcelona, 1974, pág. 11.

movimiento estaba preparado con un mínimo de seriedad fue Asturias, donde durante dos semanas mineros y obreros fueron los dueños de la situación. La Comuna asturiana fue aplastada salvajemente por tropas mercenarias traídas a toda prisa desde Marruecos.

La actitud de las distintas fuerzas izquierdistas muestra claramente la subordinación de los objetivos revolucionarios del proletariado, señalando por dónde iban a desarrollarse futuros acontecimientos. Los partidos de izquierda republicana se limitaron a redactar notas declarándose incompatibles con la forma que tomaba la República con la entrada de la CEDA en el gobierno; mientras que el PSOE, cuyo ala izquierda dirigió la insurrección, nunca la planteó como la revolución o como un ensayo de la misma, sino que la esgrimió como medio de presión frente a la entrada en el gobierno de un grupo fascista, sin plantearse la cuestión cardinal de en manos de qué clase está el poder y buscando sólo la restitución del *verdadero espíritu* republicano, tal y como había sido durante el primer bienio. El PCE se limitó a ser comparsa del ala izquierda de los socialistas, pues, aunque con un papel activo en la insurrección, ya se había encaminado por la senda de la unidad a cualquier precio de las fuerzas obreras como base de la formación de un Frente Antifascista. Así, a pesar de los sentimientos y la abnegación de miles de militantes de base para quienes el fin del movimiento debía ser el socialismo, éste quedó en una simple maniobra que, aunque incluyera la lucha armada, se podría enmarcar en los confines del parlamentarismo.

De este modo, el proletariado no extrajo ninguna lección provechosa de la Comuna asturiana, que, ignominiosamente, se convirtió en el campo de pruebas de la línea que iba a guiar al vocacional partido revolucionario (aún con todas sus deficiencias ideológicas), es decir, unidad a toda costa con fuerzas burguesas calificadas de democráticas y progresistas y subordinación de los intereses revolucionarios del proletariado al mantenimiento de una determinada forma de dominación de la burguesía, con las tristemente conocidas consecuencias de parálisis de las masas y derrota que iba a traer la Guerra Civil.

2. El Frente Popular y la Revolución española

Éstas son básicamente las actitudes políticas de los grupos y clases que darán su apoyo al Frente Popular. La burguesía reformista continuaba en la misma actitud del 14 de abril; es decir, algunos cambios para impedir que el movimiento de masas pudiera quebrar el orden social, aunque la fuerza y confianza en sí mismo de este movimiento de masas, junto con sus cada vez más amplias contradicciones (agudizadas por el propio empuje espontáneo de las masas) con el sector de la clase dominante tradicionalmente detentador del poder, el bloque burgués-terrateniente, le obligaban a reconocer la necesidad de un mayor apoyo de las fuerzas obreras, cuando lo que hubieran preferido era una reedición de la alianza con los socialistas, como en el primer bienio.

Los socialistas, por su parte, se encontraban en medio de un proceso de radicalización, cuyas causas no vale achacar a la actitud de sus dirigentes (el exponente más claro de esto, Largo Caballero, representante de la base sindical del partido, había pasado de ocupar responsabilidades bajo la dictadura primorriverista a propugnar la revolución socialista), sino en algo mucho más profundo. Estos cambios reflejaban un hondo cambio en el estado de ánimo de las masas, una enorme radicalización, espoleada por la decepción ante las medidas implementadas por la República y la brutal represión que ésta, al igual que los pasados gobiernos monárquicos, había practicado. Durante el quinquenio republicano la militancia del PSOE se había cuadruplicado, y la mitad de estos nuevos miembros pertenecía a la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra (lo que indica el enorme peso que la cuestión agraria tenía en la política del país). Además, esta verborrea revolucionaria de los caballeristas también estaba obligada por la necesidad de mantener una base social, en un momento en que la mucho más radical CNT empezaba a hacer sentir su presencia en feudos tradicionales de las socialistas como Madrid. No obstante a toda la fanfarria revolucionaria de la que se rodeaba y a sus reticencias, el ala izquierda del PSOE entró en el redil del pacto con los republicanos, estimando que *luego* la clase obrera debía marchar hacia la revolución (el eterno *mientras tanto* de los oportunistas), cumpliendo así su función de correa de transmisión entre la política burguesa reformista y el espontaneísmo radical que bullía entre las masas.

Mención aparte merecen los anarquistas, que esta vez dejaron de lado su tradicional política abstencionista y dieron su apoyo, aunque no participaron en ella, a la coalición de Frente Popular, siendo sus votos importantes para la victoria electoral. Mucho se ha criticado, justamente, su incapacidad para la construcción de una alternativa social viable, por su alejamiento –y oposición– del marxismo y su concepción del mundo, que hunde sus raíces en la de la burguesía y defiende los intereses de una pequeña burguesía radicalizada (olvido del problema crucial del Poder político y un programa que llama realmente a la cooperativización –a la asociación de pequeños productores individuales–, dejando de lado el problema de la producción y circulación de mercancías...). Pero conviene señalar algo que muchos comunistas han olvidado, y es ese espíritu y estilo de trabajo que para las masas proletarias radicalizadas por la crisis revolucionaria resultaba mucho más atractivo, estimulante y rebelde que los socialistas, o la política que un, a corto plazo influyente, PCE iba a implementar.

Este breve repaso de las principales fuerzas de la izquierda española, aparte del PCE, que iban a conformar y apoyar el Frente Popular nos muestra una enorme radicalización de las masas, que, faltas de una dirección revolucionaria, se veían obligadas a seguir a las organizaciones reformistas, muy basculadas hacia la izquierda (el enorme crecimiento del anarquismo también refleja este proceso), y que no hicieron otra cosa sino galopar a su espalda, frenando y canalizando su sano empuje espontáneo.

Por su parte, la médula de la clase dominante española se encontraba, a mediados de la década, cada vez más en un callejón sin salida. La República estaba claramente quebrando en su misión de colchón fiscalizador contra la revolución, alejando a la oligarquía de aquellos sectores reformistas que había llamado para la gestión del Estado, a la par que, en el escenario internacional, la implacable marcha de las contradicciones imperialistas, agudizadas por la crisis económica, apresuraba a los distintos grupos imperialistas a tomar posiciones para el nuevo reparto del mundo que ya se barruntaba. Todo ello empujaba cada vez más al bloque burgués-terrateniente a olvidar sus vacilaciones y diferencias internas, para arriesgar una jugada en la que librarse de una República cada vez más inútil, y quién sabe si lanzarse a la aventura exterior.

España había sido tradicionalmente un socio menor del imperialismo británico, que protegía de otros rivales los últimos restos del imperio colonial español. Este imperio aún proporcionaba pingües beneficios, pero la *protección* británica resultaba muy cara. Ésta cada vez resultaba más asfixiante, y las contradicciones se habían ido agudizando (un ejemplo es la prohibición de fortificar el protectorado de Marruecos –para evitar presiones sobre Gibraltar– en un momento en que las derrotas militares contra los independentistas rifeños eran particularmente gravosas y humillantes). En este contexto, y con la nítida formación de dos bloques imperialistas opuestos, la clase dominante española empezó a ver a Italia y, en menor medida, a Alemania, como la potencia que podía proveer las fuerzas necesarias para aplastar la situación revolucionaria y presionar al imperialismo británico, a la par que la posible derrota de éste en una nueva guerra abría perspectivas muy tentadoras para el bloque burgués-terrateniente (lo que aumentaba las contradicciones con la burguesía reformista, filobritánica, de la que Azaña era la cabeza visible).

Así pues, la situación española a mediados de la década de los 30, con unas masas cada vez más radicalizadas que empujaban hacia la revolución, una clase dominante desgarrada por la crisis intestina y un contexto internacional de maniobras imperialistas en preparación de una nueva guerra, que impedían o dificultaban un ataque coordinado contra la revolución, hacían de España uno de esos eslabones débiles que la coyuntura histórica, con sus factores objetivos y subjetivos, periódicamente forma en la cadena imperialista. Queda por ver si las fuerzas que se reclamaban de la revolución aprovecharían, o sabrían aprovechar, esta situación llena de peligros, pero también de posibilidades.

La Revolución de Octubre, acontecimiento universal, había despertado a la vanguardia revolucionaria del proletariado por todo el mundo, sumida hasta entonces en la anestesia descaradamente reformista de la socialdemocracia, en franca bancarrota desde el estallido de la Gran Guerra, y había propiciado la creación del organismo internacional de la revolución, la Internacional Comunista (Komintern).

Sin embargo, con la excepción de su partido de vanguardia, el Bolchevique, fogueado por décadas de deslindamiento ideológico con el oportunismo, imbricado con una práctica que había culminado gloriosa y brillantemente con la toma del poder y el inicio de la experiencia histórica de construcción del socialismo, la mayoría de las organizaciones que se vincularon a la Komintern adolecían de serias deficiencias en materia ideológica y, por tanto, política³, ya que eran fruto de voluntariosas escisiones por la izquierda de las estructuras socialdemócratas, fruto del conmovedor impacto de la Revolución de Octubre, más que de una paciente labor de deslindamiento con las premisas teóricas de la II Internacional⁴. Ésta era la situación de la joven sección española de la Internacional Comunista.

Para el III Congreso de la Komintern, que se reunió entre junio y agosto de 1921, ya se había constatado el fracaso de las tentativas revolucionarias en Europa, sobre las que tantas esperanzas habían depositado los líderes bolcheviques, y la tendencia a la estabilización del sistema capitalista tras los sobresaltos de la guerra. Así pues, el Congreso, que debía establecer los principios tácticos a seguir, consideró que la situación de ofensiva revolucionaria, de asalto al poder, daba paso a otra de repliegue. Asimismo, el Congreso dio la tarea de atraer a la vanguardia, o a la mayor parte de ella, hacia las posiciones del comunismo como fundamentalmente resuelta (constitución organizativa del comunismo). Por lo tanto, este repliegue consistía en volverse hacia las masas para ganarlas a la política comunista. La táctica que se formuló fue la del Frente Único proletario. Sucintamente, éste consistía en la unidad de acción de las organizaciones obreras (revolucionarias y reformistas), sobre la base de las demandas concretas inmediatas de la clase obrera, con el objetivo, no de confeccionar un programa mínimo común o la ruptura de las masas con sus direcciones oportunistas, sino de incorporarlas a la lucha de clases para que se diesen cuenta, por su propia experiencia, de la justicia de la política comunista y de que la defensa consecuente de sus intereses sólo era posible a través de la dictadura del proletariado.

³ Otra excepción a esto podría ser el caso del Partido chino, cuya posterior trayectoria, más independiente políticamente a la hora de avanzar hacia el poder y, una vez ya en éste, su madurez y mayor atino, independientemente del resultado final, al enfrentarse a problemas donde incluso los revolucionarios soviéticos se habían atascado, indica que no se puede hacer tabla rasa con todos los partidos vinculados a la Komintern, y que el balance en profundidad de su experiencia es indispensable para la exitosa consecución del próximo Ciclo revolucionario.

⁴ Cuestión que, como ya se ha señalado en otras ocasiones, es incluso un debe de los bolcheviques, quienes sólo se opusieron a estas premisas en tanto que obstaculizaban el avance de la Revolución rusa, y no plantearon seriamente un combate global y en profundidad contra ellas. Ver: Colectivo Fénix: *Stalin. Del marxismo al revisionismo*, publicado en LA FORJA, n° 28, diciembre de 2003.

Sin embargo, la evolución de esta táctica, que se sustentaba sobre un delicado equilibrio (dialéctica entre las concesiones a las direcciones oportunistas para lograr la unidad y el acceso a las masas, y la lucha contra aquéllas para el desarrollo de la política revolucionaria), fue escaso, concretándose más en bruscas oscilaciones a derecha e izquierda que en un verdadero desarrollo, triunfando a partir del VI Congreso de la Komintern (1928) la desviación izquierdista de lucha a ultranza contra la socialdemocracia (*socialfascismo*), enajenándose las posibilidades de actuar sobre las mayoritarias masas obreras que seguían a estas organizaciones.

El PCE⁵ no fue ajeno a estos bruscos cambios en la línea táctica, especialmente en sus basculaciones izquierdistas, que sacudían a los partidos comunistas europeos. La táctica implementada durante la década precedente y los primeros tiempos de la II República confiaba en que el mero desenvolvimiento de la crisis capitalista llevaría a las masas hacia el Partido, obligando a las otras formaciones a desenmascarse. Obviamente este mecanicismo se puso en evidencia cuando la República reverdeció las esperanzas reformistas de las masas y tanto socialistas como anarquistas vieron crecer enormemente sus filas. Además, la creciente amenaza del fascismo y el inflamable contexto internacional hicieron que dentro del Partido se empezaran a abrir paso concepciones derrotistas, de claro matiz derechista, sobre las grandes dificultades que encaraba la revolución en España.

La línea izquierdista, representada por José Bullejos, fue perdiendo fuerza hasta que en octubre de 1932 fue expulsado de la secretaría general por intervención de la Komintern, cargo que fue ocupado por José Díaz, más inclinado a centrar las valoraciones en el peligro fascista y a la unidad, en principio de acción, con otras fuerzas obreras. Así, dentro del propio PCE ya se estaba gestando lo que iba a ser la futura línea, pero el punto de inflexión fundamental fue el VII Congreso de la Internacional Comunista (julio-agosto de 1935), donde nacen los Frentes Populares.

Este viraje táctico se encuentra expuesto y fundamentado en el famoso informe de Dimitrov ante el Congreso. En él se interpreta el ascenso del fascismo

⁵ Hemos centrado el análisis en el PCE por considerarlo, por su alumbramiento al calor de Octubre, su encuadramiento en la Internacional surgida de esta revolución y su reivindicación del leninismo, la única formación apta *a priori* para la realización de la revolución. Sin embargo, ya hemos señalado sus fundamentales taras de nacimiento y rigurosamente es, al menos, dudoso que cumpla con el que, creemos, requisito fundamental para considerar que un Partido Comunista es tal, esto es, la fusión del socialismo científico con el movimiento obrero, y no tanto por su limitada influencia entre las masas durante la década de los 20 como por la escasa asunción de la teoría de vanguardia entre sus militantes y dirigentes, vanguardia que debe actuar como mediador entre dicha teoría y el movimiento. No obstante, Octubre había propiciado unas condiciones políticas que, en lo inmediato, compensaban muchas de estas deficiencias.

como una ofensiva del capital ante la que el proletariado debía responder con un repliegue. Éste se concretaba como una alianza del proletariado, a través de su Frente Único, con otras clases –campesinado, pequeña burguesía...–, para formar un Frente Popular que hiciese frente a la amenaza fascista. A pesar de que Dimitrov señala que debe ser el proletariado quien hegemonice estas alianzas interclasistas, su puesta en práctica conducirá indefectiblemente por otros derroteros.

Por otra parte, a nuestro entender, la definición que Dimitrov realiza del fascismo como forma estatal resulta algo insuficiente, centrándose sobre todo en cuestiones de forma:

“El fascismo en el poder, camaradas, es (...) la dictadura terrorista abierta de los elementos más reaccionarios, más chovinistas y más imperialistas del capital financiero.”

Y más adelante:

“La subida del fascismo al poder no es un simple cambio de un gobierno burgués por otro, sino la sustitución de una forma estatal de dominación de clase de la burguesía –la democracia burguesa– por otra, por la dictadura terrorista abierta.”

Esta formulación abre la puerta a un embellecimiento de la democracia burguesa, *forma estatal de dominación de clase* que también sabe y ha sabido aplicar una brutal represión o una *dictadura terrorista abierta*. Baste recordar el trato dispensado por la joven república alemana a los espartaquistas, o el de la República Federal de Alemania a los luchadores de la RAF, por no volver sobre los célebres ejemplos de Casas Viejas o Asturias durante la II República española. Lo que queremos señalar es que esta forma de tratar la cuestión peca de superficialidad y creemos que es más acorde con el espíritu marxista la que hemos dado más arriba, que se centra en la composición de clase y en las posibilidades de participación política (expresión concentrada de la economía, como decía Lenin, en la que el proletariado se encuentra **siempre** sometido) entre las clases y sectores socialmente dominantes. El olvido de una perspectiva de clase más profunda hará que, a medida que vayan caricaturizándose las tesis dimitrovianas, se llegue a equipar simplonamente fascismo con contundencia represiva.

La formulación de este viraje en la línea de la Komintern, que pasaba de enajenarse la influencia entre las masas en aras de la protección de los principios ideológicos a buscar alianzas con otras clases, aún con el peligro de rebajas ideológicas, como en los hechos sucedió, coincide con una situación internacional en la que los dirigentes soviéticos, que ya estaban transitando de la concepción de la URSS como una base de apoyo de la Revolución Mundial a la de que el país

era la base de esta revolución, buscaban una alianza con los imperialistas franco-británicos frente al agresivo imperialismo alemán. Esta alianza, planteada además al modo burgués, en el nivel Estado a Estado, era una prioridad de la política soviética, al punto que estaban dispuestos a renunciar a avances revolucionarios en otras partes del globo, lo que es coherente con la identificación *URSS=Revolución Proletaria Mundial*, para sellarla.

Así pues, todos los elementos estaban sobre la mesa para que el PCE se adhiriera entusiasta y acriticamente a esta nueva política. Además, en el Estado español se daban circunstancias que hacían que esta línea fuera a ser particularmente nociva. Amén de la ya señalada falta de madurez ideológica y política del Partido (lo que no es exclusivo del caso español), no existía un Frente Único en el sentido leninista, que para Dimitrov debía ser el basamento básico del Frente Popular, lo que llevó a identificar un arduo trabajo de masas con un simple pacto electoral, y la unidad de acción se convirtió cada vez más en la búsqueda de la unidad orgánica (lo que ya no puede achacarse sólo a la inmadurez de los comunistas españoles, ya que era apoyada por la dirección de la Komintern) con los socialistas (y se avanzó mucho en este aspecto: JSU, PSUC), que, a pesar de sus veleidades izquierdistas, se encontraban lejos de ser un partido revolucionario⁶. Así, la adhesión eufórica al Frente Popular llevó a la total desviación derechista de la táctica de Frente Único, sacrificando, en aras de la unidad, la más fundamental de las máximas tácticas leninistas: la independencia política del proletariado. Valga como ejemplo, y como lo que desde el punto de vista leninista sería una prueba acusatoria, lo que también corrobora la propia historia oficial del PCE:

“Queremos marchar unidos con vosotros en los combates futuros –decía José Díaz a los socialistas–. Queremos marchar unidos con vosotros hasta que lleguemos a fundirnos en un solo Partido...”⁷

Desde luego, esta renuncia a cuestiones de principio a cambio de la unidad con fuerzas no revolucionarias tuvo su continuación lógica en la renuncia,

⁶ Por su propia esencia, por ser un partido obrero de viejo tipo, se encontraban incapacitados para serlo nunca, como la historia se ha encargado de demostrar, al haberse constituido sobre la base de las reivindicaciones obreras inmediatas, económicas, en un momento histórico de formación y cohesión del proletariado. Es decir, cumplieron la función de ser los representantes de la clase *en sí*, momento necesario, pero insuficiente y superado cuando de lo que se trata es de que el proletariado escape de su determinación económica y se convierta en clase *para sí*, con conciencia de su misión histórica, tarea que sólo puede emprender una organización construida desde un plan consciente de transformación, esto es, desde el marxismo.

⁷ IBARRURI, D.: *El único camino*. Editions sociales. París, 1962, pág. 205.

en los hechos, al objetivo del Comunismo. Una vez que estalló la guerra, que, con el levantamiento espontáneo de las masas y la quiebra del Estado, abría prometedoras perspectivas revolucionarias (sobran comentarios sobre la estúpida dicotomía *ganar la guerra versus hacer la revolución*), el PCE, políticamente, subordinó todo a la defensa de la *legalidad* republicana, es decir, de la forma sancionada de dominación de la burguesía, en un momento en que el proletariado ya tenía de hecho las armas en la mano y la revolución era una necesidad sentida por las masas. Asimiló la democracia burguesa a una *democracia de nuevo tipo*, convirtiéndose en los paladines de la pequeña propiedad burguesa frente a los excesos de los *incontrolados*, con la vana esperanza de conseguir el apoyo británico y francés para el esfuerzo de guerra republicano, y olvidando completamente el horizonte de la dictadura del proletariado. Posteriormente, en los países de *democracia popular* esta nueva forma estatal que debía facilitar la transición al socialismo, acabará identificándose totalmente con éste y con la dictadura del proletariado. Militarmente, el PCE creó una eficaz organización militar, el Quinto Regimiento, pero se la entregó a la burguesía republicana, combatiendo al modo burgués –ejércitos regulares en campo abierto– sin desarrollar una propaganda revolucionaria en ambas retaguardias para poder proveerse de fuerzas auxiliares de guerrilla; es decir, renunció a practicar una verdadera guerra popular. Pero seguramente donde sea más paradigmática la subordinación del PCE a la burguesía sea en su política en el campo.

La ambigüedad con que se zanjó el debate sobre el carácter de la revolución pendiente en el Estado español (democrático-burguesa o socialista), permitió a los dirigentes del PCE caracterizar como *feudal* el campo español, siendo, por lo tanto, justo el apoyo a los sectores burgueses y bloqueando toda medida mínimamente revolucionaria, aún fruto del espontaneísmo de las masas. Aunque ciertamente existían elementos feudales en el campo español, algunos autores señalan que no era correcto caracterizar así su régimen social y que sería más propio hablar de capitalismo poco desarrollado⁸. Aún así, el PCE ni se planteó la alternativa de la colectivización socialista, apoyándose cada vez en los pequeños propietarios y sus intereses.

En conclusión, no se trata de que cuestionemos la necesidad de alianzas tácticas (este breve repaso del periodo republicano se ha limitado a señalar algunas fallas de una pretendida política revolucionaria, sin pretender plantear alternativas), sino de que éstas jamás, y ésta es una condición *sine qua non* de la política revolucionaria, deben cuestionar la independencia política del proletariado ni comprometer el objetivo histórico de la clase obrera, la sociedad comunista. En la experiencia histórica del Frente Popular, y particularmente en este país, ambas cosas sucedieron.

⁸ DELLACASA, G.: *Revolución y Frente Popular en España. 1936-1939*. Zero. Bilbao, 1977.

3. El republicanismo, enfermedad paralizante del comunismo español

La falta de una línea política revolucionaria durante la guerra tuvo como efecto una progresiva parálisis de las masas y, finalmente, una áspera derrota y décadas de terror fascista. Se puede decir que el proletariado español todavía no ha conseguido recuperarse de esta derrota ni de las causas que la propiciaron, y aún hoy sigue sin haber conseguido reconstituir su organización revolucionaria ni, por tanto, haberse forjado una línea y un programa revolucionarios. Uno de los síntomas más evidentes de esta derrota que ha dejado totalmente desarmado al proletariado es la continua y repetitiva permanencia, tanto en los programas, líneas políticas y hasta en el subconsciente de los comunistas españoles, de la necesidad de una *fase republicana* en el camino hacia la revolución.

El intento de reforma de la burguesía republicana llegó demasiado tarde para desactivar la exacerbación de la contradicción entre la burguesía y el proletariado, pero los dirigentes de éste, en lugar de adoptar la postura, mucho más acertada desde el punto de vista revolucionario de oposición a un régimen desgarrado por múltiples contradicciones y luchas internas, se convirtieron en los adalides y en el principal puntal de este proyecto, a la par que por el camino olvidaban la misión revolucionaria. A pesar de que ello sólo llevó a la derrota, la incapacidad para comprender sus causas generó una voluminosa mística⁹, fomentada por la abnegación de los militantes del PCE, única organización obrera con una verdadera implantación en el interior del país durante el primer franquismo.

Sucintamente, esta mortificadora parálisis se ha expresado políticamente en la necesidad de una fase intermedia al socialismo, necesidad imperativa, según los grupos, por múltiples razones. Un par de ejemplos nos ilustrarán, pero valga decir que, en la España de los 70, tras un enorme desarrollo del capitalismo, aún a punta de fusil (el desarrollo armónico y *democrático* de este sistema sólo existe en la mente de los economistas burgueses), durante las décadas precedentes, no cabían las dudas razonables o la legitimidad del debate sobre el carácter de la revolución pendiente, ya socialista a todas luces.

Así, entre todas las organizaciones que se escindieron del PCE revisionista, ninguna fue capaz de propugnar directamente la revolución socialista

⁹ Al respecto, el historiador francés Pierre Vilar, poco sospechoso de antipatía hacia el PCE, escribe: "...el comunista ortodoxo (frecuentemente neófito) [cree] en la República democrática como etapa (interrumpida por los generales) hacia un ideal en el que se mezcla la III Internacional, la amistad soviética, la guerra patriótica, conjunto sin pretensión teórica, pero de una gran eficacia pasional..." VILAR, P.: *La guerra civil española*. Crítica. Barcelona, 2004, pág. 143. Sentimentalismo, mitología... ¿dónde está la teoría revolucionaria? ¿la línea política revolucionaria?

como salida a cuarenta años de fascismo, interponiéndose en todos los programas una fase intermedia, lo que, unido a la incapacidad para comprender las tareas de reconstitución del Partido Comunista y los requisitos indispensables para considerar que éste existe –lo que, por otra parte, era menos evidente durante el Ciclo revolucionario, pues algunas de las circunstancias propiciadas por Octubre, la revolución proletaria como referente político a nivel mundial, aún se mantenían– suponía la subordinación de la clase obrera a diversos intereses burgueses. Ejemplos de ello son el análisis del Estado español como colonia del imperialismo yanqui y, subsecuentemente, el llamamiento a la lucha de liberación nacional y a una alianza *popular* con una burguesía nacional que hacía el PCE (m-l), o el de la necesidad de una fase antifascista, que se traduciría en una República Popular, por lo visto, *verdaderamente democrática*, que proclamaba, y proclama, el PCE(r), fruto de un mecanicismo histórico extremo que vincula unívocamente imperialismo y fascismo.

Estos ejemplos son sintomáticos de la línea que caracterizaba al grueso de los destacamentos comunistas de entonces y que, aún practicando la lucha armada, dejaron al proletariado desarmado políticamente, por lo que sus fuerzas fueron canalizadas por el planteamiento de la *ruptura democrática* (que no cuestionaba desde la óptica clasista el proyecto de reforma política de la burguesía, sino sólo algunos de sus aspectos, como la velocidad o profundidad de las reformas; es decir, estaba planteada desde el punto de vista de la pequeña burguesía), ya de por sí debilitado ante la ausencia articulada de la opción revolucionaria¹⁰. Finalmente, la opción rupturista fue derrotada y, con la estabilización de la reforma política burguesa, cayó, junto con el republicanismo, en el pantano burgués de la marginalidad institucional y política.

4. La crisis del consenso de 1978 y la reconfiguración de la izquierda

Sin embargo, la actual situación tras treinta años de relativamente estable parlamentarismo burgués, presenta una serie de tendencias objetivas y convergentes que apuntan a la factibilidad de la construcción de un proyecto político basado en la reivindicación de la III República; todo ello, por supuesto, en perjuicio del proletariado revolucionario.

En el plano político más elevado, el de los sectores que controlan las riendas del Estado, se vislumbra, cada vez más claramente, la agudización de la tendencia a la ruptura del consenso político-institucional rubricado en 1978. Ésta se inició durante la mayoría absoluta parlamentaria del PP y estuvo marcada por

¹⁰ En algunas ocasiones anteriores ya hemos caracterizado, desde el plano histórico, a la mayoría de las concesiones de la burguesía como un subproducto de la lucha revolucionaria del proletariado, que apuntaba a las bases del sistema de dominación capitalista.

la unilateralidad de la política de este partido, que ponía en entredicho aspectos fundamentales de aquel pacto político. La integración de las burguesías nacionales dentro del bloque dominante se sancionó políticamente con la implantación del *Estado de las Autonomías*. No obstante, el PP no sólo cuestionó este modelo y su desarrollo, tal como exigen dichas burguesías, cuestionamiento que hunde sus raíces ideológicas en el más rancio españolismo franquista, sino que fue más allá, al punto de poner fuera de la ley, y de las instituciones, a sectores de estos grupos a los que, de buena o mala gana, se permitía su participación, como la pequeña burguesía independentista vasca, y a poner en el punto de mira de esta fascistización del Estado, haciendo tabla rasa de *los nacionalismos*, a grupos hegemónicos en sus ámbitos nacionales, como el PNV; lo que no podía por menos que inquietar a la burguesía catalanista y a todos aquellos sectores que, en mayor o menor medida, se benefician del actual ordenamiento territorial. Esta agresiva política tenía su correlato en el plano internacional, con el alineamiento, sumiso y sin ambages, junto al imperialismo estadounidense, cuestionando ahora el proceso de conformación política de un bloque imperialista europeo coherente (aquello de la *vieja y nueva* Europa). Aquí, el ataque iba enfilado contra poderosísimos intereses hegemónicos del capital financiero español, una de cuyas principales zonas de actuación es América Latina, lo que hace que, a nivel de clase, la burguesía financiera española exija la consolidación de este proyecto europeísta para, en el largo plazo, exigirle al yanqui, poder hegemónico en el subcontinente, un nuevo reparto más acorde con sus apetencias predatorias.

Estas medidas, entre otras, provocaron el ensanche de las diferencias en el seno del bloque dominante y provocaron, al lesionar intereses muy poderosos e influyentes, la derrota electoral del PP. Es así como hay que entender las masivas manifestaciones contra la invasión de Irak o por la manipulación de los ataques del 11-M, cuyo carácter masivo, además de por una justa indignación ante la descaradamente reaccionaria política de la *derechona*, estuvo motivada principalmente por la cobertura ideológica y material de grupos vinculados a sectores del *stablishment* (plataformas de intelectuales, cadenas de televisión y radio...). Así, nada más ingenuo o malintencionado que caracterizar como *populares* esta movilizaciones, pues fueron incapaces de generar un programa político alternativo y estuvieron instrumentalizadas ideológica (no a la invasión *ilegal*...) y políticamente (PSOE) por sectores del bloque dominante que la canalizaron hacia el parlamento, quedando en cantos de sirena y espejismo una vez que se consumó el cambio de gobierno.

Por otra parte, parece claro que la política del PP obedece a intereses de sectores sociales emergentes por el desarrollo del capitalismo español de las últimas décadas y que no se sienten cómodos por el *statu quo* que, tanto en el interior como en el exterior, propició el consenso de 1978 (el análisis concreto de la fisonomía de estos grupos sociales no es el cometido de este artículo y, de

confirmarse la tendencia, ha de realizarse en el futuro), ya que la salida de Aznar y acontecimientos como la tregua de ETA no han debilitado a los sectores duros que implementan esta política, y cuya agresiva oposición, encaminada a un rápido desgaste del gobierno para volver al poder, acentúa las contradicciones y la polarización política.

Más abajo, el plano de la izquierda, tanto dentro como fuera de las instituciones, está marcado por la crisis de IU, expresada en la serie de batacazos electorales y en la crisis en que se halla sumida la coalición, cada vez más identificada, de la mano de Llamazares, con el PSOE, crisis escenificada por la salida el pasado año de Corriente Roja (CR). Este grupo representa perfectamente el proceso de reorganización en que se encuentra la izquierda de este país, que ante el vacío institucional que está dejando IU pugna por ocupar su puesto dentro de él.

Este escenario político de crisis de la izquierda institucional y de agudización de las contradicciones internas en el bloque dominante, también está siendo aprovechado por aquellos intereses que quedaron marginados por la forma en que se realizó la reforma política burguesa, lo que se expresa cultural y políticamente (todos los grupos de esta izquierda han recogido la consigna) de unos años acá como *recuperación de la memoria histórica*. Significativamente, este movimiento está apoyado por el sector más reformista y liberal del bloque dominante, lo que sin duda expresa el interés de éste por mantener el colchón que permita canalizar hacia las instituciones las contradicciones con una izquierda cuya radicalización podría exacerbarse si se la mantiene al margen del aparato de juego político entre los sectores socialmente dominantes, cuya máxima expresión es el parlamento y, de paso, ganarse una base social útil si el enfrentamiento interno con el otro sector del bloque dominante se agudiza aún más.

La única condición que el capital exige es la renuncia a cualquier veleidad revolucionaria y la aceptación, radicalismo verbal aparte, de las reglas de juego de la dominación de la burguesía. El proyecto de la III República, cada vez más perfilado como opción electoral, se adapta perfectamente a esta exigencia y se ha convertido en la bandera de reorganización y agrupación de todo género de reformistas y oportunistas, deseosos de disfrutar de las ventajas de la aceptación por parte del *gran hermano* burgués, y, quién sabe, tal vez llevarse por delante alguna corona.

5. Los epígonos de la República, hoy

Estos cambios en el escenario político del país, importantes de por sí, exigen un posicionamiento del proletariado revolucionario; posicionamiento más urgente y acuciante debido a que en la conformación de este movimiento republicanista se hallan implicados el grueso de las organizaciones que se reclaman del marxismo y la revolución, canalizando las energías de la vanguardia

y propagando perniciosos planteamientos sobre las tareas que exige la reactivación del movimiento revolucionario; ideas que, de triunfar, prolongarían indefinidamente la larga y agónica esclerosis que viene sufriendo el proletariado.

Entre la gran cantidad de comunicados y documentos, podemos destacar varias ideas fundamentales y comunes a estos grupos: además de la sempiterna fase intermedia al socialismo y ese culto a la espontaneidad de las masas, tan pernicioso y tan característico de la tradición del movimiento comunista, está la acusación lanzada contra el actual sistema monárquico, *singularmente antidemocrático*, de ser la causa de todos los males que afectan a las masas laboriosas de este país, con lo que ello supone de descarga y embellecimiento del capitalismo en general y de la democracia burguesa en particular. Todo ello sazonado, irónicamente, con concepciones políticas pre-marxistas.

5.1. Embellecimiento de la democracia burguesa

Si algo sorprende a primera vista, son las constantes alusiones a la legalidad y a la legitimidad que llenan los pasajes de los numerosos manifiestos republicanos; alusiones al menos paradójicas cuando provienen de alguien que dice ser partidario de la revolución. Estas referencias hacen que resulte difícil distinguir el ala izquierda de la derecha del movimiento. Dice el PCOE:

“Hoy día 18 de julio se conmemora el setenta aniversario en que la gran burguesía española y el Ejército se alzaron contra el gobierno del Frente Popular, contra el gobierno elegido por el Pueblo Español, y contra la legalidad...”

Y CR:

“Aquí [la monarquía] es, además, especialmente ilegítima por proceder de una imposición del franquismo, aceptada bajo la amenaza de continuación de la dictadura...”

Estos lamentos sobre la legalidad y la legitimidad estarían más en su lugar entre carlistas que entre marxistas. La legalidad, entramado regulado que rige el Estado, es, como éste, un producto de la existencia de clases y de la correlación, lucha y alianzas entre ellas. Pero todos los manifiestos republicanos hablan en términos absolutos, olvidan las clases y, además de aumentar, a base de repeticiones machaconas, las ilusiones de las masas por la legalidad, casi no llegan a ocultar algo mucho más profundo e interesante. Tal vez las formas legales de la República, cuyo advenimiento, por otra parte, también supuso una ruptura de la legalidad, desaparecieran, pero la estructura del Estado, sus puntales, es decir, ejército, policía, burocracia... no sólo se mantuvieron sino que, sin más, mutaron en fascistas. Es decir, la República heredó una estructura estatal de la

monarquía pasada, y no sólo la mantuvo, aún cambiando algún aditamento legal, sino que la desarrolló (creó, por ejemplo, la Guardia de Asalto, cuyo carácter democrático se demostró en Casas Viejas), siendo su médula fundamental la que conformó el Estado franquista y la que todavía hoy nos oprime. Así pues, independientemente de la existencia de tronos, la actitud del proletariado hacia el Estado continúa siendo, como hace un siglo, y aún antes:

“La idea de Marx consiste en que la clase obrera debe *destruir, romper*, la ‘máquina estatal existente’ y no limitarse simplemente a apoderarse de ella. (...) En estas palabras: ‘romper la máquina burocrático-militar del Estado’, se encierra, concisamente expresada, la enseñanza fundamental del marxismo en cuanto a las tareas del proletariado respecto al Estado durante la revolución.”¹¹

Además, la revolución, entre otras cosas, ¿no significa la ruptura, la ruptura violenta, de la legalidad? Estos quejidos filisteos no contribuyen a educar al proletariado en la necesidad ineludible de la guerra popular, de la lucha violenta, que todo verdadero cambio social implica, y en prepararle para ella; significa más bien todo lo contrario, la renuncia a la educación revolucionaria de las masas, y a la propia revolución, en aras de un mezquino arsenal político, que aprovecha la actual credulidad de los obreros en la benevolencia de la *legalidad*.

Por otro lado, encontramos abundantes referencias a un supuesto *déficit democrático* en el Estado español. Así, CR, nos dice:

“La Constitución de 1978 es la cobertura ideológica de un proceso que permitió a la burguesía mantener indemne su poder bajo nuevas formas, con una democracia formal seriamente limitada.”

Y el PCOE, entre sus *15 razones para luchar por la República Democrática y Popular*, nos asegura:

“Porque el sistema electoral burgués presenta singulares anomalías antidemocráticas, como es, que un individuo de procedencia distinta a una ciudad e incluso sin haber estado nunca en ella, puede ser elegido alcalde, en tanto, los vecinos, que día a día luchan en sus barrios por solucionar los problemas de su vecindad, es posible que ni siquiera tengan opción alguna a presentarse.”

Esta cuestión formal, denunciada por el PCOE, no tiene nada de *anómalo* ni *singular* en un sistema representativo, que basa la soberanía en un sujeto abstracto, la Nación, siendo el modelo mayoritariamente utilizado en las dictaduras burguesas occidentales. No tiene que extrañar que la lógica de este

¹¹ LENIN, V. I.: *El Estado y la revolución*. M. Castellote. Madrid, 1976, págs. 36 y 37.

sistema se descuelgue desde el parlamento hasta instancias menores, como los ayuntamientos.¹² Además, esta *razón* muestra una concepción estrecha, muy en boga entre los comunistas de hoy en día, y cuyo espíritu es profundamente hostil al marxismo. Refleja la sobreestimación de que el movimiento espontáneo y las luchas concretas inmediatas (las asociaciones vecinales en este caso), por supuesto legítimas, pueden llegar a generar por sí mismas un movimiento político articulado, susceptible, llegado el caso, de convertirse en revolucionario. Esto es lo que puede llegar a desprenderse cuando un grupo *revolucionario* da esta razón, junto con sólo catorce más, para luchar por algo. Además esta estrechez, muy acorde con el empirismo, la inmediatez y el espontaneísmo, podría abrir las puertas para el destierro de puntales básicos del marxismo, como el internacionalismo. Contrariamente a este espíritu, Engels escribía:

“El mismo día 30 fueron confirmados en sus cargos los extranjeros elegidos para la Comuna, pues la bandera de la Comuna es la bandera de la República mundial.”¹³

En cuanto a la aseveración de CR, decir que también calza perfectamente en otras situaciones históricas; por ejemplo: *La Constitución de 1931 es la cobertura ideológica de un proceso que permitió a la burguesía mantener indemne su poder bajo nuevas formas*. Prueba de ello es que, cuando la forma republicana se mostró tan ineficaz en aplacar la combatividad de las masas, la burguesía lanzó su *máquina burocrático-militar, su Estado*, para aplastarlas, y, durante unos días, aún dudó en mantener las formas republicanas.

Pero de nuevo, lo fundamental es que toda esta pléyade de marxistas han olvidado la sencilla indicación de Lenin de preguntar para qué clase es la democracia, la libertad, etc. Dudamos que la burguesía financiera española se queje de un déficit democrático, pues este Estado es su democracia, es el acuerdo civilizado entre sus distintas facciones para organizar lo mejor posible la explotación del trabajo asalariado y de los pueblos oprimidos. La cuestión es que todo Estado, independientemente de que sea la monarquía española o la república francesa (o una futurible –o pasada– república española) es un producto histórico que sólo aparece en el momento en que la sociedad se divide en clases enfrentadas, algunas de las cuales viven de la explotación del trabajo de otras. El

¹² A este respecto, remitimos al lector al artículo *¿Un nuevo revisionismo? ¿De verás?*, publicado en LA FORJA, nº 32, julio de 2005, donde se tratan en profundidad las formas estatales burguesas y su contenido social en la perspectiva del Estado de Dictadura del Proletariado.

¹³ MARX, C.: *La guerra civil en Francia*. Ediciones de Cultura Popular. Barcelona, 1968, pág. 18.

Estado burgués es, además, la culminación de este proceso, su forma más perfeccionada, evolucionada de formas pasadas como el Estado absolutista.

Así, la mera existencia de este órgano implica la existencia, no sólo de este acuerdo entre las clases dominantes para el disfrute de la explotación (democracia), sino también de una situación de fuerza y coerción tendente a la perpetuación de esa dominación sobre las clases explotadas, es decir, una dictadura. Éste es el aspecto fundamental y hacia el que debería ir dirigida la propaganda que se pretendiera revolucionaria.

Lenin expresa claramente este hecho:

“El Estado es producto y manifestación del *carácter irreconciliable* de las contradicciones de clase. El Estado surge en el sitio, en el momento y en el grado en que las contradicciones de clase *no pueden*, objetivamente, conciliarse. Y viceversa: la existencia del Estado demuestra que las contradicciones de clase son irreconciliables.”¹⁴

Lenin en este momento lucha contra aquellos ideólogos que, aceptando las clases y su lucha, defendían que el Estado podía ser un benigno órgano de conciliación entre ellas. Todo ello no puede sino traernos a la cabeza esta bucólica república democrática que, una vez expulsado el rey, establecerá esta *democracia avanzada*, que, al parecer, por su sola forma nos depositará jubilosos en el socialismo. Así, el fin de toda la lucha es esta democracia, ya limpia de *déficits, singularidades y anomalías*; a partir de aquí, nada, ni clases, ni lucha entre ellas, ni, por supuesto, una palabra acerca de las tareas del proletariado. ¡La culminación del progreso de la humanidad! Lenin, hace casi un siglo, era capaz de ver mucho más allá:

“...Engels, al hablar de la ‘extinción’ y –con palabra todavía más plástica y gráfica– del ‘adormecimiento’ del Estado, se refiere con absoluta claridad y precisión a la época *posterior* a la ‘toma de posesión de los medios de producción por el Estado en nombre de toda la sociedad’, es decir, *posterior* a la revolución socialista. Todos sabemos que la forma política del ‘Estado’, en esta época, es la democracia más completa. Pero a ninguno de los oportunistas que tergiversan desvergonzadamente el marxismo se le viene a las mentes la idea de que, por consiguiente, Engels hable aquí del ‘adormecimiento’ y de la ‘extinción’ de la *democracia*. Esto parece, a primera vista, muy extraño. Pero sólo es ‘incomprensible’ para quien no haya comprendido que la democracia es *también* un Estado y que, en consecuencia, la democracia también desaparecerá cuando desaparezca el Estado. El Estado burgués sólo puede ser ‘destruido’ por la

¹⁴ LENIN: *Op. cit.*, pág. 12.

revolución. El Estado en general, es decir, la más completa democracia, sólo puede ‘extinguirse’.”¹⁵

5.2. Identificación del capitalismo con la monarquía

Otro aspecto a destacar de la ingente cantidad de manifiestos de estos grupos es la vinculación, explícita o implícita, de todos los problemas que el capitalismo genera con la monarquía.

La pequeño-burguesa Plataforma de Ciudadanos Por la República (PCPR) escribe:

“La bandera republicana, como símbolo de rebeldía y resistencia expresa el rechazo a un orden social en el que la barbarie se extiende, los espacios de libertad se restringen, así como los derechos laborales y sociales (...) El capitalismo es la negación de la democracia.”

Así, los pequeño-burgueses vinculan directamente el republicanismo con el anticapitalismo y, como el capitalismo parece ser la negación de la democracia, una vez expulsado el rey y establecida la democracia con la III República, hemos de suponer que los males del capitalismo también desaparecerán.

Éstas son las cantinelas antimarxistas a las que nos tiene acostumbrados esta clase social, pero lo extraño debería ser que grupos marxistas suscriban tales mistificaciones, como así hacen numerosos grupos, y, aún más, mantengan tesis similares en su propia propaganda. Así, CR no duda en identificar a:

“...la monarquía como el elemento central de la actual forma de dominación oligárquica, frente a la cual la República aparece como una esperanza.”

Y en el programa de ocho puntos, que pretende ser la base mínima desde la que articular el movimiento republicano, y que ha sido suscrito por numerosas organizaciones comunistas, podemos leer en el séptimo, significativamente llamado *Defensa de la República*:

“Erradicación definitiva de los privilegios de clase o estirpe para lograr que se hagan realidad los irrenunciables ideales de **libertad, igualdad y fraternidad.**”

Históricamente, el *elemento central de la actual forma de dominación* se basa en la explotación del trabajo asalariado. Políticamente, la monarquía actual

¹⁵ *Ibidem*, págs. 21y 22.

es la rúbrica del pacto entre los diversos sectores dominantes, la expresión de su alianza, realizado al final del franquismo para organizar la explotación en adelante, lo que, además, supuso la integración en el aparato político burgués de nuevos sectores (burguesía nacional vasca, catalana, sectores de la pequeña burguesía, aristocracia obrera...), con la consiguiente ampliación de la democracia en su seno. Por supuesto, para el proletariado esta ampliación supuso algunas migajas en forma de algunos derechos y una menor represión (también dada por la desarticulación del movimiento de resistencia), pero su explotación y la dictadura sobre él se mantuvo incólume. No obstante, de ningún modo se colige que la abolición del trabajo asalariado vaya a venir por el mero hecho del derrocamiento de la monarquía y la modificación del actual sistema de alianzas burguesas, cosa que, por otra parte, ya se ha realizado en el pasado sin estas consecuencias. Lo único que puede cambiarlo realmente es la revolución proletaria.

Además, resulta paradójico que en otros panfletos republicanos, como el *Manifiesto Joven por la III República*, se enumeren los mismos síntomas de degradación de las condiciones de vida de las masas, lo que aquí se achaca a la monarquía, y se alabe la lucha contra esta misma degradación en la **República** francesa.

Sin embargo, las mistificaciones llegan a una culminación mórbida cuando se llega a sostener que el Estado español está sometido a potencias extranjeras. El cuarto de los ocho puntos se titula *Independencia nacional*; y el PCOE también se suma:

“...al estar el estado español bajo el control y el designio de potencias extranjeras, estaremos siempre en peligro de vernos envueltos en guerras de rapiñas imperialistas...”

O que:

“...la Constitución europea que representa los intereses del imperialismo europeo ha vaciado de contenido las instituciones nacionales anulando las pocas facultades que tenían el parlamento y el gobierno para resolver los problemas del pueblo español...”

Qué patética disculpa del carácter imperialista del Estado español, que ahora resulta, por la sumisión que nos impone la monarquía, un país oprimido. La exportación de capital y la opresión sobre otros pueblos que este Estado realiza pródigamente, especialmente en América Latina, se pasa por alto. La instalación de bases militares extranjeras en España se debe a la posición de potencia secundaria dentro del sistema imperialista mundial, sistema que la burguesía financiera española acepta gustosamente y que le permite obtener grandes

super ganancias en el exterior. Además, esta posición secundaria no le impide al Estado español, a su vez, mantener bases militares y tropas en el extranjero, en descaradas guerras de rapiña (Afganistán, ex-Yugoslavia, Líbano...) ¹⁶ a las que nuestra burguesía acude encantada sin que nadie necesite empujarla.

El segundo párrafo del PCOE muestra a las claras que la incongruente identificación del capital con la monarquía (que sí es un elemento capitalista, pero en ningún modo irrenunciable para el mantenimiento de la dominación burguesa) se complementa maravillosamente con el embellecimiento de la democracia burguesa. Ahora los pobres e inermes parlamento y gobierno españoles, representantes de la Nación, se ven despojados por la malvada Europa de las pocas facultades para, cual señor feudal, paternal y cariñosamente solucionar los problemas de ese hijito suyo, el pueblo. ¡Descarada defensa del parlamentarismo!, al que se le suponen aptitudes para –suponemos que pensará el PCOE– siempre que exista ese grupo parlamentario *comunista*, ocuparse de los males que aquejan a las masas. El marxismo-leninismo ha dejado siempre sentado que el parlamento no es más que un órgano de dominación de la burguesía, que no puede ser otra cosa; y es, además, el lugar idóneo para que las distintas facciones de la burguesía, clase económica y socialmente heterogénea y, por tanto, con contradicciones entre sí, pueda ventilar *civilizadamente* sus disputas intestinas. Los comunistas sólo tienen el deber de acudir al parlamento (y sólo cuando lo consideren necesario) para usarlo como tribuna agitativa, para desenmascararlo y para aprovechar las contradicciones internas de la burguesía; de hecho, el pueblo sólo empezará a solucionar sus problemas cuando él mismo erradique el parlamentarismo.

En cuanto a que la UE socava las facultades del parlamento nacional, en realidad sólo limita las de las fracciones más débiles de la burguesía (de las que, con esta defensa, el PCOE se muestra descaradamente como representante), en favor de las fracciones con capacidad de juego transnacional, es decir, a favor de la burguesía imperialista, que, además, refuerza el parlamentarismo nacional al desviar el descontento de las masas hacia instancias más lejanas (*lo que viene de Bruselas o Estrasburgo*).

Por supuesto, el rechazo del imperialismo europeo de estos grupos republicanos no es tan rotundo como parece, pues en los ocho puntos se acaba reclamando, cómo no, la *Europa social y de los pueblos*. Esto no es otra cosa que la repetición del discurso imperialista europeo, adaptado a las inquietudes de los nuevos oyentes, la pequeña burguesía, pues supone hurtarle a las masas el

¹⁶ La muerte en accidente de algunos mercenarios españoles destinados en el extranjero provoca la *revolucionaria* crítica de CR, que se escandaliza de la ausencia del monarca en tan graves momentos. ¡Qué ejemplo del escamoteo de la propaganda sobre el carácter imperialista del Estado español! Lo que debería ser denunciado es la presencia de estas tropas en el exterior, asegurando, como matones, el expolio del pueblo afganistán.

conocimiento de los mecanismos que rigen el imperialismo y las posibilidades de su transformación, que es por la ruptura del eslabón más débil de la cadena imperialista, eslabón que no entiende de chovinistas ámbitos geográficos. Frente a esta consigna, la del proletariado es *¡Viva la Revolución Proletaria Mundial!*
¡Por la federación de pueblos libres!

5.3. ¿Dos republicanismos?

Como hemos visto, estos elementos, monarquía unida a un capitalismo antitético a la democracia, concepto desvestido de toda significación clasista, que se establecería con el advenimiento de la República, son el eje central del discurso republicano para atraerse a las masas, compartido por todas las organizaciones que forman parte de este movimiento; pero, no obstante, existen diferencias y matices en el seno del republicanismo, aunque de forma, pues, como habremos de ver, comparten muchas más concepciones de fondo, ya que la mayoría de los grupos que lo conforman se reclaman del comunismo y provienen, fundamentalmente, de la misma tradición.

Por un lado, tenemos lo que podríamos denominar *republicanos del 14 de abril*, que forman la mayor parte del movimiento, agrupado en torno a los ocho puntos. La rueda de la historia ha avanzado mucho como para que no incluyan una fraseología anticapitalista (también la profesión de fe comunista de la mayoría de sus componentes), pero la República que reivindican es más abstracta, más entroncada con el republicanismo clásico y con el jacobinismo, es decir, con el democratismo pequeño-burgués. Es grotescamente irónico que un movimiento que se pretende *adaptado a los nuevos tiempos y circunstancias concretas* hunda sus raíces ideológicas en concepciones pre-marxistas, con una especial incidencia de una especie de regeneracionismo moral basado en el laicismo, la insistencia en la *soberanía popular* y, como sujeto, una sociedad civil abstracta, no atravesada por la fractura de clases. Significativamente, alguno de sus manifiestos viene encabezado por citas de ¡la Declaración de derechos del hombre y el ciudadano de 1793! Ya no se sabe a quién quieren defenestrar estos señores, a Juan Carlos I, a Alfonso XIII...o a Luis XVI.

Por otro lado, un poco más a la izquierda, se sitúa otro grupo, al que nos podemos referir como *republicanos del 16 de febrero*, representados básicamente por el PCOE y el PCE(r), más vinculados con la tradición de la III Internacional y del Frente Popular. Se caracterizan por una mayor insistencia en los cambios económicos que ha de traer la nueva forma de Estado, aunque en realidad continúan en el mismo marco conceptual, compartido por todas las confesiones que forman parte del movimiento comunista, entremezclado con la mística frentepopulista, tenazmente aferrada al cerebro de los comunistas. El resultado es una amalgama donde todo se mezcla ininteligiblemente: fase de transición, nacionalizaciones, socialismo... El PCE(r) lo expresa gráficamente:

“La República Popular por la que nosotros luchamos, además de las viejas aspiraciones democráticas, resume también la necesidad de expropiar a los grandes financieros y capitalistas, es decir, el socialismo.”

También el PCOE:

“Una República donde debe cambiar la estructura económica. Una República Democrática y Popular que despoje de los medios de producción a la burguesía y los nacionalice, garantizándose así la democracia económica, social y cultural.”

La confesión de la pertenencia al mismo marco conceptual nos la dan, en abstracto, CR y el PCPE:

“...como organizaciones revolucionarias y en el marco de la lucha por el socialismo, nos reafirmamos tanto en la lucha contra la monarquía y la Constitución de 1978, como en el objetivo de la III República democrática y popular.”

Como hemos visto, toda esta confusión tiene su origen en la degeneración de las tesis dimitrovianas del Frente Popular, degeneración que ha llevado indefectiblemente por los mismos derroteros de claudicación revolucionaria, lo que nos lleva a preguntarnos por la validez de las tesis de Dimitrov, generalmente aceptadas. Este fugaz camino degenerativo ya se vio durante la Guerra Civil española y tomó su forma estatal más coherente en las llamadas *democracias populares*, que ahora algunos parecen querer resucitar. De ser consideradas una forma de transición a la dictadura del proletariado, en un tiempo muy breve se las acabó identificando con el socialismo, entendido, por supuesto, al modo soviético a partir de la Constitución de 1936, sin clases (o con clases *hermanas*) ni lucha de clases.

Toda esta concepción, que, de la mano de la experiencia soviética, acabó hegemonizando el Movimiento Comunista Internacional, se completaba con la identificación, extendidísima hoy como vemos, entre nacionalización o estatalización por un lado y socialización de los medios de producción. La ecuación era muy simple, el proletariado domina el Estado y éste los medios de producción, luego los medios de producción están en manos del proletariado.

El estudio de la experiencia del Ciclo de Octubre, el Balance, ya nos está mostrando que esta identificación entre propiedad jurídica y relaciones sociales, junto con la creencia en la neutralidad del Estado como herramienta de transformación, era falsa y condujo al proletariado hacia desastrosas consecuencias. Estos planteamientos hundían sus raíces en la vulgarización

kautskiana del marxismo y en Lassalle, es decir, en las bases teóricas de la II Internacional.

La nacionalización, por sí sola, no garantiza ni el socialismo ni la *democracia económica, social y cultural*, pues subsistirán el trabajo asalariado y la división social del trabajo, con las esclavizadoras consecuencias de subordinación del trabajo manual al intelectual y de explotación del obrero. La lógica economicista que subyace estos planteamientos, no sólo no abrirá el camino al socialismo, sino que dejará desarmado al proletariado para que suceda, en el mejor de los casos, lo que ya ocurrió en la URSS. Pero los comunistas de hoy siguen negándose obstinadamente en aprender de la experiencia y continúan aferrados a sus recetarios, ya desgastados por la historia.

Hoy, sólo están interesados en la difusión de estas teorías la aristocracia obrera y sectores de la pequeña burguesía, sin pretensiones revolucionarias, que sólo buscan mejorar su situación particular sin alterar esencialmente el *statu quo* capitalista. Ésta es la mejor prueba de la idéntica naturaleza clasista pequeño-burguesa del proyecto republicano, aún disfrazado bajo ropajes izquierdistas.

5.4. Fase democrática versus dictadura del proletariado

La necesidad de esta fase democrática, previa al socialismo, es otra de las características de todas las organizaciones republicanistas; aunque al final el recetario pseudomarxista del que se alimentan y el posibilismo, fruto de la postración ante el movimiento, que ahora parece tornarse tricolor, les lleva a renunciar a la dirección de ese movimiento para encaminarlo hacia el socialismo, que, como hemos visto, acaban mezclando junto a la República en un todo informe que les impide ver más allá.

Lenin dejó sentado que, ahora hace un siglo, el capitalismo entraba en una nueva y superior etapa:

“Como hemos visto, el imperialismo por su esencia económica es capitalismo monopolista. Esto determina ya el lugar histórico del imperialismo, pues el monopolio, que nace única y precisamente de la libre competencia, es el tránsito del capitalismo a una estructura económica y social más elevada.”¹⁷

Y Stalin aún precisa más cuál es el carácter de esta época de *tránsito*:

“...inevitabilidad de la coalición de la revolución proletaria de Europa con la revolución colonial del Oriente, formando un solo frente mundial de la revolución contra el frente mundial del imperialismo.

¹⁷ LENIN, V. I.: *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. Fundamentos. Madrid, 1974, pág. 138.

Lenin suma todas estas conclusiones en una conclusión general: '*El imperialismo es la antesala de la revolución socialista*'.¹⁸

El imperialismo, fruto del enorme desarrollo de la producción y de la concentración de ésta, acentúa la enorme socialización de los medios de producción inherente al capitalismo. Ahora, la acumulación de capital se realiza a escala mundial, disponiendo un escenario que deja listas las condiciones objetivas para la revolución a esa escala. El marxismo-leninismo deja sentado que ésta se realizará con la ruptura de la cadena imperialista por el eslabón más débil, siendo las tareas la Revolución Socialista proletaria y la instauración del Estado de Dictadura del Proletariado¹⁹ en los países imperialistas y la Revolución de Nueva Democracia, como paso previo a la dictadura del proletariado, en los países oprimidos y semif feudales, en alianza con las clases objetivamente interesadas, fundamentalmente el campesinado, en el derrocamiento revolucionario de la dominación feudal-imperialista.

Así pues, y a menos que no quieran dar el salto al vacío teórico de sugerir que el Estado español es un país predominantemente feudal o resucitar la tesis de que es una colonia yanqui, para establecer una primera fase de liberación nacional, ¿cuál es la justificación de estos *marxista-leninistas* para no proclamar como la tarea inmediata del proletariado español la instauración de su dictadura de clase? Pues, cuando menos, dudosa.

¹⁸ STALIN, J.: *Los fundamentos del leninismo*. ELE. Pekín, 1972, pág. 28.

¹⁹ La definición de *Estado proletario*, aunque puede ser útil desde el punto de vista agitativo o propagandístico, no es rigurosamente científica. El proletariado, por su peculiar posición económica, última expresión del milenarismo desarrollo de la explotación del hombre, no puede generar estructuras políticas de dominación –un Estado– acordes con su posición socioeconómica, siendo su único interés la supresión de este órgano y debiendo valerse de las formas más democráticas, que mejor permiten el despliegue de la lucha de clases, que generó la burguesía, esto es, cuando todavía era una clase revolucionaria; y cuyo rastreo nos podría llevar hasta Rousseau o el Terror y que el proletariado perfeccionó con los soviets. “Resulta, pues, que bajo el comunismo no sólo subsiste durante cierto tiempo el derecho burgués, sino que subsiste incluso el Estado burgués ¡sin burguesía!” (LENIN, V. I.: *El Estado y la revolución*. M. Castellote. Madrid, 1976, pág. 85.) Así pues, la clave es quién dirige, no existiendo ninguna fórmula mágica política y económica que garantice la preponderancia del proletariado, siendo sólo el consecuente desarrollo de su lucha de clase. Además, es útil para aclarar el dualismo, introducido en el marxismo, entre la actitud y objetivo último del proletariado respecto al Estado, su eliminación, y las necesidades, que impulsó la práctica, de fortalecer órganos estatales, de *construir Estado obrero*.

El PCOE, aparte de la citada nacionalización de la industria y la proclamación del derecho de autodeterminación²⁰, nos propone una *Reforma Agraria Antilatifundista y Antimonopolista*, con un claro resabio nostálgico, que obvia el enorme desarrollo capitalista del campo español, que obligó hace décadas a los excedentes campesinos a trasladarse a las ciudades. Lo que está a la orden del día en el campo español es, como en el resto de las áreas del país, la revolución proletaria y la colectivización socialista.

El PCE(r), por su parte, sigue aferrado a su tesis de que el régimen político general del imperialismo y, en particular, el del Estado español, es el fascismo, defendiendo una fase antifascista intermedia, como da a entender en su Programa.²¹ En otro de sus documentos podemos leer:

“Aquí no hemos degustado aún el sabor de la libertad; solo en épocas muy breves de nuestra historia hemos disfrutado de ella, apenas chispazos intermitentes de luz. Así que estamos hambrientos no sólo de libertad sino también de democracia y de disfrute de unos derechos elementales.”

De nuevo la democracia en general, aclasista, de nuevo, como en la tradición frentepopulista, la contraposición abstracta fascismo-democracia, velando la verdadera oposición capitalismo-socialismo. Lo cierto es que en este país estamos bastante saciados de democracia burguesa, que siempre ha sido y será dictadura sobre el proletariado. Para el proletariado **su** democracia sólo vendrá de la mano de la imposición de su dictadura de clase:

“Pero la dictadura del proletariado, es decir, la organización de la vanguardia de los oprimidos en clase dominante para aplastar a los opresores, no puede conducir únicamente a la simple ampliación de la democracia. *A la par* con la enorme ampliación de la democracia, que se convierte *por vez primera* en democracia para los pobres, en democracia para el pueblo, y no en democracia para los ricos, la dictadura del proletariado implica una serie de restricciones impuestas a la libertad de los opresores, de los explotadores, de los capitalistas.”²²

Esta es la única democracia de la que está hambrienta la clase obrera, así que si la dictadura del proletariado es *por vez primera* la democracia para el pueblo ¿por qué no proclamarla ya como necesidad inmediata? sin intermedios,

²⁰ Tarea ciertamente democrática, que los comunistas deben siempre abanderar, pero que puede solucionarse bajo el capitalismo, y, en cualquier caso, ligada a y superada por la Revolución Socialista, y que de ninguna manera justifica una fase previa.

²¹ La historia de nuestra controversia con los camaradas del PCE (r) es ya larga; remitimos al lector a anteriores números de LA FORJA: 12, 18 y 24.

²² LENIN, V. I.: *El Estado y la revolución*. M. Castellote. Madrid, 1976, pág. 77.

ya que las condiciones objetivas ya se dan. ¿Acaso teme el PCE(r) que nos empachemos?, ¿o se debe a inconfesables inclinaciones pequeño-burguesas que les llevan a reclamar *elecciones verdaderamente libres*? Cómo si eso fuera posible bajo el régimen de explotación del trabajo asalariado que embrutece al trabajador manual, bajo la total hegemonía de la concepción burguesa del mundo, aún sin todos los aditamentos *anómalamente antidemocráticos* que implica la democracia burguesa.

Existen también sugerencias muy en boga, por ejemplo entre los trotskistas, de sustituir el término de dictadura del proletariado por su *vertiente positiva*, invitándonos a hablar de *democracia obrera*. Esta forma de ver las cosas sacrifica el carácter científico, educativo y agitativo del marxismo en aras de un mercantilismo, que busca hacer más atractivo un producto, un discurso en este caso, aprovechando lo que actualmente a los obreros, impregnados de respetabilidad y prejuicios burgueses, les suena mejor; cuando de lo que en realidad se trata es de educarlos en, o más bien, elevarlos hacia una concepción del mundo alternativa. Marx no escogió la expresión *dictadura del proletariado* caprichosamente, porque prefiriera la sonoridad de la palabra *dictadura*, sino porque científicamente expresa con mayor precisión el antagonismo irreconciliable que atraviesa toda sociedad clasista, lo que políticamente se expresa fundamentalmente como una dictadura de clase. Así, este término penetra más profundamente en la esencia de nuestra sociedad, expresa mejor la conflictividad y la lucha, y cumple más eficazmente la función agitativa de desenmascaramiento de la falsa conciencia burguesa; más que democracia obrera, que, amén de cierto prejuicio obrerista, sólo se refiere a un aspecto de la contradicción y se alimenta en el fondo de esa falsa conciencia, profundamente antidialéctica.²³

5.5. Culto a lo inmediato

Una de las mayores deficiencias que ha caracterizado al movimiento comunista, casi podríamos llamarlo un *pecado original*, ha sido la tendencia a dejarse guiar en su actividad práctica por las necesidades inmediatas del movimiento obrero, de modo que finalmente lo que acabó primando fue la coyuntura, el movimiento que se alimentaba cada vez más del propio movimiento, y cada menos del objetivo de la emancipación, del Comunismo.

²³ “La identidad de los contrarios se produce sólo a causa de determinadas condiciones, y por eso decimos que es condicional y relativa. Ahora, agregamos que la lucha entre los contrarios recorre los procesos desde el comienzo hasta el fin y origina la transformación de un proceso en otro; la lucha entre los contrarios es omnipresente, y por lo tanto decimos que es incondicional y absoluta.” MAO TSE-TUNG: *Obras escogidas*. Fundamentos. Madrid, 1974, Tomo I, págs. 365 y 366.

La derrota del proletariado con que se ha cerrado el Ciclo de Octubre ha dejado al comunismo desarticulado, y, por tanto, a la sociedad en general sin la referencia política de la revolución, acentuando aún más esta tendencia hacia lo inmediato, hacia el posibilismo, renunciando los comunistas a su posición de vanguardia y corriendo a organizar cada manifestación espontánea del movimiento (obviando la capacidad de autoorganización que tiene éste) allá donde se produjera, es decir, situándose en la retaguardia.

Desde luego, este *pecado original* general del movimiento comunista lo es también el de los, escoradísimos a la derecha, destacamentos que conforman el actual movimiento republicano. La OCPV lo muestra:

“...una buena parte del trabajo teórico ha sido ya realizado: hace tiempo que sus resultados se están viendo en la práctica de las diferentes luchas en las que participamos... Pero todo esto no basta. Seguimos recogiendo y analizando las experiencias de nuestro trabajo en distintos campos para ajustar nuestra práctica a las necesidades de la clase obrera.”

Así pues, la teoría revolucionaria no es la concepción del mundo del proletariado, alternativa a la vigente burguesa, y que bebe del conocimiento de las leyes dialécticas que rigen la materia y la sociedad, dinámicas, y que por lo tanto debe aprestarse a un continuo desarrollo, para adaptarse a esa realidad en constante devenir. No es la guía del plan de emancipación del proletariado. La labor teórica del Balance de la experiencia revolucionaria **histórica** del proletariado, cuya necesidad insoslayable ha patentizado la derrota, imprescindible para poner al día la teoría revolucionaria, se convierte en la síntesis de la práctica concreta de cada organización, que se ajusta a las necesidades inmediatas de las luchas en que se participa. La conciencia de clase *ilustrada*, complementaria de la conciencia espontánea, sobre la que, nada originalmente, ha teorizado la archirrevisionista Marta Harnecker. ¡El enano se descuelga de los hombros del gigante para mirarse sus propios pies!

Este sindicalismo espontaneísta, que se alimenta exclusivamente de las experiencias inmediatas de la lucha obrera, tiene su origen en la concepción sustancialista de que el obrero, por el mero hecho de serlo, puede ser revolucionario. Esta visión fue compartida universalmente por el movimiento comunista del pasado siglo, bolcheviques incluidos²⁴, y la derrota final ha evidenciado lo erróneo de ella. Esta teoría en el fondo es idealista, pues obvia las complejas interacciones dialécticas que determinan la toma de conciencia revolucionaria, sustituyéndolas con un mecanicismo metafísico que identifica

²⁴ Los planteamientos leninianos son una excepción, aunque su autor, educado en la escuela socialdemócrata, estuviera imbuido en su subconsciente político por estas concepciones.

posición económica y conciencia. El marxismo, en sus planteamientos, siempre ha prestado gran atención a la problemática de la conciencia, su transmisión y a la elaboración de la teoría de vanguardia:

“Sin teoría revolucionaria, no puede haber tampoco movimiento revolucionario. Nunca se insistirá lo bastante sobre esta idea en un tiempo en que a la prédica en boga del oportunismo va unido un apasionamiento por las formas más estrechas de la actividad práctica.”²⁵

Efectivamente, nunca se insistirá lo bastante sobre esta idea. Una vez que se ha situado el origen de la conciencia revolucionaria, no en la teoría revolucionaria, sino en la experiencia inmediata, económica, de la clase obrera, sus consecuencias afectan a toda la construcción del edificio político del comunismo, y en primer lugar a la naturaleza del militante comunista. Continuamos con la OCPV:

“...una de nuestras principales preocupaciones: la formación de revolucionarios profesionales, de dirigentes capaces de imbuirse del sentir y las vivencias de las masas, de discernir e interpretar sus anhelos para transformarlos en política comunista.”

¡Bonitas palabras! La política comunista surge simplemente de la interpretación por los heraldos *comunistas* de los anhelos de las masas, no, como es la visión leninista, del conjunto de las relaciones entre clases, de toda la realidad social:

“La socialdemocracia representa a la clase obrera no sólo en su relación con un grupo determinado de patronos, sino en sus relaciones con todas las clases de la sociedad contemporánea, con el Estado como fuerza política organizada. Se comprende, por tanto, que los socialdemócratas no sólo no pueden circunscribirse a la lucha económica, sino que ni siquiera pueden admitir que la organización de las denuncias económicas constituya su actividad predominante.”²⁶

Así, el *revolucionario profesional*, en cuya formación tantos desvelos ha invertido la OCPV, queda reducido a un sindicalista incapaz de discernir política comunista más allá de la interpretación de los anhelos que sugieren los muros, bastante opacos, de la fábrica. Desde luego, una vez eliminada cualquier problemática relacionada con la teoría revolucionaria, reducida a la elaboración *acerca de cuestiones sobre las que nuestro Partido aún no ha tomado una*

²⁵ LENIN, V. I.: *¿Qué hacer?* Progreso. Moscú, pág. 25.

²⁶ LENIN: *Op. cit.*, págs. 56 y 57.

determinación precisa en forma de decálogo y a sintetizar la práctica inmediata, y desvirtuado el carácter del revolucionario profesional, de *tribuno del pueblo* a intérprete de anhelos sindicalistas, el siguiente paso es el Partido:

“Avanzamos hacia la constitución, este otoño, del Partido marxista-leninista, como uno de los destacamentos de vanguardia de la clase obrera española. (...) Asimismo, emprendemos esta labor en un marco político de recuperación de las luchas populares y de la respuesta de la clase obrera a las agresiones de la burguesía...”

La desviación organicista en la concepción del Partido, ya dominante durante el Ciclo de Octubre, llega a nosotros aún más degenerada, pues el Partido marxista-leninista ahora ya sólo es **uno** de los destacamentos de vanguardia de la clase obrera. Esto no es más que la proyección al futuro partidario de la actual situación de fragmentación de la vanguardia y el patético reconocimiento de la imposibilidad de reconstituir el Partido a través de un acto constituyente único, intentando dar carta de naturaleza al engendro que salga de su Congreso otoñal. El Partido es el producto de la fusión del socialismo científico, ahora, al parecer, sólo una teoría de vanguardia más, con el movimiento obrero, de la vanguardia con las masas, lo que presupone que la vanguardia ha sido ya ganada en su totalidad, o práctica totalidad, para las posiciones del comunismo; lo que significa que el marxismo-leninismo es su referencia hegemónica y, a través del Partido, la del movimiento obrero. Así, implícitamente, la OCPV reconoce que el recetario teórico del que se valen, legado desgastado y, como vemos, muy degenerado, de un siglo de luchas, no es suficiente para cohesionar a la vanguardia, evidenciando la necesidad de la reconstitución ideológica del comunismo como parte de su reconstitución política.

Pero el marxismo-leninismo ya no cuenta para estos señores, como demuestra que la constitución de este Partido-destacamento, que se lanzará en dura competencia al mercado de las ofertas políticas radicales, se realice en un marco político *de respuesta de la clase obrera a las agresiones de la burguesía*. Confesión descarnada de que lo que van a reconstituir no es el Partido Comunista sino, como mucho, el Partido Sindicalista.

La pretensión de construir un edificio político desde las necesidades inmediatas de las masas y, más aún, desde la *respuesta a las agresiones de la burguesía* jamás dará como resultado un movimiento revolucionario. La razón es que basarlo todo en la legítima resistencia de las masas a las agresiones contra sus condiciones de vida, o en el mejoramiento de éstas, sólo engendrará un movimiento político dependiente de esas condiciones de vida, con lo que por mucho que se las mejore, sólo contribuirá a apuntalarlas, enajenándose la posibilidad de revolucionarlas, y enfrascándose en una eterna autoalimentación

del movimiento por el propio movimiento. Éste es precisamente el terrorífico círculo vicioso en el que el movimiento comunista lleva décadas encerrado.

Por el contrario, un movimiento revolucionario debe ser de una pasta diferente, construirse desde otras bases, independientes (que no ausentes) del medio que pretende transformar. Esta plataforma sólo puede ser una concepción del mundo alternativa, la del proletariado, el marxismo-leninismo, que como ya hemos señalado necesita una urgente puesta al día y una reelaboración, esto es, su reconstitución como discurso revolucionario a la altura de las necesidades actuales de la lucha de clases, cuya base es el estudio crítico de la práctica revolucionaria histórica del proletariado.

El tipo de movimiento *revolucionario* que nuestros *comunistas* republicanos pretenden conformar jamás corresponderá a las exigencias del proletariado revolucionario, cuya condición es la **negación** de los condicionantes que lo convierten en proletariado, y sólo sirve para satisfacer los intereses de esas capas obreras acomodadas al sistema imperialista, lo que les permite vivir por encima de sus posibilidades, y no pretenden el cuestionamiento de las relaciones sociales en que están inmersos y que objetivamente aceptan. Significativo de ello es la defensa por el republicanismo de los *derechos laborales y sociales* contra las restricciones neoliberales. Es decir, y puesto que no se ve más horizonte en sus documentos aparte de retórica, aceptación del marco social y económico que instituye estos derechos (la subordinación del obrero en tanto que obrero y el capitalismo) y lucha únicamente contra sus restricciones. Sintomáticamente, la PCPR escribe:

“Al calor de las luchas sociales por los problemas inmediatos, renace el movimiento ciudadano y asociativo; en todas las movilizaciones populares la bandera republicana es el símbolo de rebeldía... pero al final, y en definitiva, esas aspiraciones largamente silenciadas no tienen cauce de expresión política ni están representadas en los centros donde se toman decisiones que nos afectan directamente.”

Aquí se expresa claramente la estrategia y a la única vía a la que puede conducir este tipo de movimiento: una alianza entre sectores de la pequeña burguesía y de la aristocracia obrera para forzar una representación en los centros de decisión, que no son cuestionados, y ensanchar su nicho en la sociedad capitalista; es decir, derechos hacia el cretinismo parlamentario.

Ya desde esta perspectiva se aprecia toda la vacuidad del debate entre el PCPE y el CEOC, sobre si se debe consolidar primeramente la base del movimiento a través de la potenciación de las luchas inmediatas ya en marcha, o si se deben presentar candidaturas electorales republicanas unitarias lo antes posible. Todo conduce al mismo camino: el abandono de la revolución.

6. La única alternativa: la Revolución Socialista

La contradicción principal que rige nuestra sociedad es la que enfrenta al proletariado con la burguesía, a pesar de la peroratas republicanas de todo tipo sobre la *falsa democracia* o el *fascismo encubierto*. La democracia burguesa es esto, para las masas explotadas no dará nunca más de sí y, por muchos tronos que caigan, la única solución pasa por el establecimiento de una democracia de nuevo tipo, de su democracia, es decir, de la dictadura del proletariado, que siente las bases políticas para la erradicación de las relaciones sociales capitalistas, verdadera causa de sus problemas.

Las condiciones objetivas para la implantación de este régimen político en el Estado español se dan, estando centrado el problema de la reactivación de la revolución en el aspecto subjetivo, en el sujeto revolucionario.

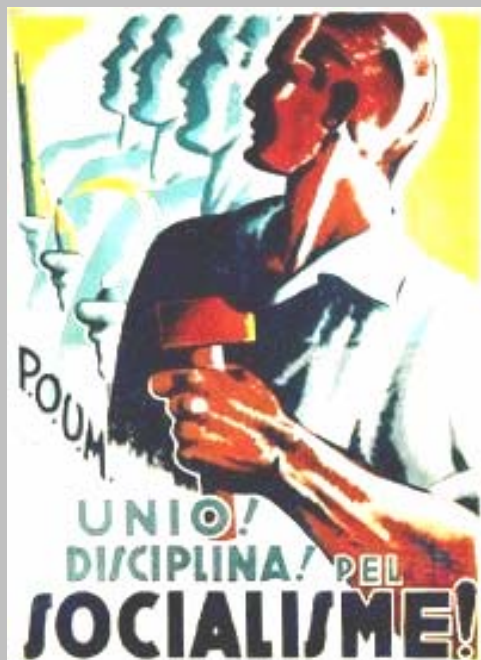
Hemos señalado ya que la reconstitución de este sujeto, del Partido Comunista, ha de hacerse desde unas bases independientes del plano social que pretende revolucionar, subrayando que éstas sólo pueden provenir de la ideología revolucionaria, ideología que la historia ha sancionado como el marxismo-leninismo. Y sin embargo, hemos insistido anteriormente en ello y en este artículo hemos visto algunos ejemplos concretos, el marxismo-leninismo que nos legó el Ciclo de Octubre hizo crisis, con numerosos añadidos y reducciones de dudoso origen marxista. Ello se debió tanto a erróneos planteamientos de inicio, por ejemplo la vulgarización que de él hizo Kautsky, como a las premuras que imponía la coyuntura y la práctica del momento. De hecho, seguramente esta reflexión crítica no era posible dentro del Ciclo, pues, mal que bien, la teoría formulada hasta entonces aún respondía a las expectativas de la lucha de clases. Sin embargo, el final del Ciclo, con la caída de los regímenes revisionista acaudillados por la URSS ha puesto en evidencia ese paradigma revolucionario; simplemente ya no satisface las necesidades de la lucha de clase proletaria del siglo XXI. Esta labor de poner en consonancia la teoría revolucionaria con la práctica revolucionaria histórica acumulada del proletariado es lo que denominamos *reconstitución ideológica del comunismo*, que, actualmente, es el eslabón del que asir la cadena de la revolución.

La base de esta labor es el Balance crítico de esta experiencia, que debe ser una de las principales preocupaciones de los proletarios conscientes; no esa baladronada pequeño-burguesa de la *recuperación de la memoria histórica*, que sólo busca el reconocimiento institucional del Estado vigente para legitimar los esfuerzos de estos sectores con el fin de ampliar sus posibilidades de participación dentro del sistema capitalista. Incluso el actual Estado monárquico ha reconocido, con el *año de la memoria histórica*, a esos defensores de la *experiencia democrática* republicana, mancillando así la memoria de quienes dieron su vida, muchos de ellos traicionados, por el ideal de la revolución proletaria.

Esta tarea del Balance, y la defensa de sus lecciones a través de la lucha ideológica de dos líneas en el seno de la vanguardia, que es también un plano de la lucha de clases, permitirá que el proletariado se vaya dotando de su organización de vanguardia y constituya el Partido Comunista, que es lo que dará a nuestra clase plena independencia como sujeto político, acorde con sus intereses históricos (realmente, ésta es la única independencia para el proletariado, la única que no le ata a sus determinantes económicos y sociales).

Así, la cuestión no es que neguemos las necesarias alianzas de clase y las maniobras tácticas en pro de un *dogmatismo izquierdista*, sino que este tipo de movimientos presuponen al proletariado como sujeto independiente, lo que sólo es concebible desde el punto de vista marxista-leninista como Partido Comunista. Mientras no realicemos esta labor cualquier alianza de clase no será tal, sino mera subordinación del proletariado, que se convertirá, como tantas veces ha pasado ya, en carne de cañón de luchas e intereses que no son los suyos.

Manuel Ponte



El POUM fue el único partido que defendió la lucha por el socialismo como tarea inmediata durante la II República.

El sindicalismo que viene

En el anterior número de LA FORJA publicamos un artículo, titulado *El feminismo que viene*, en el que tratábamos de mostrar —a través del caso especial del feminismo— cómo el reformismo, en la era del capitalismo monopolista y cuando el ambiente general no está influenciado en ningún sentido por la revolución, se torna reaccionario, se instala en el poder e, incluso, alimenta las tendencias *ultras* que el Estado burgués experimenta en esta época. La intención de ese artículo es la de iniciar la crítica del reformismo desde las posiciones teóricas del comunismo, con el fin de deslindar los campos de la revolución y de la contrarrevolución, tarea imprescindible para la Reconstitución. Nuestro movimiento lleva tanto tiempo conviviendo con el oportunismo que ha terminado confundiendo con él y confundiendo a la vanguardia en numerosas cuestiones que tocan con la identidad y la singularidad de la táctica y de la línea política proletarias. Es hora ya de desbrozar este terreno y volver a clarificar dónde está la frontera entre lo que se corresponde y no con los principios del comunismo. La tesis principal que defendemos es que, a diferencia tal vez del siglo XIX, no es factible el desarrollo de la revolución desde el reformismo, no es posible el salto por acumulación de la reforma a la revolución (táctica predominante entre la vanguardia y adoptada con la burda excusa de la *acumulación de fuerzas*). La etapa actual de la evolución del capitalismo, el alto grado de desarrollo histórico alcanzado por la lucha de clases del proletariado y la ausencia de todo contexto revolucionario favorable, lo hacen imposible, imposibilitan toda construcción de un movimiento revolucionario desde la *elevación* de la lucha de resistencia de las masas. Esta lucha sólo podrá incorporarse a un movimiento revolucionario que, por muy incipiente que sea, exista previamente.

Esta cuestión es de vital importancia para la táctica revolucionaria del proletariado, pues su solución indicará cuál será el punto de partida que tomará la vanguardia para abordar las tareas de la revolución. De hecho, los distintos destacamentos de vanguardia pueden —como así es— coincidir en los objetivos estratégicos a corto plazo del movimiento comunista, como es la construcción del Partido Comunista, pero alejarse adoptando perspectivas totalmente antagónicas sobre el camino que debe recorrerse hasta alcanzar esos objetivos, en función de la posición adoptada en relación con aquella cuestión. Para nosotros, desde luego y como ya hemos reiterado en sucesivas ocasiones, no es posible alcanzar una perspectiva correcta al respecto sin antes haber resuelto el Balance del Ciclo de Octubre. Sin embargo, esto no quita para que todo espíritu libre de prejuicios, aplicando el método científico del materialismo histórico a la realidad actual de las clases y de la lucha de clases, pueda captar algunas manifestaciones casi obvias de esa tendencia; y aunque no le sea permitido comprender la naturaleza

completa de sus causas, sí, al menos, prevenirse contra todo modelo político aparentemente incuestionable, por muy sancionado que parezca estar por la tradición, en cualquier caso, fracasada.

El movimiento obrero actual, prácticamente reducido al sindicalismo, es una muestra ejemplar de ese fenómeno de transformación del carácter de los movimientos sociales reformistas y de la sistemática tendencia a su instrumentalización por la clase dominante. Este hecho es del dominio público. Las masas ya lo perciben y sólo cierta *vanguardia* se resiste a abrir los ojos ante la verdad, confiando todavía en hacer del sindicato un organismo revolucionario. Por el contrario, el sindicato moderno es el paradigma de la utilización por parte del capital de la lucha de resistencia de las masas, y ha servido de modelo a imitar por todos los movimientos reformistas. De este modo, aunque el mencionado artículo se centraba en el feminismo, hubimos de introducirlo haciendo mención del sindicato obrero moderno, con el fin de presentar las características que hacen de él ese prototipo de integración funcional en el sistema. Sin embargo, en ese breve introito, nos limitamos al aspecto formal del sindicalismo, a su relación con el entramado jurídico-institucional del Estado burgués. Ahora, toca contribuir a desvelar el aspecto material del asunto, acercándonos a la relación del sindicalismo con el entramado económico del actual modelo de acumulación capitalista. Sin ninguna duda, las conclusiones de esta breve visita por los entresijos de las relaciones sociales y políticas del capitalismo moderno ayudarán al correcto diseño de una táctica política verdaderamente comunista.

Evolución histórica del sindicalismo

En 1920, en el contexto de los debates sobre la línea de masas de los partidos comunistas durante el II Congreso de la Internacional Comunista, Lenin sintetizó magistralmente el sentido histórico de la evolución del sindicalismo:

“Los sindicatos fueron un progreso gigantesco de la clase obrera al iniciarse el desarrollo del capitalismo, pues significaban el paso de la dispersión y la impotencia de los obreros a *los rudimentos* de su unión como clase. Cuando comenzó a extenderse la forma *superior* de unión clasista de los proletarios, *el partido revolucionario del proletariado* (que será indigno de este nombre mientras no sepa agrupar a los líderes con la clase y las masas en un todo único e indisoluble), en los sindicatos empezaron a manifestarse fatalmente *ciertos* rasgos reaccionarios, cierta estrechez gremial, cierta tendencia al apoliticismo, cierto espíritu rutinario, etc.”⁽¹⁾

⁽¹⁾ Lenin, V. I., La enfermedad infantil del “izquierdismo” en el comunismo. *Obras Completas*. Ed. Progreso. Moscú, 1986. 5ª edición. Tomo 41, pág. 34.

Independientemente de los derroteros por los que se dirigió el debate en aquel Congreso y la posición de Lenin en él —posición inaplicable hoy, dada la enorme distancia y diversidad de circunstancias que rodean al movimiento comunista de entonces en comparación con el de hoy—, e independientemente de la importancia de la definición de Lenin del Partido Comunista como “forma superior de unión clasista” —en sintonía perfecta con nuestra *Tesis de Reconstitución*, a la vez que escollo difícil de compaginar con la visión organicista del Partido, dominante entre los destacamentos de vanguardia—, que no vamos a tratar, lo importante consiste en resaltar que, ya en 1920, Lenin detecta la tendencia reaccionaria que comienza a embargar al sindicato, precisamente —y esto no es en absoluto casual— cuando nace una forma nueva, progresiva y superior de organización del movimiento obrero. Esta valoración es fundamental porque sirve de necesario punto de partida, en tanto que ofrece la panorámica histórica de la evolución del proletariado como clase organizada para su lucha de clases. Sin embargo, esta perspectiva ha sido abandonada, cuando no despreciada, por los autodenominados *marxistas-leninistas*.

En cuanto a las bases económicas de esa evolución, los resultados de ésta se harán más ostensibles algunos años después de la apreciación leniniana. La socialización de las fuerzas productivas alcanzó tal grado, después de la Segunda Guerra Mundial, que ya no bastó el monopolio para resolver las contradicciones que generaba el mercado: se hizo preciso el Estado monopolista. La involucración directa del Estado burgués en la gestión de los intereses de la clase capitalista y en la regulación del sistema de relaciones de producción capitalistas erigió un modelo de acumulación fundado en el *capitalismo monopolista de Estado*, que, a su vez, traía de la mano al sindicato como cogestor. Y la involucración del sindicato en la cogestión de los intereses de la clase capitalista suponía la entrada de un sector privilegiado del proletariado, la aristocracia obrera, en el bloque de alianzas del gran capital financiero, por un lado, y, por el otro, suponía la conversión del sindicato en apéndice del aparato del Estado.

Este fenómeno conlleva ciertas consecuencias que, no por harto evidentes, pasaron desapercibidas en su momento. En primer lugar, el escenario social de posguerra, la correlación de fuerzas entre las clases entre 1950 y 1975, permite derribar un mito que fue pieza clave del paradigma revolucionario vigente durante todo el Ciclo de Octubre, según el cual, la clase obrera sólo podía acceder al poder como clase revolucionaria. Esta presunción se basaba en la tesis economicista-espontaneísta del carácter revolucionario del proletariado dado, no por su conciencia socialista o comunista, sino por su modo de existencia, por el reflejo inmediato en su conciencia de la posición que ocupa en el proceso de producción y de la oposición existente entre sus intereses y los del capital. La participación, en los países imperialistas, de una fracción del proletariado de amplia base social —en muchos casos mayoritaria— en el sistema de relaciones de poder era consecuencia del lugar que ocupan esos países en el entramado

internacional de relaciones económicas y del pacto firmado por esos sectores de la clase obrera con el capital para compartir los frutos de la explotación imperialista de los países oprimidos. El reflejo en la conciencia de los obreros de aquella posición económica que ocupaban no impidió el pacto, sino, muy al contrario, supuso un espaldarazo para la influencia reformista de la socialdemocracia entre las masas, conformistas de bastante buen grado. Por consiguiente, el proletariado entraba por primera vez en el escenario de la historia como clase dominante reaccionaria. Ningún momento mejor para recordar la oportunidad, el acierto y el nada superfluo calificativo añadido por Marx al poder obrero cuando lo definió, en su *Crítica del Programa de Gotha*, como dictadura *revolucionaria*. Y eso que en aquella época nadie pensaba que el proletariado pudiese acceder al poder en otras condiciones y con un programa distinto de la revolución. Décadas después, sin embargo, aunque continuaba siendo correcta la tesis marxista de que el proletariado es la última clase social de la historia y de que de ella no puede surgir una nueva clase, era preciso matizar ya que, bajo ciertas condiciones, el obrero en el poder podía convertirse o asimilarse en alguna especie de las viejas clases; al mismo tiempo, se ponían de manifiesto, en toda su crudeza, todas las consecuencias del hecho constatado por Lenin de la escisión histórica del movimiento obrero en dos alas. Todo esto, acarreará, naturalmente, la quiebra de otras tesis políticas que la socialdemocracia y el revisionismo sostenían gracias al señuelo de la *conquista del poder* por los trabajadores.

El programa de extensión de la economía pública que, junto a las políticas sociales, se aplicó predominantemente durante la posguerra bajo los auspicios del codominio político del *obrero de cuello duro*, permitieron y permiten aún más hoy refutar, del mismo modo, otra vieja opinión, también vigente a lo largo del ciclo revolucionario y aplicada tanto por socialdemócratas como por trotskistas, *estalinistas* y revisionistas, que igualaba *estatalización* de la economía con *socialización* de la economía, o, lo que es lo mismo, que presumía suficiente la apropiación de los medios de producción por el Estado para hablar de socialismo (de ahí la *vía pacífica* hacia el socialismo de la socialdemocracia y del eurocomunismo; de ahí la búsqueda afanosa por los soviéticos de la hegemonía de la propiedad estatal sobre otras formas económicas, hegemonía que garantizaría, según ellos, la *sociedad socialista completa*), tanto más si en la configuración gubernamental de ese poder político participaba la clase trabajadora a través de sus partidos *de izquierda*. La historia ha demostrado de manera meridianamente clara la falsedad de la tesis del socialismo como conjunción de la titularidad política del poder del Estado y de la titularidad jurídica de los medios de producción. El correlato de esta refutación supone la bancarrota del punto de vista economicista, materialista vulgar, del marxismo, según el cual la apropiación de los medios de producción traerá consigo el control de la sociedad por parte de las masas. El dominio del pensamiento metafísico en la vanguardia del movimiento obrero permitió que terminase dominando la lógica mecanicista que suplantaba

toda la labor de revolucionarización consciente de todas las relaciones sociales — cometido que da sentido a la Dictadura del Proletariado— por la vana esperanza de que el cambio de las relaciones de propiedad en la base económica propiciase el cambio de las relaciones en el resto de las esferas sociales. No es extraño que todos los *partidos obreros* terminasen eliminando, antes o después —o no aceptando nunca—, la Dictadura del Proletariado de su propaganda y de sus programas políticos, pues el principal instrumento de la acción revolucionaria consciente de las masas resulta superfluo cuando se espera que la *socialización* de la economía traiga la conciencia socialista de la mayoría.

Carácter de clase del sindicalismo moderno

Esta ideología contrarrevolucionaria era, en definitiva, la expresión de la posición reaccionaria alcanzada con el codominio político de importantes sectores de la clase obrera en los países imperialistas. Con motivo de la *cuestión irlandesa*, Engels ya había advertido de las consecuencias nefastas que para la lucha de clases revolucionaria del proletariado podía acarrear el hecho de que las masas laboriosas estuviesen ubicadas en el contexto de las relaciones económicas internacionales como parte de la nación colonialista^(II). El monopolio colonial inglés, que generaba esta situación respecto de la inmensa mayoría del proletariado del país, se transformó en oligopolio en la época imperialista, y afectó a las clases subsidiarias de varias naciones. El fenómeno se manifestaba bajo la forma de cristalización de una capa de *aristocracia obrera* por encima de la masa de trabajadores. La tesis clásica, elaborada por la Komintern, decía que esta minoritaria fracción privilegiada era la que constituía la base social de la socialdemocracia y el reformismo, y que, al mismo tiempo que se comportaba en función de intereses de clase pequeñoburgueses, actuaba como agente de la burguesía en el seno del movimiento obrero^(III). Este razonamiento permitía suponer que la concreción del fenómeno histórico de escisión del movimiento obrero se verificaba dentro del partido obrero y, de manera mucho más acentuada, del sindicato (y no en el ámbito general de la clase) bajo la forma de oposición entre elite y masa obreras, de contradicción entre espíritu pequeñoburgués y

^(II) “Aquí no hay partido obrero, sólo hay radicales, conservadores y liberales, y los obreros comparten con ellos con la mayor tranquilidad del mundo las cadenas del monopolio colonial de Inglaterra y de su monopolio en el mercado mundial.” (Carta a Kautsky de 12/9/1882, en Marx, K. y Engels, F., *Correspondencia*. Ed. Cartago. Buenos Aires, 1973, pág. 323. Para un repaso del punto de vista de Marx y Engels sobre la relación de las naciones oprimidas y el proletariado de las naciones opresoras, *vid.* Lenin, El derecho de las naciones a la autodeterminación. O. C., t. 25, págs. 318-326).

^(III) *Vid.* Lenin, Tesis para el II Congreso de la Internacional Comunista. O. C., t. 41, pág. 177.

verdadera conciencia de clase proletaria (y no entre movimiento obrero revolucionario de masas y movimiento obrero reaccionario de masas, independientemente de sus formas organizativas). De este modo, se creaban las condiciones para la teoría de la *conspiración* o de la *traición* de esa capa privilegiada respecto de los verdaderos intereses de las masas. La táctica comunista, entonces, consistiría en combatir, en el seno de esas bases de masas organizadas, el *engaño* a que les sometían sus dirigentes, con el fin de elevar su *natural* conciencia de clase *proletaria* hacia la conciencia revolucionaria^(IV).

(IV) “La situación monopolista de dicho país [Inglaterra] destacó de la ‘masa’ una ‘aristocracia obrera’ semipequeñoburguesa y oportunista. Los jefes de esta aristocracia obrera desertaban constantemente al campo de la burguesía, que los mantenía de manera directa o indirecta. Marx se granjeó el odio, que le honra, de estos canallas por haberles tildado públicamente de traidores. El imperialismo moderno (del siglo XX) ha creado una situación privilegiada, monopolista, para unos cuantos países adelantados, y sobre este terreno ha surgido en todas partes dentro de la II Internacional ese tipo de jefes-traidores, oportunistas, socialchovinistas, que defienden los intereses de su gremio, de su grupito de aristocracia obrera. Estos partidos oportunistas se han aislado de ‘las masas’, es decir, de los sectores más vastos de trabajadores, de su mayoría, de los obreros peor retribuidos. La victoria del proletariado revolucionario es imposible sin combatir este mal, sin arrancar la careta, poner en la picota y expulsar a los jefes oportunistas, socialtraidores. Tal es precisamente la política que ha aplicado la III Internacional.” (Lenin, La enfermedad infantil, pág. 26). Existe cierta desconexión entre el análisis leniniano de la estructura sociológica de la clase obrera en la época del “imperialismo moderno” (análisis importante, pero todavía ambiguo en la valoración cuantitativa del “grupito de aristocracia obrera” —aunque el diminutivo ya dice bastante sobre la apreciación que terminará predominando al respecto) y sus conclusiones políticas, conclusiones que conformarán la táctica de la Komintern. Si los “partidos oportunistas”, dirigidos por los “jefes-traidores” que defienden únicamente los intereses de la “aristocracia obrera”, se han aislado de las masas “de los obreros peor retribuidos”, con seguridad será correcto que la vanguardia luche por “arrancar la careta” de esos renegados y por ponerlos “en la picota”, pero, ¿qué significa y qué implicaciones tiene el mandato de “expulsar a los jefes oportunistas”? ¿Expulsarlos de sus propias organizaciones? ¿O insinúa Lenin que esas organizaciones son, por el contrario, organizaciones *netamente proletarias* que es preciso reconquistar, que se trata de los instrumentos para su lucha de clases? Entonces, ¿para qué hablar de la necesidad de una “forma superior de unión clasista de los proletarios”, ¿para qué un *partido de nuevo tipo*?, ¿por qué una III Internacional enfrentada a la Internacional socialdemócrata?; entonces, ¿qué diferenciaría al leninismo del *entrismo* trotskista en la táctica de masas? En su afán por contrarrestar la tendencia izquierdista de abandono de toda línea de masas para la política comunista en la Komintern, Lenin exageró ciertos elementos que favorecerán a la larga las tendencias derechistas de conciliación con el oportunismo. Sin embargo, la postura más coherente con el leninismo consiste en considerar al comunismo no como una corriente dentro del partido obrero (Trotsky), sino como el verdadero partido obrero (Lenin); no como un partido más del movimiento

Evidentemente, la primera consecuencia de esta concepción fue la obliteración de todo posible desarrollo de la tesis referida a una “forma superior de unión clasista” para el proletariado —que queda reducida a fórmula hueca— y, en consecuencia, la pérdida de sustantividad de la idea leninista de *partido de nuevo tipo* en la construcción del proceso revolucionario y del Partido Comunista en la visión del proceso revolucionario, y la progresiva asimilación de éste a una noción formalista que permitía que fuese identificado con cualquier grupúsculo de vanguardia con tal de que aceptase una serie de preceptos y de que se dirigiera inmediatamente a la conquista de aquellas masas para generar movimiento. La visión del movimiento revolucionario como Partido —cuyo origen está en Marx y que el bolchevismo aplicó exitosamente— era sustituida por la de movimiento de masas influido y dirigido externamente por una organización de vanguardia. La segunda consecuencia consistía en que se olvidaba el punto de vista coherentemente materialista, porque se explicaba la hegemonía *pequeñoburguesa* en las organizaciones obreras de masas desde el supuesto predicamento de un discurso ideológico aparentemente ajeno y se posponía el análisis de las bases materiales, económicas y sociales, del fenómeno: el soborno de la aristocracia obrera podía ser explicado por el pillaje imperialista, pero la receptividad de las grandes masas a su influencia, ¿podía tener solamente fundamentos ideológicos o éticos? En agosto de 1914, la sorpresa de la traición de la socialdemocracia alemana permitía todavía circunscribir el papel de la dirección del partido obrero en el marco explicativo de la teoría de la conspiración, pero el comportamiento de la gran masa del proletariado durante la experiencia de la revolución alemana entre 1919 y 1923 (insurrecciones de la vanguardia aislada y permanente apoyo electoral a socialpatriotas y partidos de derecha) debió hacer reflexionar más profundamente a la Internacional sobre las verdaderas razones socioeconómicas del apoyo del grupo parlamentario socialdemócrata a la guerra imperialista. Esa reflexión hubiera permitido detectar tempranamente los límites de la teoría de la conspiración y su dualización maniquea de las organizaciones obreras, hubiera puesto en cuestión la táctica basada en las expectativas generadas por el movimiento espontáneo *revolucionario* de masas y hubiera permitido calibrar más atinadamente la verdadera amplitud social, de carácter masivo, de los sectores de la clase obrera que compartían o deseaban compartir “las cadenas” del imperialismo alemán. Pero el miedo a las consecuencias teóricas de la consideración del alcance cuantitativo y del peso social de la fracción privilegiada del proletariado alemán, y, por extensión, del de todas las potencias imperialistas, permitió que sobrevivieran tesis políticas que rompían claramente con las bases del marxismo.

obrero, sino como el movimiento obrero revolucionario, contrapuesto a la vez que vinculado (unidad y lucha) al movimiento obrero de resistencia.

Ese conjunto de tesis ha impedido resolver el problema del trabajo comunista en los sindicatos, entendidos como órganos de encuadramiento de masas por el Estado capitalista. El principal obstáculo es la vigencia de la definición del sindicato como organización para la defensa de los intereses del obrero como propietario de mercancías, para la defensa del valor de su fuerza de trabajo, y como primera escuela de lucha y de conciencia proletaria; en definitiva, como organismo independiente en origen tanto del capital como de la vanguardia revolucionaria. Prescindiendo de que esta visión pueda tener fundamento histórico y de que, aunque de manera residual y subsidiaria, los obreros recrean continuamente ese organismo como reacción al amarillismo del sindicalismo dominante, lo importante es que, por un lado, deja de lado las consecuencias políticas de la consideración actual del sindicato moderno en su evolución histórica (la profundización de esos “rasgos reaccionarios” de los que habló Lenin, más notables cuanto más desarrolló el proletariado su lucha de clases revolucionaria a lo largo del Ciclo), y que, por otro, esa visión ha prescindido de todo contexto global y se contenta con contemplar al sindicato de manera aislada, independientemente del conjunto de relaciones de clase. En concreto, si el sindicato ha sido integrado como cogestor de los intereses capitalistas, entonces, no defiende los intereses sociales de clase del obrero, ni tampoco sus intereses pequeñoburgueses como propietario individual de la mercancía fuerza de trabajo, sino los de la burguesía capitalista como clase. Esto, que debería ser obvio, constituye todo un escollo intelectual y una aberración política para el puritanismo obrerista de nuestros comunistas sindicalistas. El sindicato de hoy es algo más que mera correa de transmisión del capital en el seno del movimiento obrero, y la aristocracia obrera ya no puede ser contemplada como fracción social pequeñoburguesa. Ambos son organismos sociales de la gran burguesía, y su interés común radica en la correcta reproducción de las relaciones sociales capitalistas. Por ejemplo, en el Estado español, en los diez primeros meses de 2005, los grandes sindicatos pactaron 2.437 expedientes de regulación de empleo, que afectaron a 44.353 trabajadores (el 11’5% más que en el mismo periodo de 2004); por otra parte, en la junta de accionistas del BBVA, celebrada en marzo de este año, CC. OO. y UGT se personaron como socios propietarios de casi 3 millones de títulos. En otras palabras, el sindicalismo moderno no sólo vela por la buena marcha de la tasa de beneficios del capital, sino que vigila por sus propios intereses como capitalista. El entrelazamiento cada vez más vigoroso entre la aristocracia obrera y el Estado ha convertido al sindicato en algo más que un cogestor del capital, lo ha hecho socio capitalista. El obrero despedido por el sindicato de turno que firma el expediente de crisis es la imagen del destierro definitivo del sindicalismo de toda expectativa de clase ajena al capital, y el símbolo de que el sindicato ha consumado su transformación en lo contrario de lo que fue en sus orígenes históricos. Los diseñadores de las estrategias sindicales se han convertido en auténticos cuadros del capital, que barajan las variables y los

factores económicos —incluidos la masa laboral en activo y la masa de parados— como verdaderos *businessmen*, atendiendo siempre al punto de vista de las necesidades de la acumulación capitalista. El viejo sindicalismo *de clase* es residual o está marginado, a la espera, quizá, de crecer en la única dirección que le permiten las relaciones de clase del capitalismo maduro: la integración en el aparato de reproducción de las relaciones de dominación económica, política e ideológica del capital. El viejo sindicalismo ha pasado a la historia y es imposible su reconstitución. Los intentos en este sentido son reaccionarios, porque no han comprendido las consecuencias de la evolución del sindicalismo como instrumento particular de la lucha de clases proletaria, ni han asimilado los logros del desarrollo general alcanzado por la experiencia histórica de esa lucha, al mismo tiempo que pretenden recuperar una supuesta plataforma desde la que construir una entelequia de movimiento obrero independiente. Pero el sindicato no genera ni una ideología obrera *pura*, ni una ideología pequeñoburguesa desde cuya dualidad (pequeñoburgués = trabajador + propietario) pueda justificarse una actividad práctica *revolucionaria* (basada en educar la parte obrera de la conciencia del trabajador). El sindicato sólo genera conciencia de clase burguesa; y sólo es posible combatirlo desde la conciencia comunista y desde el Partido Comunista. No hay *terceras vías* a lo Marta Harnecker, no existe la evolución *natural* del sindicalismo al comunismo, ni de la conciencia obrera a la conciencia revolucionaria. El comunismo es la única expresión revolucionaria y la única forma de conciencia verdaderamente proletaria, contraria a la forma burguesa que el obrero reproduce espontáneamente. El proletariado, o se incorpora a la revolución con el Partido Comunista, o se incorpora a la reacción desde alguno de sus organismos de masas, como el sindicato. No hay alternativa posible. Las elites dirigentes de los sindicatos no son unas engañosos; en general, representan a la capa privilegiada de aristocracia obrera, que no se limita a una elite burocrática, sino que tiene carácter de masas, precisamente de las masas que encuadran esos sindicatos y las demás sobre las que ejercen su influencia. Al mismo tiempo, la ideología de esas elites se corresponde con la de la base social que representa, y el carácter de esta ideología no es pequeñoburgués, sino plenamente burgués, porque responde a los intereses y a las necesidades del capital, de su ciclo de reproducción a escala internacional y a los de su Estado y su sistema de legitimación. La vinculación de la aristocracia obrera con el imperialismo quedó demostrada con la invasión de Irak, en 2003. La pasividad de los grandes sindicatos (sólo CGT convocó la huelga general, que fue minoritaria, y UGT se limitó a solicitar un ridículo paro de dos horas), que reflejaba un apoyo fáctico al intervencionismo, en el contexto de las grandes movilizaciones de masas —dirigidas por otras organizaciones y por otras clases— en el Estado español, demostró el verdadero rol del sindicalismo moderno.

La táctica de los comunistas hacia los sindicatos, hoy

La insistencia por parte de un importante sector de la vanguardia en *ir a las masas*, al sindicato de manera inmediata, con el fin de revitalizar el *verdadero* sindicalismo, el sindicalismo *de clase*, como el medio adecuado para construir los instrumentos (el sindicato de clase, el partido revolucionario, etc.) y el movimiento revolucionario, no conduce más que a la reedición de los errores de la III Internacional (que exageró la oposición entre dirección sindical y bases obreras y despreció el aspecto de unidad entre ambas), y no demuestra sino la falta de un análisis marxista y el afán por repetir estereotipos y copiar fórmulas gastadas. No negamos la necesidad de que los comunistas conquisten a las masas de los sindicatos, ni que los comunistas vayan a los sindicatos (en la medida que tengan masas, pues no olvidemos que, en tanto que parte del aparato del Estado, la relación del sindicato con las masas es cada vez menos un vínculo militante y cada vez más una sujeción burocrática), pero a condición de la previa Reconstitución del movimiento revolucionario, del Partido Comunista. La historia ha demostrado que la actividad comunista en los sindicatos sólo da frutos si se realiza desde “la forma superior de unión clasista de los proletarios”. En la lucha de clases contemporánea, la vieja forma de organización, el sindicalismo —entendido tanto en el sentido político como ideológico del término—, ha generado mecanismos para oponerse y resistirse a la introducción de la nueva forma de organización, de modo que hace imposible la *elevación* de la conciencia de los obreros hacia la revolución desde la lucha económica, de modo que bloquea la transformación de la resistencia en revolución. Sólo mentalidades ajenas a la dialéctica pueden negarse a comprender esta verdad. La crisis del modelo de acumulación basado en el Estado monopolista que sufrió el capitalismo a principios de los 70, y que obligó a un proceso de reestructuración en los términos del neoliberalismo que aún perdura hoy, conllevó —y conlleva— una fuerte presión sobre importantes sectores *acomodados* de la clase obrera de los países imperialistas, que les obligó a rechazar el sindicalismo oficial y a buscar nuevas fórmulas autónomas de organización y defensa de sus posiciones económicas. Pero estas experiencias, fundadas en el espontaneísmo y en la recuperación de modelos asamblearios y protosindicales, fracasaron porque terminaron derivando en el terrorismo o recayendo en el sindicalismo de cuño tradicional, demostrando una vez más los límites de todo proyecto político que pretenda construirse desde el viejo postulado de la unión económica de los obreros y desde su conciencia espontánea burguesa.

De hecho, si nos interrogáramos sobre el origen de ese postulado y de la táctica que espera construir el sujeto revolucionario desde la vieja forma de unión clasista, la respuesta no la hallaríamos, desde luego, en el marxismo. Más bien, en su interpretación revisionista. Cuando, en los debates de la AIT sobre el valor de las *tradeunions*, Marx define su posición, en un famoso pasaje tantas veces citado,

dice que: “Si en sus conflictos diarios con el capital [los obreros] cediesen cobardemente, se descalificarían sin duda para emprender movimientos de mayor envergadura”. Y que, en su lucha de resistencia, la clase obrera: “No debe, por tanto, entregarse por entero a esta inevitable guerra de guerrillas, continuamente provocada por los abusos incesantes del capital o por las fluctuaciones del mercado”^(V). Es decir, Marx justifica y apoya la lucha sindical, pero establece una ruptura, un hiato, entre este tipo de lucha y la que puede terminar con el sistema de trabajo asalariado. Primero, porque interpone un vínculo entre ambas sólo de carácter espiritual, no material: la lucha de resistencia habilita sólo moralmente, no organizativa ni ideológicamente, para luchas “de mayor envergadura”. Segundo, porque distingue y separa claramente un tipo de lucha, la “guerra de guerrillas” económica, de la guerra revolucionaria contra el capital, y advierte que la clase no puede invertir todos sus esfuerzos en aquélla, sugiriendo que también debe preocuparse de entablar simultáneamente ésta. Podemos sobreentender que esos dos tipos de *guerras* terminarán uniéndose —como planteó Lenin—, pero no que en la visión de Marx de la correlación entre ambas formas de la lucha de clases proletaria exista continuidad. Quienes interpretan a Marx en la línea de que la vanguardia debe imponerse la tarea de forjarse en el frente de resistencia de las masas, desatendiendo su deber de ampliar el radio de acción de la lucha de clases proletaria hacia el campo de la política revolucionaria, abriendo el terreno para una guerra “de mayor envergadura” contra el capital, reducen el marxismo a puro sindicalismo.

En cualquier caso, la evolución del sindicalismo no ha hecho más que ratificar, en el peor sentido, el destino augurado por Marx al tradeunionismo. La sola lucha contra los efectos del sistema capitalista no sólo no ha educado ni elevado la conciencia de la clase, sino que ha terminado desmoralizándola y desautorizándola para batallas mayores. El sindicato, por su parte, se ha adaptado estructuralmente a esa evolución. El viejo sindicalismo organizaba a los obreros en torno a cajas de resistencia. Esto garantizaba su independencia como clase y permitía que la finalidad de cada lucha persiguiera la derrota del adversario, del patrón o del Estado. Naturalmente, esta fase se corresponde con un grado de desarrollo —la formación del proletariado como clase social— en el que los éxitos sobre el enemigo no podían sobrepasar el estrecho marco económico de la confrontación obrero-patrón. Se trata de victorias parciales que servían de motor del desarrollo proletario en conciencia y en organización^(VI). Este modelo sindical,

^(V) Marx, K., *Salario, precio y ganancia*. Ed. Ricardo Aguilera. Madrid, 1968, pág. 86.

^(VI) “Los obreros empiezan a formar coaliciones contra los burgueses y actúan en común para la defensa de sus salarios. Llegan hasta formar asociaciones permanentes para asegurarse los medios necesarios, en previsión de estos choques eventuales. Aquí y allá la lucha estalla en sublevación. A veces los obreros triunfan; pero es un triunfo efímero. El verdadero resultado de sus luchas no es el éxito inmediato, sino la unión cada vez más

basado en la correlación *lucha-concertación-lucha*, partía del presupuesto del antagonismo entre clases y buscaba la continuidad y el desarrollo de esa contradicción, siendo los momentos intermedios de conciliación episodios de tregua para la recomposición o preparación de la lucha subsiguiente con fuerzas renovadas. Sólo cuando sobre esta base tiene lugar el desarrollo político del proletariado hasta un grado suficiente, que acompaña y es paralelo al desarrollo del capitalismo como modo de producción y a su entrada en su fase de crisis general (imperialismo), es decir, sólo cuando surgen las condiciones objetivas y subjetivas que hacen posible la derrota del enemigo como clase, sólo cuando es posible ampliar el campo de batalla entre el obrero y el patrón individuales hasta el nivel de la guerra de clases entre el proletariado revolucionario (Partido Comunista) y el capital (Estado), el sindicalismo deja de ser el epicentro del desarrollo del movimiento obrero y comienza a adoptar esos “rasgos reaccionarios”. Este resultado histórico consiste en la transformación del sindicalismo en su contrario en cuanto a su contenido clasista, que políticamente se concreta en la inversión de su modelo organizativo, que pasa a sustentarse sobre la correlación *concertación-lucha-concertación*. Este modelo se funda en la liquidación de las cajas de resistencia como base de la acción sindical, en su sustitución por la mesa de negociación y en la dependencia política del sindicato a través de su financiación por el capital (la empresa y el Estado sostienen a los liberados y el aparato sindicales), presupone la conciliación entre clases y persigue la paz social, pasando la lucha a jugar el papel de mero episodio intermedio para la medición testimonial de fuerzas de cara siempre a la negociación y al pacto social como objetivos incuestionables. En esta fase de desarrollo de la lucha de clases, la burguesía reconoce legalmente el derecho a la existencia de la otra clase como sujeto jurídico y su derecho a la defensa de sus intereses propios, particulares y específicos, diferentes por naturaleza de los de los demás grupos sociales; pero, al mismo tiempo, limita este derecho al plano económico. La burguesía reconoce al proletariado como clase jurídicamente en tanto que negociador colectivo, es decir, lo reconoce como clase económica; pero, al mismo tiempo, prohíbe la huelga solidaria, la huelga política; en definitiva, materialmente no lo reconoce como clase política. La burguesía acepta formalmente el derecho del proletariado a la lucha de clases al mismo tiempo que encorseta ese derecho en un marco legal lo suficientemente estrecho para que no sea peligroso. Naturalmente, desde el punto de vista político-social, quien realiza esta transacción, quien pacta el cambio de modelo estructural del sindicalismo y quien acepta las nuevas reglas del juego es la aristocracia obrera, que, de este modo, se apropia del sindicato. Desde el punto de vista político-jurídico, esa limitación del marco de actuación legal de la lucha obrera pone en evidencia el

extensa de los obreros.” (Marx, K. y Engels, F., *Manifiesto del Partido Comunista*. Ed. Progreso. Moscú, 1981, págs. 39 y 40).

techo infranqueable que el reformismo sindicalista impone al desarrollo de la lucha de clases, en general, y al desarrollo del proletariado como clase política, en particular, sobre todo cuando la madurez alcanzada por el proletariado como clase en el plano histórico ha sobrepasado hace mucho los límites de ese techo. Por esta razón, en la actualidad, el desarrollo del proletariado como clase política sólo es posible como clase revolucionaria, esto es, desde fuera de esa legalidad y desde fuera de su movimiento económico, de su movimiento reformista, que es el reflejo en términos políticos de su condición restringida como clase económica. Y por esta razón, el *retorno* de los comunistas al sindicalismo como epicentro del desarrollo político de la clase obrera supone dar un gigantesco paso atrás, se trata de un proyecto reaccionario que sólo expresa nostalgias del pasado o que pone en evidencia el deseo oculto de postergar el enfrentamiento del proletariado con el capital en términos de guerra revolucionaria.

Es en estos términos que rechazamos la línea de masas sindicalista, la consigna de ir inmediatamente a los sindicatos para ganar a las masas frente al oportunismo de sus direcciones. No *abandonamos* los sindicatos por reaccionarios, como reprochaba Lenin al ala izquierdista de la Komintern, durante



Publicado en *ADN* el 2 de Octubre de 2006. El sindicato moderno es el sindicato corporativo, el sindicato funcional adaptado a los problemas y necesidades del capital. Esta adaptación conlleva la especialización y la especificación técnica de los instrumentos de confrontación, tanto institucionales como discursivos. De la combinación de los métodos agitativos del viejo sindicalismo de clase y de la especialización burocrática de la acción sindical del moderno sindicato funcional surge el retrato fiel del actual delegado sindical, modelo en el que se inspira el *comunismo* sindicalista de hoy y caricatura vergonzante del dirigente obrero revolucionario.

su II Congreso^(VII), sino por los motivos expuestos, que se encierran en las tres conclusiones siguientes: primero, porque la presente etapa de construcción del movimiento comunista requiere conquistar a la vanguardia y todavía no a las masas; segundo, porque el sindicato se ha convertido en un órgano más de encuadramiento de masas por parte del Estado capitalista, y en esto —algo fundamental desde el punto de vista de la línea de masas comunista— no se diferencia en absoluto de otros organismos, desde las ONGs hasta las asociaciones de vecinos, pasando —¿por qué no?— por las peñas futbolísticas, que deberán en el futuro ser objeto por igual de esa línea de masas (y que, sin embargo, hoy quedan fuera del trabajo de los *comunistas* sindicalistas, que han encontrado en el sindicato el templo donde rendir su culto al obrero domesticado); y tercero, porque la tendencia a privilegiar el sindicato como objeto del trabajo de masas comunista supone otorgar un estatuto especial a la esfera laboral desde la cual se articula, supone centrar ese trabajo en la esfera de la producción, precisamente la esfera desde la que el capital sobredetermina la organización y la existencia de la clase obrera, subordinándola a las necesidades de su ciclo económico, supone reducir a la clase obrera a su faceta meramente productiva y al capitalismo exclusivamente a su estructura económica, cuando las relaciones sociales capitalistas, en realidad, abarcan la totalidad de la vida social, incluida la distribución, el consumo y los diversos aspectos de la superestructura; y esa totalidad se concentra en el plano de la política. La perspectiva productivista está en la base de aquella tendencia economicista de algunos *comunistas* y a su desviación sindicalista. Nuestro objetivo consiste, en consecuencia, en combatir esta tendencia, fundamentalmente porque conduce al error de absolutizar la línea de masas comunista, al establecer que siempre debe dirigirse a las grandes masas, independientemente de la etapa de desarrollo del movimiento comunista y del estado en que se encuentra la vanguardia; y conduce también al error de absolutizar el concepto de masas, identificándolo con el proletariado industrial, con el trabajador en su faceta de productor, y el ámbito de aplicación de la línea de masas, limitándola al centro de trabajo. Combatimos, en resumidas cuentas, el reduccionismo economicista al que quieren someter la labor revolucionaria los falsos comunistas sindicalistas.

Los obreros conscientes deben prevenirse contra el sindicalismo que viene, sobre todo si procede de discursos envueltos en palabrería marxista. Los obreros conscientes deben comprender que la tarea inmediata de la vanguardia consiste en reconstituir los principales instrumentos de la lucha de clases proletaria: la ideología de vanguardia y la forma superior de unión clasista, que se corresponde con el grado de desarrollo alcanzado por esa lucha, el Partido Comunista.

Fan Shen

^(VII) Lenin, La enfermedad infantil, pág. 38.

Reproducimos a continuación la hoja de propaganda que el Partido Comunista Revolucionario difundió en la manifestación del 1° de mayo de 2006

Por una conciencia de clase revolucionaria

El Primero de Mayo es el día internacional de la clase obrera. Esto significa que celebramos nuestra toma de conciencia como clase social separada y con intereses propios diferentes del resto de las otras clases. Pero, ¿qué es esa conciencia de clase?, ¿cuál es su naturaleza?, ¿de dónde procede?

La clase obrera, como cuerpo social, es obra del capitalismo. Es el capital quien crea al trabajador asalariado, históricamente, a través de la expropiación del productor y de su separación de los medios de producción, y de manera actual y permanente, reproduciendo y ampliando las condiciones del trabajo asalariado en los cinco continentes, disolviendo los restos de los modos de producción precapitalistas aún supervivientes, o convirtiendo en trabajo productivo — productor de plusvalía— cada vez más esferas de actividad social. Pero, ¿qué hay de la conciencia de esta clase?, ¿también es producto del capital?

Durante los siglos XIX y XX, se pensaba que la autoconciencia como colectivo diferenciado de los obreros era suficiente para considerar una conciencia social independiente y propia. Sin embargo, la experiencia de dos siglos de luchas de clases ha demostrado que el reflejo inmediato de las contradicciones de la sociedad capitalista en la mente del obrero, en el sentido de la comprensión del antagonismo entre sus intereses y los del capital, no alcanza más que a configurar una conciencia sólo relativamente autónoma que todavía permanece dentro de los límites y de los parámetros de ese marco de relaciones capitalistas. Se trata de la **conciencia burguesa del obrero**. Así pues, en su configuración y desarrollo *natural*, espontáneo, la conciencia de clase del obrero es también un producto del capital. Y por esta misma razón, este modo de conciencia no es, en realidad, la verdadera conciencia de clase independiente del proletariado. Ésta sólo puede ser la **conciencia revolucionaria de la clase obrera**. Se requiere, por tanto, algo que trastoque la evolución natural de la conformación ideológica del proletariado bajo las condiciones de dominio del capitalismo, algo que desvíe esa evolución en otra

dirección diferente de la apreciación positivista de la realidad social y de su aceptación resignada o inconsciente.

Siempre se dice que la conciencia revolucionaria sólo puede provenir de la **práctica** de la lucha de clases. Como respuesta, esto es tan irrefutable como obvio e insatisfactorio. Ni la práctica social en general, ni la específica práctica inmediata accesible a los obreros por la propia naturaleza de sus condiciones de existencia, permiten alcanzar la conciencia revolucionaria; ni la participación directa en la producción, ni la lucha del obrero contra el patrón por un mejor salario, ni la lucha del partido obrero contra el Estado por reformas, inspiran una nueva concepción del mundo revolucionaria. Se necesita la introducción en toda esa experiencia de la **crítica revolucionaria**. Sólo la aportación *exterior* de la crítica revolucionaria crea las condiciones para que la práctica de la lucha de clases genere un nuevo tipo de conciencia de clase superior; sólo desde la teoría revolucionaria se puede romper el círculo cerrado de reproducción del reflejo ideológico que genera el conjunto de relaciones sociales capitalistas y que legitima permanentemente el dominio de clase de la burguesía.

Por consiguiente, de cara a la construcción de todo movimiento revolucionario, al menos en sus primeras etapas, en la fase que se decide su naturaleza como movimiento político, la cuestión de la teoría revolucionaria es crucial. Si seguimos guiándonos de la práctica histórica, convendremos que la única teoría que ha podido poner en cuestión el poder del capital y ha sido capaz de iniciar procesos de transformación social revolucionarios es el marxismo. Como doctrina, el marxismo es, por una parte, el resumen de la práctica social del proletariado, de su lucha de clase; por otra parte, el marxismo es el resumen de la práctica histórica de toda la humanidad, es la síntesis y expresión superior de los logros universales de la civilización. Cumplir con ambos requisitos imprescindibles sirvió al marxismo para imponerse a otras corrientes de pensamiento candidatas a erigirse en vanguardia revolucionaria, como el anarquismo y tantas otras escuelas reformistas y revisionistas.

Sin embargo, después de haber estado a la cabeza de toda una era de revoluciones, la derrota final le ha sumido en la disgregación y en la dispersión. Hoy, lo que distingue a los verdaderos marxistas de los usurpadores de este nombre es que reconocen la necesidad de **reconstituir** esa teoría revolucionaria cumpliendo con los dos requisitos que le son propios: que sea resumen de la práctica histórica de la lucha de clases del proletariado y que sea elevada hasta constituir una concepción del mundo a la altura que exige el grado de civilización alcanzado por la humanidad —como ya hizo cuando fue fundada a mediados del siglo XIX—. Pero, por el contrario, el sector *revolucionario* del actual movimiento obrero está dominado por quienes consideran que no es precisa la

teoría, que el carácter revolucionario del movimiento obrero es innato o producto espontáneo e inmediato de su lucha (anarquistas, sindicalistas, consejistas...), por un lado, y, por otro, por quienes creen que la teoría revolucionaria no ha sufrido ningún tipo de liquidación y está en disposición de *elevar* el movimiento de resistencia del proletariado a movimiento revolucionario (trotskistas, comunistas *de izquierda*, marxistas leninistas, maoístas...). Ambos coinciden en que el movimiento práctico es lo principal en todo momento y que las masas crearán y adquirirán conciencia revolucionaria desde su propia experiencia práctica. La tarea de la vanguardia consiste, pues, en *ir a las masas*, incluso en la actual etapa de fragmentación de la vanguardia (para cuya superación se pretende aplicar la receta de la unidad de acción, ya en su versión estrecha de *unidad comunista*, ya en su versión laxa de *unión proletaria*).

Naturalmente, el fracaso será rotundo, porque este punto de vista parte de la suposición de que cada lucha parcial o que cada generación de obreros puede recorrer desde su sola experiencia todo el camino de la experiencia histórica de la clase en su conjunto. El desprecio de la teoría y el culto por la práctica predominantes hoy implican la creencia de que toda práctica particular puede ponerse a la altura del conjunto de la práctica del proletariado internacional realizada durante décadas. Si la teoría es el resumen de la práctica, entonces la táctica de construcción teórica desde la participación en el movimiento espontáneo de masas no puede dar más que una ideología raquítica y estrecha de miras, siempre en inferioridad respecto de la ideología de la clase dominante e incapaz de disputarle su hegemonía ni de hacerse acreedora, para su clase, del derecho a construir una sociedad superior. Y eso que estamos hablando sólo de la expresión teórica de la práctica particular de la lucha de clases **del proletariado**, que no consideramos aquí siquiera la teoría como expresión general de las luchas **de todas las clases** a lo largo de la historia. Sin embargo, la clase proletaria debe asumir también esta última dimensión de la teoría si, como soporte de una nueva sociedad, quiere estar a la altura de su cometido.

En los actuales momentos de desorientación y fragilidad, la vanguardia del proletariado debe tomar conciencia de cuál es su deber. La *caída* del Muro de Berlín cerró un ciclo histórico, el Ciclo de la Revolución de Octubre, toda una época de experiencias revolucionarias del proletariado. Pues bien, toda esta experiencia está por sintetizar teóricamente. Hoy por hoy, no es posible hablar de teoría revolucionaria o de conciencia revolucionaria si no están incluidos los resultados de esa experiencia histórica —de esa práctica— en el discurso político de los comunistas. Hoy por hoy, no existe ningún destacamento comunista que haya realizado esta tarea satisfactoriamente. Tampoco es empresa para grupos o individuos aislados, sino para el conjunto de la vanguardia. De hecho, es la única —o la primera— empresa que puede dar contenido propio al movimiento

comunista como movimiento político. Lo que en la actualidad mueve a los comunistas son iniciativas que favorecen los intereses de otras clases o de la aristocracia obrera (sindicalismo, republicanismo...). El **Balance del Ciclo de Octubre** es la principal tarea de los comunistas, tarea que está en la base de la **Reconstitución de la ideología revolucionaria**, que es la premisa de todo movimiento político proletario con conciencia de clase independiente. Lo que está en el orden del día del comunismo, pues, es la teoría, el debate para la solución de los problemas de la construcción de una concepción revolucionaria del mundo que pueda, sobre la base de su experiencia práctica, transformar la conciencia del proletariado, para que éste pueda transformar el mundo.

¡Reconstituamos el Comunismo como teoría revolucionaria desde la lucha de dos líneas de la vanguardia proletaria!

¡Estudiemos e incorporemos la experiencia del proletariado internacional para la recuperación del Comunismo como teoría de vanguardia!

1° de mayo de 2006

Este texto fue editado por el Partido Comunista Revolucionario como panfleto dirigido a los asistentes a la edición de 2006 de la Fiesta del PCE revisionista

La tarea de hoy

Actualmente el movimiento comunista y su vanguardia se encuentran presos del espíritu de la época, del practicismo, el pragmatismo y el posibilismo, lo cual les impide dar el impulso que posibilite el inicio de un nuevo ciclo revolucionario, desembarazarse de esas lacras y comenzar a construir un movimiento revolucionario que acabe con el actual régimen del capital.

¿Cómo superar éste estado de cosas?

Parfraseando a Lenin, tenemos que decir que *sin teoría revolucionaria no puede existir movimiento revolucionario*. Por lo tanto, cualquier tarea de

construcción (Reconstitución) del movimiento revolucionario del proletariado debe fundamentarse primeramente sobre la *teoría revolucionaria*. Y ha de ser la vanguardia del proletariado la primera en iniciar ese camino. La vanguardia del proletariado debe comenzar esa labor mediante su formación ideológica, única base que la habilitará para iniciar la superación de la esclerosis teórica que arrastra el marxismo tras la derrota del *Ciclo de Octubre*. Esa derrota ha puesto de manifiesto que el marxismo sobre el que se basó es insuficiente para acometer un nuevo proceso revolucionario. Por lo tanto, la vanguardia, a través del estudio crítico de nuestros clásicos y de la experiencia del *Ciclo de Octubre*, ha de realizar una puesta al día de nuestra teoría revolucionaria, esto es, debe de ***Reconstituir el marxismo como doctrina revolucionaria***, como teoría de vanguardia que guíe al proletariado en su obra emancipadora.

Una de las causas, si no la principal, de esa derrota fue el modo como se fue articulando el primer paradigma revolucionario del proletariado desde el marxismo. Aunque, desde el principio, éste nace como concepción del mundo acabada, como ideología de clase perfectamente ensamblada en sus partes fundamentales, la representación que originalmente podía ofrecer del proceso revolucionario en sus elementos concretos y en su proceder real (*paradigma revolucionario*) dependía tanto de la propia experiencia práctica de la lucha de clases en general y de la lucha del proletariado en particular, como del estado de la ciencia y del conocimiento de las leyes que gobiernan el mundo. En este sentido, la inmadurez de al clase obrera como clase revolucionaria cuando se inicia el *Ciclo de Octubre*, y el monopolio del saber en manos de los sectores cultos de las clases poseedoras, obligarán al proletariado a adoptar elementos teoréticos y de estructura que terminarán determinando la conformación de su visión de la revolución e instalándose entre sus parámetros ideológicos y políticos, que le servirán de base para afrontar los novedosos problemas que paulatinamente le presente su lucha política. Si bien es cierto que la alianza del proletariado con los sectores ilustrados de la burguesía le permitió erigirse en clase de vanguardia en el corto plazo, a la larga, supuso un obstáculo para la asimilación de los elementos nuevos que la práctica revolucionaria abría a la experiencia de la lucha de clases proletaria, sobre todo a partir del momento definitivo en que se convierte en clase dominante y pasa a abordar las tareas de la construcción del Comunismo. El maridaje del marxismo con el positivismo y otras corrientes materialistas e ilustradas del pensamiento burgués, y su excesiva influencia, terminaron bloqueando los resortes teóricos y prácticos que posee el marxismo como cosmovisión para adaptarse a las realidades nuevas. Fue, sin embargo, la juventud del propio proletariado como clase social y su inexperiencia como clase revolucionaria la que posibilitó esa nefasta influencia.

En consecuencia, la tarea de Reconstitución del comunismo, del marxismo, conlleva el objetivo de recomponer el paradigma revolucionario del proletariado desde la concepción del mundo proletaria y desde el estudio de más de siglo y

medio de lucha del movimiento obrero y con la perspectiva de casi un siglo de experiencia en la construcción del Comunismo. Ahora, a la luz de un *ciclo revolucionario concluido*, desde la perspectiva que ello proporciona, el proletariado revolucionario está en condiciones de ***desembarazar al marxismo de aquellos elementos teóricos de otras clases*** (entre otras cosas) que le impidieron *revolucionarse* para superar los obstáculos que encontró en la edificación del socialismo.

Para el marxismo el papel protagonista de la historia lo tienen las clases y su lucha, y no, como terminó prevaleciendo en la visión de la mayoría de los partidos obreros durante el primer ciclo revolucionario, el desarrollo de las fuerzas productivas (teoría que implica considerar a la tecnología como base del desarrollo económico y social y al espontaneísmo como base del desarrollo político). Contrariamente a esa teoría, el marxismo otorga el ***papel decisivo de la transformación social al factor subjetivo-práctico***, al factor consciente y a la voluntad de las clases para llevar a cabo sus propios proyectos. Y puesto que el capitalismo ha creado ya las condiciones materiales para el comunismo, ***sólo la voluntad del proletariado puede revolucionar esa sociedad*** para transformarla, pues no existe ninguna ley natural que haga inevitable tal transformación.

Esa voluntad de transformación debe manifestarse también en la voluntad de ejercer, no sólo como en el *ciclo de Octubre* de vanguardia efectiva del proceso social, sino que ha de asumir también el papel de vanguardia teórica, que le dote de una total independencia (ideológica y política) frente a las otras clases. ***El proletariado no puede depender de los intelectuales de otras clases*** para definir su proyecto revolucionario, como ocurrió en el anterior *ciclo*.

La ***Reconstitución del Partido Comunista***, como movimiento político revolucionario del proletariado pasa por la ***Reconstitución de su ideología***, (del marxismo), Reconstitución que comienza con la crítica del viejo paradigma revolucionario, ya obsoleto, dentro del marco del ***Balance general del Ciclo de Octubre***, y con la búsqueda, sobre la base de los fundamentos del marxismo y de los resultados de ese balance, de una visión de la revolución y de sus requisitos más acorde con las leyes del socialismo científico. Ésta es hoy la tarea principal de la Vanguardia.

¡Realicemos el Balance del Ciclo de Octubre!

¡Reconstituyamos el Comunismo!

¡Reconstituyamos el Partido Comunista!

¡Preparemos la Revolución!

Debate por correspondencia

Asturias, Febrero de 2006

Por mediación de Borja, me ha llegado, no sin entusiasmo, la noticia de tu interés por nuestra reciente aunque consolidada Asociación José María Laso Prieto. Como bien te habrá informado el compañero, las líneas maestras de nuestras actividades se dibujan principalmente bajo el foco de atención que provoca el deseo por la divulgación de la filosofía materialista, así como de las ciencias particulares que, en su incorporación material como fuerzas productivas, configuran el esqueleto del estado del mundo actual.

En mis manos tengo un estimulante texto firmado por JMLS. Resulta difícil hacer una valoración relámpago de las tesis mantenidas en este manifiesto de forma mínimamente rigurosa. No obstante, no me gustaría cerrar la presente sin antes comentar algunos puntos concretos que el que aquí escribe considera importantes. Valga, por lo menos, como aperitivo filosófico para el establecimiento de una estrecha colaboración entre nuestro grupo de trabajo y el tuyo.

1. En primer lugar, considero sumamente acertado el modo con que se caracteriza en el texto la envoltura ideológica de nuestra realidad política, mediante la identificación de la leibniziana idea de los “mundos posibles” con la defensa cerril del marco ontológico del capitalismo actual. Es difícil no encontrar entre líneas una crítica destructiva de la celebrada tesis de Fukuyama: “El fin de la historia”; la imposibilidad de una transformación racionalizadora, además de universalista (internacionalista), del llamado mundo libre.

Es igualmente satisfactoria la referencia al problema de la inestabilidad e inseguridad de nuestro presente (guerras, terrorismo, amenazas...). Y esto, en mi opinión, porque es precisamente en dicho campo ideológico de batalla donde se libra uno de los más exitosos enfrentamientos contra los teóricos filocapitalistas que en nuestro días defienden desde una perspectiva emic (interna) la realidad política.

Porque, tal es aquí la tesis materialista, es específicamente la ideología de la Globalización aquel veneno suministrado, sobre todo por el Imperio de los Estados Unidos, para crear la APARIENCIA de la existencia Real de una ESFERA ÚNICA (el globo; la Idea de globalización ecuualizándose con la idea de mundialización) que protege a todos los ciudadanos “cosmopolitas” (nueva ficción) de las amenazas que pueden suceder. El capitalismo es el BIEN. Tras el derrumbe de la URSS se muestra a las claras la bendición de Dios a América

(salvo a la parte hispana, claro está, altamente peligrosa por su morfología moral, según otro chamán-ideólogo de la Administración Bush: Hungttington).

2. Ahora bien, quedando dicho todo la anterior... ¿es ajustado seguir defendiendo en el estrenado siglo XXI la tesis leninista del capitalismo agonizante? Cito: “la única salida para la humanidad del atolladero de guerras, explotación y mentiras en que nos ha enfangado el capitalismo es su destrucción”, “realidad objetiva tan poco favorable al capitalismo”. Por mi parte, no. Y, aunque rápidamente, trataré de darte un par de razones.

De un lado, la respuesta es negativa porque una vez desplomado filosóficamente, como consecuencia del fracaso “del abajo las armas” de Rosa Luxemburgo, ya previsto por la observación de Marx de que los obreros ingleses viven sobre los hombros de los obreros de otros países (observación que servirá de lanzadera para los contribuciones de Lenin: la coordinación, en oposición al Trotskismo y su sustantivación de las clases sociales, de la lucha de clases con la dialéctica de los estados), el edificio teleológico hegeliano del marxismo (recogido a su vez del molde histórico-filosófico agustiniano, aunque evidentemente con unos contenidos muy diferentes a los de otras doctrinas encastradas en tal molde, e introduciendo el análisis de las variables económicas mediante el estudio detenido de la valorización del capital que culmina cíclicamente el proceso) no podemos afirmar que el sistema capitalista vaya a desaparecer, como si fuésemos portadores de una escolástica “ciencia media”.

Además, la tesis del “capitalismo agonizante” se deriva de la ‘ley de la tasa decreciente de ganancia’, consecuencia del incremento paulatino del ‘capital de alta composición orgánica’, determinada por el ‘carácter anárquico de la producción’ que Marx pudo observar en su contexto histórico. Ahora bien, a partir de la crisis del Viernes Negro, e incluso ya antes, y principalmente después de la II Guerra Mundial, la producción capitalista deja de ser estrictamente anárquica: se establecen mecanismos encubiertos de planificación, tribunales de la competencia que evitan la tendencia natural a la concentración monopolística, inyección de dinero público en empresas privadas para evitar crisis..., etc. (precisamente una de las ficciones favoritas de los gurús neoliberales es pretender encubrir tales mecanismos mediante el recurso a la manida mano invisible. Muchas veces, además, empleándolo como arma arrojadiza contra gobiernos de países subdesarrollados).

Por último, expresándolo de forma sucinta, el estado actual de las ciencias no permite utilizar acriticamente una ontología, la marxista, que en cuanto a génesis se refiere dista mucho, temporalmente, de la realidad a la que nos enfrentamos: el marxismo es una filosofía crítica, no dogmática, e inmersa en el presente; dada en función de los desarrollos históricos y científicos, por lo que no puede extrapolarse tal cual (aunque nos apoyemos en ella y reconozcamos su magisterio) a un contexto cien años posterior a aquel en que se gestó como si no

hubiese ocurrido nada en medio (las guerras mundiales, la Física Relativista, la Mecánica Cuántica...).

Es por eso por lo que te doy mi más sincera enhorabuena al señalar que el marxismo no puede “quedar reducido a una filosofía meramente política”. Es decir, cualquier análisis político descansa en una ontología determinada (nosotros consideramos excelente la del ‘Materialismo Filosófico’ Gustavo Bueno, que puedes consultar en Internet en su obra MATERIA) y la ontología del llamado desde el estalinismo, ‘Marxismo-Leninismo’, queda anclada en una concepción del mundo limitada por las carencias que para nosotros tiene aquí y ahora la empresa filosófica de Engels (ANTI-DHÜRING) o Stalin (DIAMAT).

Confieso que en estos momentos surgen descaradamente un montón de dudas matices y consideraciones que haría esta carta un monólogo insufrible. Así que, para concluir, señalar por último que comparto la crítica realizada a los movimientos feministas, “por la igualdad”... y demás que, si bien cumplen una función polémica en la sociedad y recogen logros inmediatos, son incapaces de “apuntar a las bases mismas del sistema” y, como consecuencia, son asimilados por el propio capitalismo de nuestras sociedades políticas.

Así pues, llega la hora de la despedida. Sería de mi agrado que, a poder ser, contestaras a esta modesta carta.

Un saludo

Juan Antonio González Ponte.

Presidente de la Asociación *José María Laso Prieto*.



Madrid, 19 de julio de 2006

Juan Antonio González Ponte.

Presidente de la Asociación Cultural *José María Laso Prieto*.

Facultad de Filosofía de la Universidad de Oviedo.

Por fuentes indirectas —que no vienen al caso— hemos sabido de su amigable polémica con JMLS acerca de cuestiones cardinales relacionadas con la realidad que nos depara el actual sistema económico y político, con la necesidad de combatirlo y superarlo y, en primer término, con el debate sobre cuál debe ser el punto de partida teórico desde el que elaborar el discurso político adecuado a este fin. Aunque en nuestro ánimo ha gravitado el temor a que se nos tildara de entrometidos ineducados por intervenir de improviso y sin invitación previa en ese debate, más ha pesado finalmente la responsabilidad hacia los deberes que, como destacamento comunista, nos imponen las tareas de construcción de un movimiento revolucionario del proletariado; y como consideramos que la primera piedra de esta obra debe ser cincelada por el escoplo de la teoría, no hemos podido resistir la propia presión que nos impulsa a querer aportar nuestro pequeñito grano de arena en todo debate que, como el suyo, aborda lo que para nosotros son los problemas candentes de nuestro movimiento. En este sentido, nos ha empujado el comprobar la claridad con la que usted ha definido el territorio principal que debe atraer la atención de la vanguardia, el “campo ideológico de batalla”, y nos ha animado aún más el hecho de que un sector de la joven intelectualidad se interese y esté dispuesto a participar, para bien o para mal, en controversias que, por la problemática que suscitan, lindan tanto con la definición de los intereses del proletariado como clase social y con todas aquellas cuestiones cuya solución debe permitir la superación de la esclerosis teórica que sufre el marxismo (el comunismo revolucionario) y el desbloqueo del movimiento obrero como potencia real capaz de oponer una alternativa al sistema capitalista. Nos congratulamos, por tanto, por el retorno de los intelectuales a las controversias del movimiento obrero revolucionario —en las que siempre participaron y cuyo abandono no deja de ser un elocuente signo de los tiempos que corren— y esperamos que su contribución sea inspiradora y ayude a combatir el espíritu de esta época, dominada por el practicismo, el pragmatismo y el posibilismo, que también embriagan a la vanguardia obrera, sumida en la moral acomodaticia y en la mediocridad intelectual, que le empujan a estériles y recurrentes disputas sobre lugares comunes e insensateces que hace mucho ya que le impiden avanzar un solo paso.

Respecto a su carta, nos apresuramos a situarle que, ante todo, no estamos de acuerdo, naturalmente, con su tesis principal, a saber, que el marxismo —o el marxismo-leninismo— no puede servir de fundamento teórico de la empresa que se imponga la superación del capitalismo. Sin embargo, no negamos que entre nuestras diferencias puedan hallarse elementos comunes, pues estamos de acuerdo con usted en que, si reducimos el marxismo al *Anti-Dühring* y al *Diamat*, la cosa “queda anclada en una concepción del mundo limitada” por innumerables “carencias”. Debería resultar obvio que el marxismo no es reducible en esos términos; pero tampoco podemos negar que ha sido nuestro propio movimiento, a lo largo de su historia, quien en primer lugar ha cometido tal descalabro ideológico. No debe ser usted, por tanto, el primer destinatario del reproche acusador por simplificar o caricaturizar el marxismo, si bien en su resumen crítico del mismo ha demostrado que también adolece del defecto que se persigue: usted también identifica marxismo con una visión estereotipada del pensamiento de Marx, Engels, Lenin... incluso Stalin (por citar sólo a los marxistas a los que usted alude). Por consiguiente, estaríamos de acuerdo en que el marxismo heredado tras el “desplome” político-ideológico que culminó con la *caída* del Muro de Berlín es insuficiente, pero no estamos de acuerdo en que, en consecuencia, haya que buscar en otra parte. Para nosotros, la primera tarea de la vanguardia revolucionaria consiste en poner al día, en Reconstituir el marxismo como doctrina revolucionaria, como *teoría de vanguardia*; y el argumento del supuesto anacronismo o de la pretendida extemporaneidad del pensamiento de Marx y Engels no nos parece ni convincente ni sólido; tanto más por cuanto la realidad de todos los días demuestra que no ha surgido ninguna nueva concepción del mundo que pueda sustituirle. ¿Quiénes dominan hoy el proscenio ideológico y cultural? El neoliberalismo, hijo del siglo XVIII, y el islamismo, anclado aún en plena Edad Media (por no hablar del indigenismo milenarista de Marcos o Morales). ¿Son éstas, acaso, propuestas más innovadoras o más *modernas* que el marxismo? Por supuesto que no. Y el materialismo a lo Gustavo Bueno que usted propone, ¿aporta algo novedoso respecto del materialismo ilustrado francés salvo la incorporación de los avances de la Física (y no de toda la ciencia, que el horizonte visual de Bueno no abarca)? Creemos que tampoco. Sí compartimos con usted, empero, la exigencia de que toda filosofía que pretenda situarse en vanguardia e inspirar todo proyecto político de transformación social no sólo no debe limitarse a ser una “filosofía crítica”, sino que debe de ser capaz de incorporar “el estado actual de las ciencias”, y, para nosotros, también la experiencia política de la historia de los intentos en esa transformación. A diferencia de usted, creemos que sólo el marxismo posee el marco gnoseológico y ontológico adecuado para *ponerse al día* en esto, ya que es la única doctrina que no sólo es revolucionaria respecto del mundo, sino que incluso su naturaleza epistemológica le permite —gracias a su dimensión práctica— revolucionarse permanentemente también como teoría sin poner en cuestión las premisas de las

que parte. El marxismo es capaz de desarrollarse a la par que se desarrolla el mundo. Por esta razón, no es posible reducir el marxismo, como usted termina haciendo, a una “filosofía crítica, no dogmática”, porque este punto de vista sólo contempla la relación de la doctrina con el mundo objetivo exterior, pero no la relación de la doctrina consigo misma. Para ello, es preciso contemplarla, al mismo tiempo, como concepción del mundo, como *sistema del mundo*, como cosmología, como ontología de la totalidad (y nos alegramos, en este sentido, de que usted salude a quienes no queremos que el marxismo quede “reducido a una filosofía meramente política”).

Teniendo todo esto en consideración, afirmamos que el marxismo es una unidad dialéctica y contradictoria de *crítica* y *sistema*. Desde el punto de vista epistemológico, esta contradicción es el motor de su desarrollo teórico. Es cierto que Marx desdeñó siempre someterse a un sistema y que toda su actividad se encaminó por los derroteros de la crítica y de la política; sin embargo, hoy sabemos que en su labor se apoyaba en las conclusiones más o menos sistematizadas a que le habían conducido su crítica de Hegel y de la izquierda hegeliana y sus primeros contactos con el socialismo y la teoría económica burguesa, conclusiones vertidas en un manuscrito de “dos gruesos volúmenes en octavo”, dejado “a la crítica roedora de los ratones” y publicado póstumamente con el título de *La ideología alemana*, en el que se expone por primera vez el *materialismo histórico* como método de pensamiento. De la misma manera, sabemos que Engels estuvo mucho más preocupado que su compañero por las necesidades de sistematización de la nueva concepción del mundo, y que en este afán amplió aún más el radio de acción de la nueva filosofía al traspasar la frontera entre sociedad y naturaleza (*materialismo dialéctico*). Igualmente, resulta notorio que sus seguidores, posteriormente, optaron, en general, por una u otra de entre ambas opciones: o la crítica —ya sea acompañando a una actividad política, como en Lenin, ya acompañando a una actividad teórica, como Lukács o los francfortianos—, o la sistemática —en el sentido de la escolástica soviética o de otros teóricos como Politzer, Althusser o Lefebvre—. Pero lo importante, hoy, una vez concluido el ciclo de experiencias que abrió la Revolución de Octubre, es que es posible superar los puntos de vista unilaterales sobre el marxismo que hasta ahora han predominado bajo la forma de multitud de escuelas y corrientes. El marxismo nació en pañales, y durante décadas fue desarrollándose y madurando. Es falso —como se ha interpretado casi siempre— que el marxismo naciera ya terminado. Esto permitió que fuera contemplado más como el pensamiento de unos señores que como el pensamiento de una clase en evolución (en lucha), y dio pábulo tanto al escolasticismo y al doctrinarismo como al liberalismo hermenéutico e intelectualista. Toda esta experiencia, sin embargo, le ha permitido alcanzar la suficiente madurez como para superar ese dualismo y hallar la unidad teórica como ontología, es decir, para encontrar su unidad interna

como teoría, por un lado, y para situarse en la posición adecuada para materializarse en la práctica, o sea, para encontrar la unidad entre teoría y práctica, por otro. La búsqueda de aquella unidad es, dicho sea de paso y en estos términos tan generales, el objetivo último del Plan de Reconstitución del comunismo que defiende nuestro partido. Y no nos cabe la menor duda de que la forma real, concreta y material en que tomará cuerpo este proyecto será la del Partido Comunista (entendido como movimiento revolucionario del proletariado, no simplemente —como hasta ahora— como aparato político).

Respecto a la “empresa filosófica de Engels”, ciertamente uno de los aspectos más controvertidos del marxismo, por cuanto está relacionada con la construcción del marxismo como *sistema*, es decir, como concepción del mundo, léase, como ideología de clase independiente, y que, por ello mismo, ha provocado el rechazo de todos y cada una de las corrientes burguesas que han coqueteado de una u otra manera, en lo político o en lo teórico, con el marxismo, y también por cuanto a los riesgos que implica la ambiciosa empresa de construir una cosmología como *reflejo* teórico del mundo, no dudamos de que el colega de Marx cometió errores, incluso errores graves y de principio. Esto lo deberá resolver el Balance de la experiencia histórica del Ciclo de Octubre, parte integrante de nuestro Plan de Reconstitución. Pero tampoco dudamos de la legitimidad de aquella empresa y de que aún es un asunto pendiente cuya solución forma parte integrante e imprescindible de la construcción de todo movimiento obrero consciente. La visión del marxismo como concepción del mundo es, quizá, uno de los principales aportes de Engels a la ideología proletaria, conquista, ésta, a la que no es posible renunciar. Por lo que se refiere a esos errores, la cuestión consiste en si son achacables a las bases arquitectónicas del marxismo mismo o bien deben atribuirse a prescindibles elementos de moda (cuya incorporación y adaptación fue acentuada y desarrollada mucho más por epígonos como el kantiano Bernstein o el darvinista Kautsky, impregnando y conformando la doctrina socialista a largo plazo y determinando la formación ideológica de varias generaciones de dirigentes revolucionarios). En nuestra opinión, este último fenómeno cobró una importancia decisiva. Desde su nacimiento y en su desarrollo, el marxismo incorpora, en función del estado y de las necesidades de la lucha de clases, elementos teóricos que no encajan del todo en su estructura conceptual, pero a la que se adhieren provisionalmente porque le ayudan a ejercer el papel de teoría de vanguardia. Esto significa que el marxismo no es una teoría independiente del saber en general y de la ciencia en particular, sino que se desarrolla en confrontación crítica con ellos, y que, por consiguiente, no existe, como se pretendió (Bogdanov, Zhdanov, Michurin...), ninguna *ciencia proletaria*. En segundo lugar y más importante aún, esto significa, también, que el *primum mobile* del marxismo, su razón de ser, lo que define su carácter aparte con un proyecto social diferenciado, no es de naturaleza gnoseológica, sino

antropológica (herencia feuerbaquiana, probablemente): su actividad no está motivada por la *búsqueda de la verdad*, sino por la *búsqueda de la humanidad*, si se nos permite decirlo así —previniendo contra toda interpretación *humanista* de esta aseveración—, no por el conocimiento del mundo —imperativo de la burguesía, que necesita desarrollar las fuerzas productivas para sobrevivir—, sino por su transformación en otro donde puedan desplegarse todas las potencialidades humanas. El saber no es un fin, sino sólo un medio: se conoce el mundo no para el disfrute estético de la contemplación platónica de su *perfección* (pulsión intelectual que indujo a Einstein a buscar la fórmula que expresase la belleza de la unidad del universo), sino para revolucionarlo y cambiarlo (ver tesis XI sobre Feuerbach). Por cierto, de aquí ya podrá usted intuir que no admitimos ninguna posible interpretación finalista del marxismo, que no hay ningún “edificio teleológico hegeliano del marxismo”, como usted dice. No puede negarse que la filosofía de la historia de Hegel esté en la base del materialismo histórico, sin embargo, el marxismo otorga el papel protagonista no a la Idea o a la Razón, sino a las clases y a la lucha de clases; y al hacer esto, trastoca tanto el esquema como el sentido que Hegel da a su visión de la historia. Independientemente de que algunas corrientes seudomarxistas hayan puesto el acento en un supuesto carácter necesario e inmarcesible de los procesos sociales, representando una evolución lineal de la historia, con la velada intención de justificar un determinado *statu quo* político (el del poder usurpado por la nueva burguesía en los países socialistas, que así autolegitimaba su nueva posición de clase dominante como resultado necesario de la historia), para el marxismo lo decisivo es el factor subjetivo-práctico (ver tesis I sobre Feuerbach), la voluntad de las clases —únicos actores reconocidos y reconocibles— por forjar sus propios proyectos. Naturalmente, esa acción de los sujetos colectivos estará determinada y limitada por las condiciones objetivas, pero éstas son sólo el material disponible sobre el que laborar y labrar el objetivo, como el artesano que sobre la arcilla moldea el plan que ha ideado en su mente y que se va adaptando a las cualidades de la materia que trabaja. Para expresarlo de modo resumido, el capitalismo crea condiciones materiales para el comunismo, cierto; pero no existe ninguna ley que obligue a esa evolución, no existe ninguna ley natural por la que el capitalismo se transforme en comunismo (en todo caso, sí existen leyes *sociales*, o sea, experiencias de la práctica social de los hombres resumidas teóricamente como conjunto de principios, normas y requisitos que pueden orientar esa transformación, conjunto al que nosotros denominamos *socialismo científico*). Éste, el comunismo, advendrá sólo si así lo desean los hombres. Verdaderamente, la única alternativa posible, como dijera Marx, consiste en elegir entre *socialismo o barbarie*. Las posibilidades son limitadas, pero se trata de una alternativa real entre cuyas opciones son los hombres quienes deben elegir (y asumir las consecuencias de su elección). Por último, desde el punto de vista ontológico —parece que nadie ha reparado en ello—, si el marxismo no presupone ni necesita presuponer un *arjé*, si prescinde

de todo principio, tampoco tiene porqué inferir ni necesitar inferir un *télos*, la prefiguración de una finalidad del ser distinta del devenir (el devenir, el movimiento, fue el único *absoluto* que admitió Engels). Es por esta razón que el marxismo no habla ni puede hablar de una direccionalidad de la historia, ni de una intención o sentido de las cosas, sino sólo del siguiente paso del movimiento general de la materia, el comunismo, que no se pretende, ni mucho menos, como su meta.

Pero retomemos la “empresa de Engels” y el problema de la naturaleza epistemológica del marxismo y de su desarrollo teórico. No hay duda de que es Engels quien comienza manifestando ciertas influencias positivistas, así como cierta deriva fatalista que, a nuestro entender, se deben más a ese positivismo que habla de leyes objetivas e independientes que amenazan con sustraer el papel de sujeto a la voluntad del hombre, que a la influencia de Hegel —o que, en todo caso, es resultado de ambos—. Es cierto, pues, que la desviación determinista es tan temprana como inevitable en el marxismo; tanto, que aparece incluso en su fase de formación; y es cierto, también, que esta concepción, extraña pero adaptada, contribuirá en gran medida a configurar el *pathos* ideológico del primer marxismo y será donde se apoye la tesis que usted denomina del “capitalismo agonizante” o, lo que es lo mismo, del *derrumbe capitalista* —que no es de Lenin, como usted apunta, sino de la socialdemocracia occidental, principalmente del austromarxismo, y que fue adoptada *de facto* por toda la II Internacional, incluyendo al bolchevismo—, tesis extrapolable directamente, y sin el permiso de Marx, de la ley de la tendencia decreciente de la tasa de beneficios expuesta en *El capital* (no olvidemos las contratendencias de las que habla Marx en el capítulo correspondiente que, bien leído, hace depender el predominio de una o de las otras más a la lucha de clases que a la supuesta inevitabilidad de la ley). Es ese marxismo, dominante durante el pasado ciclo histórico, ya en bancarrota, el que es preciso depurar de esos elementos conceptuales adheridos y que contribuyeron a conformar el *paradigma revolucionario* vigente durante el Ciclo de Octubre (1917-1991). En nuestra opinión, este paradigma revolucionario, modelo que guiaba la visión que la vanguardia proletaria tenía de la revolución, de sus mecanismos y procedimientos, fue construido en gran parte en medio de la influencia del prestigio creciente de las ciencias naturales desde la segunda mitad del siglo XIX. No olvidemos que Engels insiste en recordar que el socialismo *científico* (adjetivo imprescindible en la época para toda teoría con expectativas) aparece en la misma época de la publicación de *El origen de las especies*, del descubrimiento de la célula y del principio de transformación de la energía. Si a esto le sumamos la escasísima escuela práctica que tenían la revolución y los revolucionarios, que en muchos casos se inspiraban en modelos precedentes —sobre todo, el de la Revolución francesa—, podremos comprender la multitud de defectos con que fue construido el primer paradigma revolucionario del

proletariado, su crisis actual y la necesidad de la vanguardia de recomponerlo a la luz de la experiencia teórica y práctica de la lucha de clases de este último siglo.

La base teórico-conceptual de ese paradigma se encontraba en la denominada *teoría de las fuerzas productivas*, interpretación vulgar y mecanicista del materialismo histórico que partía de dos premisas erróneas —tan ajenas a la coherencia interna del marxismo como extendida entre sus seguidores— cuya lógica perjudicó gravemente a los planes revolucionarios del proletariado: la tecnología como variable independiente y como motor de la historia, y el espontaneísmo como expresión fenoménica del desarrollo social. Fue en este marco conceptual donde encajó como un calcetín la tesis del *derrumbe*, de que el capitalismo caería por sí sólo, de que sería el estallido revolucionario espontáneo de las masas quien escenificaría ese derrumbe y de que el advenimiento del socialismo es inevitable. En este escenario, por supuesto, el papel de la conciencia es relativo, y la acción del sujeto político subsidiaria y subordinada a los acontecimientos, que se le presentan como potencia ajena y determinante. Con este paradigma, lógicamente, el movimiento comunista fue derivando hacia el posibilismo y el pragmatismo, que se traducen siempre políticamente en oportunismo y reformismo, hasta empantanarse en las arenas movedizas que hoy le tienen paralizado. No cabe duda, tampoco, de que la construcción de este paradigma fue facilitada por textos del propio Marx (no sólo Engels y su *Anti-Dühring*, como vemos), como el famoso *Prólogo* a la *Contribución a la crítica de la economía política*, exposición tan esquemática del materialismo histórico como exacerbado su uso por los epígonos, de cuya interpretación vulgar se apresuraba Marx a desmarcarse, según nos cuenta Engels, diciendo que él no era marxista.

Aunque es cierto que no se puede culpar al maestro de todo lo que hacen sus alumnos, y reconociendo que éstos, en su mayoría, profundizaron en las desviaciones a que inducían influencias teóricas extrañas, aquí lo importante es reconocer que la primera formulación de la doctrina proletaria, con Marx y Engels, ya incluía componentes, e incluso problemáticas, no consustanciales. Y más importante aún es comprender, por un lado, que esa articulación más o menos afortunada de proposiciones heterogéneas impondrá, a largo plazo, limitaciones en la capacidad del discurso marxista para responder ante fenómenos nuevos sin atentar contra sus propios presupuestos teóricos (problema que irá cristalizando en la conformación de un paradigma revolucionario de corte positivista, con graves carencias desde el punto de vista dialéctico y de la crítica revolucionaria); y, por otro lado, que esas limitaciones (que en parte son inevitables, y esto es muy importante, en la medida que el proletariado construye su concepción del mundo, en cada una de sus fases evolutivas, desde la crítica de la de la burguesía, desde la negación de lo dado previamente) expresan, también, tanto el grado de desarrollo alcanzado por la lucha de clases del proletariado, como el estado en el que se

encuentran las relaciones de la clase obrera con las otras clases en cada momento (esto es fundamental y perderlo de vista sería atentar contra el propio materialismo histórico, algo que han olvidado siempre los marxistas: aplicar el marxismo al marxismo, el materialismo dialéctico a su doctrina). Pues bien, desde nuestro punto de vista —y considerando correcta la tesis marxiana de que el proletariado aparece como clase independiente en la historia a partir de 1848—, el primer marxismo es fiel reflejo de la inmadurez de esos dos aspectos: tanto el escaso desarrollo histórico de las luchas obreras, como la bisoñería del proletariado como clase social de vanguardia. Tal inmadurez se pondrá de manifiesto sintomáticamente a través de la inclusión en el discurso marxista de determinadas soluciones teóricas que pasarán a formar parte estructural del mismo durante todo el ciclo revolucionario como elementos de la arquitectura del paradigma revolucionario vigente en él. No nos detendremos en el análisis pormenorizado de esto; solamente, indicaremos que la adopción en muchas ocasiones del punto de vista positivista suponía la aceptación *sub iudice* del dualismo ontológico en la relación ser-conciencia (consustancial a la labor científica), cuando el materialismo histórico parte del supuesto monista de la sociedad como fusión hombre-naturaleza desde la actividad práctica productiva. Esta dualización ya fue detectada por algunos críticos burgueses, pero ningún marxista quiso o supo resolver la contradicción intrínseca que planteaba. Desde luego, empresas tan absorbentes como la elaboración de *El capital* y el papel de este libro en el conjunto de la obra de Marx y Engels, dieron pie a las interpretaciones que pretendían reducir el marxismo a la actividad teórica, descuidando su faceta práctico-revolucionaria, o al menos, obstaculizando la posibilidad de hallar un modo de unificar teoría y práctica más allá de la voluntarista *filosofía de la acción* burguesa. Es en este punto donde cobra importancia la introducción de problemáticas como la de la *falsa conciencia*, que usted toca en su carta con evidente preocupación y que, no nos cabe duda, también formó parte de las preocupaciones de un hegeliano como Marx durante toda su vida, desde el joven escritor de *La ideología alemana* hasta el autor maduro de *El capital*. Sin embargo, la sustantivación de este tipo de problemáticas en la construcción del discurso abrió la puerta a la influencia del positivismo y a su introducción desequilibradora a la hora de la elaboración conceptual y del cierre de los debates teóricos. La necesidad de presentar al marxismo como ciencia, o como ciencia de las ciencias, o como gran filosofía contenedora del saber científico, fue el correlato del triunfo de quienes lo observaban como instrumento para conocer el mundo, más que para transformarlo, de quienes veían el saber como *centro* de la actividad de la vanguardia y no sólo como *momento* de esa actividad. De este modo, terminó cobrando cuerpo la diferenciación entre *hacer* y *conocer* en el movimiento revolucionario, con la consiguiente sacralización de la división del trabajo (entre teoría y práctica, entre ideología y política, entre vanguardia y masas...) en su

seno: al dualismo ontológico se sumó el dualismo gnoseológico en el marxismo. Para éste, en cambio, el conocimiento del mundo no es algo distinto ni está separado de la revolucionarización del mundo. Conocer y transformar son uno y el mismo proceso, proceso en el que sujeto y objeto experimentan una mutua y permanente transformación. Esto, naturalmente, excluye la posición del sujeto como mero observador objetivo que exige la ciencia. Precisamente, el marxismo nació como crítica y superación de esa posición de la conciencia (desde la crítica del materialismo de Feuerbach, para algunos, padre del positivismo alemán). El marxismo consecuente, por tanto, implica la construcción de una forma de conciencia que supera, a la vez que contiene (según el término hegeliano *Aufhebung*), a la ciencia y que no se reduce a ella, como han pretendido todos los marxistas, grandes y pequeños, del pasado y del presente —como si ésta fuera la única manera de darle un marchamo de respetabilidad—, forma de conciencia que sólo puede describirse como *praxis revolucionaria*.

A los paladines de la cientificidad del marxismo les pasa desapercibido que la ciencia es también un producto histórico, que es una forma de conciencia que se extiende coincidiendo con el ascenso de una nueva clase social, la burguesía, a partir del siglo XVII, y que, en general, refleja la concepción del mundo de esta clase (su forma más pura, acabada y consecuente). Absolutizar la ciencia como forma superior del saber o como forma de conciencia *neutra* significa atentar contra los fundamentos del materialismo histórico, tanto como subordinar la teoría proletaria a la ideología burguesa. Y ésta ha sido, precisamente, la nota dominante en nuestro movimiento durante todo el ciclo histórico pasado. Por consiguiente, el predominio de problemáticas del tipo de la *falsa conciencia* supuso la constricción positivista del marxismo y terminó descomponiendo su unidad y coherencia internas. Intentos legítimos de regeneración, como el del joven Lukács o el de Gramsci, quienes comprendieron el déficit dialéctico del marxismo de su época, aparte de por otros errores importantes, se malogran precisamente por abordarse desde este tipo de problemáticas. Marx ofreció una imagen de la sociedad como círculo cerrado en el que la modificación de las circunstancias y de la conciencia de los hombres no podía ser concebida más que de manera simultánea (ver tesis III sobre Feuerbach). Criticaba al materialismo vulgar por pretender esperar a que cambien primero las circunstancias para que cambiase después la conciencia, olvidando que “son los hombres, precisamente, los que hacen que cambien las circunstancias y que el propio educador necesita ser educado”. Pero la desviación positivista del marxismo rompe ese círculo al introducir *ad hoc* a la ciencia como educador y al sustraer a la “práctica revolucionaria” el papel de constructor tanto de las circunstancias como de la conciencia. Y si el educador no es a la vez educando, si introducimos un punto de fuga en el ciclo social, si buscamos una respuesta inmediata a la pregunta retórica de *¿quién educa al educador?*, entonces, no sólo

toda la actividad social se dirigirá hacia ese punto de fuga, consagrando a la ciencia, al saber y la verdad, como objetivo de esa actividad, no sólo se retomaría, así, el programa racionalista de la vieja burguesía ilustrada, sino que también, al mismo tiempo, se abandonaría el programa revolucionario del marxismo. De este modo, la unidad gnoseológica del *conocer transformando*, que traducía coherentemente el monismo ontológico del marxismo, fue sustituida por la dualidad del *conocer para transformar*, que terminó separando al pensar del ser.

A diferencia de su dualización ontológica, la dualización gnoseológica del marxismo ha sido mucho menos evidente para sus críticos. De hecho, en nuestra opinión, sólo ha sido posible detectarla una vez que el ciclo revolucionario se agotó y el paradigma teórico que le sirvió de guía quebró. En cualquier caso, todas estas deficiencias expresan, como hemos dicho, la inmadurez de la lucha de clases del proletariado, su inmadurez como clase revolucionaria, que necesitaba recurrir a las formas avanzadas del pensamiento contemporáneo para terminar de construir su concepción del mundo. Sin embargo, esta dependencia reflejaba, también, la posición subordinada de esta clase con respecto a determinados sectores de la burguesía en determinadas esferas de la actividad social, importantísimas desde el punto de vista de la conquista de los puestos de vanguardia social. En particular, aunque en las luchas económicas y políticas el proletariado fue adoptando, poco a poco, la posición de vanguardia efectiva del proceso social a lo largo del transcurso del ciclo, en el plano teórico nunca demostró la misma independencia. Así, la participación de los marxistas revolucionarios en la mayoría de los grandes debates teóricos (Kautsky, Plejánov, Luxemburg, Lenin...) se realizó desde las estribaciones del materialismo, no desde las del materialismo dialéctico. Esta nueva rebaja del marxismo vino impuesta por el escenario en el que se vio obligado a actuar. Este escenario, que domina todo el ciclo, está ocupado casi siempre por el enfrentamiento general entre el idealismo filosófico, con sus distintas corrientes y escuelas, y el materialismo. Durante todo el periodo permaneció vigente la necesidad de combatir las distintas formas del pensamiento idealista y de desbrozar el terreno cultural para que se consolidase una concepción del mundo acorde, no ya con la incorporación de las masas proletarias a la vida civil y política, sino incluso con los logros de la propia revolución burguesa. En esta alianza del proletariado con los sectores radicales y democráticos de la burguesía, los marxistas ocuparon siempre el ala izquierda del materialismo filosófico; pero utilizaron armas y argumentos ajenos, no pudieron dirigir en ningún momento las hostilidades en esa guerra, que no era suya por completo, y pospusieron el desarrollo del materialismo dialéctico en virtud de las necesidades del triunfo del materialismo burgués. De este modo, y en resumen, si la inmadurez revolucionaria del proletariado se reflejó en la dualización óntico-gnoseológica del marxismo, sus

insuficiencias como clase de vanguardia se tradujeron en la reducción epistemológica de su discurso.

Éste es el estado en el que se encuentra el marxismo que hemos heredado del Ciclo de Octubre. Su postración actual, sin embargo, no excluye su utilidad como instrumento de transformación social, a condición de que los sectores de vanguardia lo sometan a un programa de Reconstitución que lo sitúe a la altura de la experiencia histórica de la lucha de clases del proletariado y que le permita dotar a éste de la completa independencia política e ideológica como clase. Desde nuestro punto de vista, el eje estratégico de esta obra es el Partido Comunista (y no, precisamente, el partido del personaje que da nombre a la Asociación que usted preside), institución social —mejor dicho, movimiento político— cuya construcción, desde la comprensión cabal de su naturaleza, permitirá la solución de las deficiencias a todos los niveles que arrastran el marxismo y el proletariado revolucionario y que acabamos de describir. Igualmente, el primer paso de esta empresa consiste en la Reconstitución ideológica del comunismo, que comienza con la crítica del viejo paradigma revolucionario ya obsoleto, dentro del marco del Balance general del ciclo, y con la búsqueda, sobre la base de los fundamentos del marxismo y de los resultados de este balance, de una visión de la revolución y de sus requisitos más acorde con las leyes del socialismo científico. Creemos haber comenzado ya a demostrar la justeza de esta tesis (al menos, su mayor correspondencia con el marxismo en comparación con las demás corrientes que conforman hoy el movimiento comunista), argumentada y defendida en los documentos fundamentales donde se formula nuestra línea política, principalmente, la *Tesis de Reconstitución del Partido Comunista* y *La nueva orientación en el camino de la Reconstitución del Partido Comunista*.

En relación con la posibilidad de otras alternativas, distintas del marxismo, para la “transformación racionalizadora, además de universalista” del mundo, permítanos referirnos brevemente a la declaración de principios de su carta, que define “las líneas maestras” de la actividad de su Asociación en los términos de “la divulgación de la filosofía materialista, así como de las ciencias particulares que, en su incorporación material como fuerzas productivas, configuran el esqueleto del estado del mundo actual”. Ni qué decir tiene que, después de todo lo que ha ocurrido en el último siglo, este manifiesto ingenuo de corte cientificista-positivista queda bastante trasnochado. Ya no sólo la burguesía mudó su optimismo racionalista con la crítica *posmoderna* de la ciencia (crítica reaccionaria en un sentido, pero necesario tener en cuenta en otros), sino que, incluso el marxismo, la forma más acabada del racionalismo, como hemos tratado de demostrar, debe abordar la crítica de lo que recogió y de lo que incorporó de esa falsa ilusión sobre las posibilidades de la ciencia y del productivismo económico. Desde el punto de vista político, por otra parte, el programa de su

Asociación nos recuerda a las Sociedades de Amigos del País jovellanistas, que crearon la aristocracia ilustrada y la burguesía reformista en el siglo XVIII español, con el mismo afán regeneracionista y con los mismos objetivos culturalistas (recuerde: ¿quién educa al educador?) a la vez que economicistas que ustedes proclaman. Con todos los respetos, consideramos necesario reseñar, una vez más, que no existe propuesta transformadora más *moderna* ni avanzada que la del marxismo, aún reconociendo que también necesita ser puesta al día, y que no es posible apoyar toda empresa revolucionaria en otra clase distinta del proletariado.

No queremos terminar esta larga misiva, aunque suponga abusar en exceso de su paciencia, sin ofrecerle una primera opinión de la filosofía sobre al que, según usted, descansa su quehacer político y el de su Asociación, el “materialismo filosófico” de Gustavo Bueno. Nos remitimos únicamente, según su propia sugerencia, al trabajo titulado *Materia*. No consideramos el conjunto de la obra de Gustavo Bueno, que no conocemos suficientemente, ni al Gustavo Bueno metido a tertuliano televisivo, que nos parece nefasto.

En primer lugar, nos parece muy acertada la crítica que dirige Bueno a la corriente materialista que considera sólo “la realidad de los entes que existen más allá de nuestro pensamiento”, dentro de la cual sitúa a Lenin, porque “esta definición sugiere que la subjetividad no es materia”. Esta crítica resume magníficamente las deficiencias de los marxistas y describe a la perfección el reduccionismo a que sometieron al marxismo, del que ya hemos hablado. Desde luego, es una posición excelente para dar el siguiente paso y dirigirse por la senda del materialismo dialéctico. Sin embargo, Bueno opta por continuar una senda opuesta y estropea todas las posibilidades de esa crítica cuando afirma que esa visión del materialismo “puede ser aplicada por un espiritualista a los entes que nos son materiales”, como el Dios de Tomás de Aquino, por ejemplo. Falsea, así, los presupuestos y la naturaleza de esa corriente materialista, al mismo tiempo que adultera su propia crítica y dinamita sus posibilidades. Prefiere, entonces, elaborar una definición *pura* de materia considerando como último referente a la ciencia; mejor dicho, a la tecnología. Pero el “contexto tecnológico” en el que Gustavo Bueno quiere construir su concepto de “materia determinada” no es más que un espacio especulativo, mezcla de positivismo y metafísica, en el que modela un concepto de corte escolástico, con toda su parafernalia categorial de “atributos” y “géneros”. Bueno critica el concepto engelsiano y leniniano de materia como abstracción de la multiplicidad de lo concreto, pero, en su intento, él apenas hace algo distinto de un esfuerzo de abstracción y generalización de los resultados de algunas ciencias naturales (Matemáticas, Física y algo de Química —Bueno apenas tiene en cuenta las ciencias que tienen por objeto las formas superiores de la materia: la Biología y la sociedad).

Bueno se ha hecho prisionero del dualismo que domina casi todo el pensamiento burgués cuando separa el ejercicio materialista de la ciencia del carácter “meta-científico”, filosófico, de su prueba. Y al dualismo gnoseológico burgués corresponde siempre el pluralismo ontológico. Bueno sigue fielmente este itinerario. Para él, “la materia determinada no incluye la unidad de continuidad entre todas sus especificaciones, puesto que su concepto es compatible con un universo constituido por materias determinadas irreductibles, por círculos disyuntos de materialidad”. De aquí se deduce la segunda crítica que queremos situar, a saber, que el pluralismo de Bueno no sólo niega todo materialismo monista, incluido el marxismo, sino también, y sobre todo, el concepto de *movimiento* aplicado a la materia (es decir, el materialismo dialéctico). Esto implica la representación de un universo estático (algo que se da de bruces con la evidencia científica), la sanción de lo dado como necesario e inevitable (léase: el mercado, universo concurrencial de particulares, “disyuntos” e “irreductibles” entre sí por mor de la propiedad privada), y una idea de progreso de corte positivista e intelectualista, según la cual, puesto que la materia no evoluciona, sólo su conocimiento es lo que avanza. Aunque Bueno reconoce el valor del intento de Engels por conectar “los conceptos de materia y movimiento”, rehuye, una vez más, la posibilidad de caminar por el sendero que ante él abre el marxismo y nos ofrece una concepción del mundo conservadora, que no supera el marco del pensamiento burgués y que niega la revolución, la posibilidad de la transformación de la materia, el reconocimiento de que lo nuevo surge de lo viejo y de que comparte con éste su misma naturaleza, que es, en el fondo, una, universal (monismo).

Terminamos aquí esta larga carta, esperando no haberle parecido demasiado insolentes y albergando la esperanza de haber aportado algún elemento de reflexión que, sin duda alguna, nos gustará compartir con usted, si es que desea mantener abiertos este debate y el canal de comunicación con nosotros.

Sin más y esperando tener pronto noticias tuyas, reciban un saludo y nuestros mejores deseos para su labor académica y asociativa.



Partido Comunista Revolucionario

Arrepublicanados

Por sus peculiaridades, consecuencia, entre otras cosas, de arrastrar la desastrosa herencia de un imperio, la revolución burguesa en España pergeñó un tipo político singular, producto peculiar de la tierra, con denominación de origen y sello de patente, prototipo de ponderación pacata en política y de visionario miope: el *afrancesado*. *Afrancesados* llamaban a los colaboracionistas de la ocupación napoleónica durante lo que se conoce como *Guerra de la Independencia*, que no es decir mucho, porque entonces lo hubiera sido casi todo el mundo. El *afrancesado* consecuente, el que acompañó como exiliado la retirada de la *Grande Armée*, sin embargo, era el admirador de la Francia posrevolucionaria, de la Francia depurada de jacobinismo que había entrado en la normalidad burguesa a través del Código Civil napoleónico, la parte de la *intelligentsia* godofista que deseaba abrir España a la modernidad según el canon entre girondino y aristocrático de la nueva elite dirigente francesa fabricada a la carta por el emperador. Perteneciente a las clases medias, profesional o funcionario generalmente, el *afrancesado* será el ilustrado vernáculo de última hornada, epílogo de una corriente de pensamiento escuálida en su versión patria y siempre a remolque de su casa madre Francia, con tan poca personalidad que no pudo más que aspirar a importar modelos extranjeros, aunque fuera *manu militari*. Su carencia de base social le impedía depositar la menor confianza en las posibilidades de las fuerzas internas para el cambio. Situado en la tierra de nadie del campo de batalla entre el feudalismo y el liberalismo, el *afrancesado* es el heredero directo del *despotismo ilustrado*, a la vez que precedente de todos los experimentos, tan estériles como bienintencionados, situados entre los dos fuegos de la reacción y de la revolución en la historia de España, empezando por *La Gloriosa* de 1868, continuando con el krausismo y el regeneracionismo noventayochista y terminando con el bienio republicano de 1931-1933. Pacifista timorato por delante y reformador por vocación, aunque de imaginación corta y horizonte estrecho, incapaz de pensar más allá de lo dado por el momento histórico, el *afrancesado* quería una *revolución desde arriba*, pero se vio sorprendido y sobrepasado por los acontecimientos. La sublevación popular contra la ocupación y sus acólitos puso en marcha la revolución liberal y de la noche a la mañana dejó caduco su proyecto ilustrado moderado. El repentino salto que dio España con la revolución lo situó en retaguardia, paralizado en el mismo punto político ocupado durante medio siglo y que el desplazamiento de las posiciones de clase dejaba ahora situado dentro del campo contrarrevolucionario. De este modo, uno de los primeros resultados de la revolución burguesa en

España fue la generación, como epifenómeno, de esta especie de político taimado, de faz liberal y alma reaccionaria, que desde entonces contamina todo movimiento político de transformación.

Metamorfoseado en lo que cumple a la nueva época de la revolución proletaria, este espécimen resurge entre las filas de la vanguardia comunista como emergió del fermento de la revolución burguesa, conservando características y fines: colaboracionista con el enemigo —esta vez interno—, la burguesía, pretende implantar un modelo que ahora, más que foráneo, está recogido del pasado, con métodos pacíficos, moderación *responsable* y alejada de toda *quimera izquierdista*. Como en esta época sí disfruta de cierta base social, al haberse erigido en representante de una casta privilegiada de obreros, teme a la masa y desconfía de las consecuencias de su potencialidad revolucionaria, por lo que pretende ocultarla a los ojos de los propios proletarios bajo el manto del posibilismo y del pragmatismo, del discurso reformista de la *revolución desde arriba*. Menguado y pusilánime, insiste en que sólo hay que aspirar a lo que es posible en cada momento, y justifica esta posición con una teoría de la transición hacia el Comunismo que ruborizaría al mismísimo Zenón. Con esta panoplia, el comunista de tertulia y ágape sindical se ha hecho republicano, de modo que la especie política del *afrancesado* resucita en sus carnes como *arrepublicanado*. Este seudo comunista, trufado de republicanismo, puebla nuestro movimiento frenándolo y desnaturalizándolo. Pero el *arrepublicanado* terminará siendo víctima de su propio destino, del destino común a todos los representantes de esa especie política que habita en la tierra de nadie entre la reacción y la revolución. La revolución proletaria y el empuje de las masas volverán a sobrepasarlo y a aniquilarlo, como ha sucedido siempre en época de revoluciones.

En el seno de nuestro movimiento, el *arrepublicanado* se ajusta a la alegoría machadiana de Don Guido, el representante de la España de charanga y pandereta, devota de Frascuelo y de María. Como expresión de lo anquilosado y cañí en el movimiento comunista, el *arrepublicanado* se ha hecho devoto de todo lo rancio que queda en nuestra tradición y ha encontrado su Frascuelo y su María en el Frente Popular y la República. Por eso le aplicamos, ya que hemos traído hasta aquí la sabiduría del poeta, lo que éste advertía a los oportunistas y reformistas, a los eclécticos y pusilánimes de su tiempo:

“Pecaron de inocentes y, quizás, de fatuos y engréidos, porque pensaron, acaso, que ellos podrían, una vez dentro de la olla grande, dar un tono de salud al conjunto pútrido del cual iban a formar parte. ¡Gran error!”.